

CORY DOCTOROW

TOCANDO FONDO

EN EL REINO MAGICO



ALBEMUTH DIGITAL
WWW.GRUPOAJEC.COM

Tocando Fondo

Cory Doctorow



Grupo AJEC

Colección Albemuth Digital, 1

Título Original: *Down and Out in the Magic Kingdom*
© Traducción: Ramón Daniel G. del Agua, 2005

Corrección de estilo: Marta Ruiz del Campo
Maquetación: Pablo Almécija Lusón

Primera Edición Papel: Octubre 2005
Primera Edición Digital: Julio 2006

© Cory Doctorow 2003
© Javier Candeira por la introducción 2005

© Grupo Editorial AJEC 2005,2006
Apartado de correos 2328. 18014. Granada. España
grupo_ajec@msn.com <http://www.grupoajec.com>

Edición en Papel:
ISBN: 84-96013-16-2
Depósito Legal: SE-5086-2005

INTRODUCCIÓN

La cura para la muerte y el fin del trabajo (y la energía libre)

En mi larga vida he llegado a ver la cura para la muerte y el ascenso de la Sociedad Bitchun; he tenido tiempo de aprender diez idiomas, de componer tres sinfonías y de realizar el sueño de mi infancia de establecerme en Disney World; he visto el fin de los centros de trabajo, y aún del trabajo mismo.

Cory Doctorow, *Tocando fondo*

La cura para la muerte y el fin del trabajo (y la energía libre). El comienzo de *Tocando fondo* es una de esas frases que merece un lugar en una antología de primeras frases de novela. Al igual que Gabriel García Márquez en el comienzo de *Cien años de soledad* (“Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en la que su padre lo llevó a conocer el hielo”) o Jane Austen en *Orgullo y prejuicio* (“Es una verdad reconocida universalmente que un hombre en posesión de una buena fortuna ha de necesitar una esposa.”), Cory Doctorow arranca su novela como una jugada de billar perfecta: coloca al espectador en el lugar donde el truco será más efectista, prepara las bolas sobre la mesa haciendo un dibujo alegórico, convierte a su personaje principal en la bola blanca y, de una tacada certera, lo manda en la dirección precisa, rebotando contra el mundo y los demás personajes, creando el efecto deseado.

La cura para la muerte y el fin del trabajo (y la energía libre). La ciencia-ficción está llena de frases tan densas como ésta, que pueden llenar la cabeza de sus lectores con tan sólo 308 caracteres (incluyendo espacios y el punto final). En una frase así cabe toda una novela, quizá ésta misma que ahora tiene el lector entre sus manos. Una frase así se expande en la mente del lector, escribiendo en ella sus efectos como una textura algorítmica comprimida con un compilador memético, y su expansión se transmite por todo el libro como las ondas de choque de un terremoto.

La cura para la muerte y el fin del trabajo (y la energía libre). Uno tiembla de pensar cuál sería la versión de James Michener de esta novela, con un populoso elenco de superhéroes cuasi-nietzscheanos volando de un sitio a otro del globo en sus jets privados, interviniendo

en el sistema sanitario mundial y luchando por establecer la nueva Sociedad Bitchun contra las fuerzas de la reacción que quieren conservar los viejos modelos, los viejos mercados. Sería una especie de vodevil tecno-político a escala planetaria, en el que las puertas que se abren y se cierran estarían remplazadas por encuentros en salas de espera de aeropuertos, y las camas por salas oscuras llenas de humo de cigarrillos y nefarias conspiraciones. Casi se puede imaginar uno a George Kennedy en uno de los papeles de la película, mascando un cigarro y pegando gritos que su implante su implante coclear han convertido en innecesario. Gracias al cielo, Doctorow no es un discípulo de Michener.

La cura para la muerte y el fin del trabajo (y la energía libre). Es imposible leer *Tocando fondo* sin pensar en John Varley y *Mañana serán clones*. Pero Doctorow se complace doblemente cuando también se compara su novela con *Pacific Edge*, otra utopía californiana en la que Kim Stanley Robinson describe el mundo a través de un conflicto urbanístico sobre la construcción de un estadio de béisbol. Las dos son novelas fractales, en las que la estructura del mundo se ve reflejada en una pequeña comunidad, igual que la del helecho se ve reflejada en cada una de sus hojas.

La cura para la muerte y el fin del trabajo (y la energía libre). Como en toda buena ciencia ficción, *Tocando fondo* explora las consecuencias sociales del cambio tecnológico. Dos descubrimientos como la cura para la muerte y la energía libre (y aquí "libre" implica tanto el acceso universal como su gratuidad) serían un *shock* para el sistema, una intensa sacudida en la historia de la humanidad, un terremoto económico, político y social. Y sin embargo la novela es el relato aparentemente trivial de las oscilaciones de tan sólo una de esas ondas de choque, ni siquiera la más importante. Es un raro talento el que describe un vuelco tan radical en la historia de la humanidad. A través de las rencillas internecinas de un grupo de fanáticos que están renovando un parque de atracciones, por mucho que se trate del parque de atracciones más famoso del mundo.

La cura para la muerte y el fin del trabajo (y la energía libre). La revolución propuesta por Cory Doctorow se hace sola. La adhocracia (estupendo neologismo que ojalá acabe formando parte del habla común), la gestión mediante grupos auto-organizados en torno a proyectos voluntarios, se convierte en la única forma posible de gobierno en un mundo en el que la escasez no existe, las necesidades

mínimas están cubiertas, y nadie tiene que trabajar a cambio de dinero. El dinero, como Cory Doctorow gusta de recordar, no es más que un síntoma de pobreza. Cuando todo es abundante, nada tiene realmente un precio, y nada es lo bastante valioso para intercambiarlo por lo único escaso, lo único valioso, el tiempo que cada uno tiene cada día. La economía de la escasez da paso a la economía de la abundancia.

La cura para la muerte y el fin del trabajo (y la energía libre). Doctorow propone para su Sociedad Bitchun un nuevo modelo de incentivos: la puntuación Whuffie. El Whuffie es un complejo arqueo del juicio que los demás tienen sobre una persona. Y más que transferible, el Whuffie también es contagioso, de modo que si mucha gente tiene buena opinión de un comerciante o un escritor, el Whuffie acumulado de ese colectivo pesará sobre la reputación pública de esa persona. Este modelo es una proyección a escala planetaria de lo que representa la reputación en sociedades cerradas, una generalización a todos los ámbitos de la vida de la puntuación de *feedback* del sitio de subastas ebay o el *karma* de los sitios de noticias Slashdot y Barrapunto.

La cura para la muerte y el fin del trabajo (y la energía libre). En la Sociedad Bitchun el Whuffie lo es todo: alguien sin Whuffie tiene garantizado el sustento básico, y poco más, porque es bien sospechoso que nadie se declare admirador tuyo, y más aún en una sociedad de la abundancia donde todos tienen tiempo de ocio que dedicar a las relaciones sociales. En la sociedad de mercado se obtiene dinero a cambio de bienes y servicios escasos: en la Sociedad Bitchun, donde la automatización provee de todo lo esencial, se obtiene Whuffie a cambio de los únicos valores no automatizables: por tener creatividad, por trabajar bien con los demás, por ser buen amigo, por ser buena compañía, por ser persona, en una palabra. La economía de la reputación hace que la personalidad de uno sea su valor de cambio.

La cura para la muerte y el fin del trabajo (y la energía libre). Lo demás es la materia de la que están hechos los sueños, o la literatura. La naturaleza humana no cambia, y las rencillas, pasiones, amores y desvaríos del protagonista Jules (y sus amigos, y sus rivales) podrían suceder en cualquier otro entorno. Pero suceden en el Reino Mágico. Al situar su historia en Disney World, Doctorow realiza un comentario sobre la *parquetematización* inherente a una sociedad

abundante, un proceso de conversión del mundo en parodia y homenaje a sí mismo que podemos observar a nuestro alrededor con tan sólo visitar el centro de Londres, de Amsterdam, de Barcelona. El mundo presente es tremendamente desigual, y si la sociedad Bitchun equilibrara esa desigualdad, uno de sus efectos sería convertir el mundo en una copia a escala global de un Disney World gestionado por colectivos anarquistas. Incluso con sus defectos, más del 90% del planeta preferiría vivir esa distopía a sobrevivir en cualquiera de las múltiples “utopías” del presente. Incluso con sus virtudes, un 90% de sus habitantes añorarían una imagen idealizada de un pasado mejor, más heroico, más *auténtico*. *Tocando Fondo* trata de los muchos debates entre lo original y lo trillado, entre lo nuevo y lo viejo, entre la seguridad y el riesgo. *Tocando Fondo* es la crónica de la lucha entre las fuerzas de la nostalgia y las de la renovación, narrada por un hombre del futuro que no se da cuenta de hasta qué punto está anclado en el pasado.

La cura para la muerte y el fin del trabajo (y la energía libre). Si hacia algo intenta avanzar la humanidad es hacia un mayor confort material. Es una afirmación cargada, pero una afirmación que no pretende tener una carga moral. Sin embargo, hay muchas formas de gestionar ese confort material, y aquí Doctorow nos ofrece una moraleja. Una de esas formas de gestión es crear una sociedad de consumidores, en la que todos absorbemos lo que unos pocos crean. Otra es convertirnos en una sociedad de creadores, en la que todos crean tanto que apenas hay tiempo para consumir lo que hacen los demás. En *Tocando Fondo* Cory Doctorow nos muestra lo que pasa cuando una sociedad entera decide tomar el segundo camino.

La cura para la muerte y el fin del trabajo (y la energía libre). Cory Doctorow predica con el ejemplo. Escribe sobre hackers y es hacker él mismo. Hacker técnico, político, literario, hacker incluso de su propio cuerpo. En el blog BoingBoing, del que es co-editor, explica cómo usa la técnica Sarno para acabar con los dolores de espalda, cómo usó el hipnotismo para dejar de fumar, cómo controla su peso (y su desmedida afición al chocolate) mediante la dieta Atkins, consistente en no comer hidratos de carbono y subsistir a base de fibra, pescado y grasas. Uno se lo puede imaginar en los primeros puestos de la cola el día que saquen los implantes cerebrales a la venta. Escribe sobre difuminar la frontera entre el trabajo y el ocio y ha conseguido convertir sus aficiones en una forma de ingresos: BoingBoing le proporciona una parte sustancial de ellos, pero además

es embajador en Europa para la organización activista en favor de los derechos civiles Electronic Frontier Foundation, y está pre-publicando en el sitio Salon.com en forma de serial la que será su cuarta novela.

La cura para la muerte y el fin del trabajo (y la energía libre). Doctorow también escribe sobre la abundancia de los bienes virtuales e infinitamente copiables, y hasta tal punto predica con el ejemplo que ha conseguido que su editor norteamericano (Tor Books, sello del prestigioso editor MacMillan) le publique bajo una licencia Creative Commons. Todos los libros de Cory Doctorow llevan consigo un permiso de copia, bajo las condiciones especificadas en las licencias: no se permite su uso comercial (Cory se reserva ese permiso para sus editores; después de todo aspira a vivir de su prosa), pero permite que cualquiera haga copias para su uso privado, incluso que edite obras basadas en ella, siempre que lo haga bajo la misma licencia. Esa es la razón por la que existen versiones de sus novelas para agendas electrónicas, una remezcla en verso (hecha a partir de frases extraídas de la propia novela) e incluso traducciones hechas por aficionados. Uno no necesita imaginárselo en la vanguardia de la Sociedad Bitchun, porque (para bien o para mal, todo sea dicho), la Sociedad Bitchun que describe está hecha de copias tan imperfectas como idealizadas del propio Cory Doctorow.

La cura para la muerte y el fin del trabajo (y la energía libre). Una cita memorable de William Gibson dice que “el futuro está aquí, lo que pasa es que no está uniformemente distribuido”. *Tocando fondo* es un modesto equalizador, un dispensador de ese futuro en el presente, a la vez que una crónica de la respuesta de un hombre a la única pregunta. La pregunta, por supuesto, es “¿qué hacer?”.

Javier Candeira, 81.35.224.209, octubre de 2005

DISNEY WORLD

REINO MÁGICO

AEROPUERTO INTERNACIONAL
DE ORLANDO

Complejo Grand Floridian

Complejo Contemporary

LAGO DE LOS SIETE MARES

Complejo Polynesian

Complejo y Camping Fort Wilderness

CENTRO
EPCOT

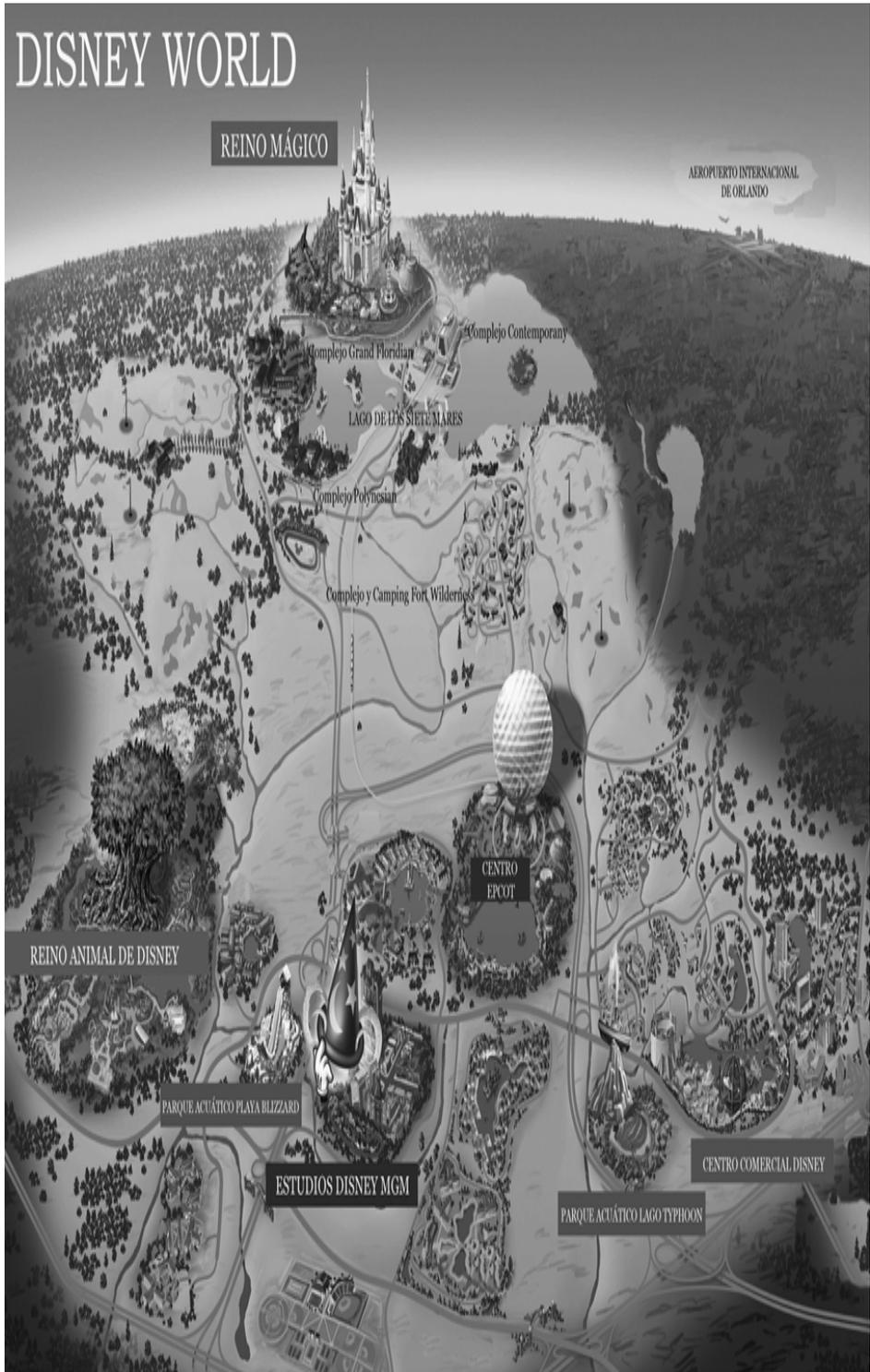
REINO ANIMAL DE DISNEY

PARQUE ACUÁTICO PLAYA BLIZZARD

ESTUDIOS DISNEY MGM

CENTRO COMERCIAL DISNEY

PARQUE ACUÁTICO LAGO TYPHOON



Reino Mágico



MAIN STREET, U.S.A.

- 1 Walt Disney World® Tranvía

ADVENTURELAND

- 2 Travesía de la Jungla
- 3 Piratas del Caribe
- 4 Habitación Tiki

FRONTIERLAND

- 5 Montaña del Trueno
- 6 Montaña Splash
- 7 País del Oso Jamboree
- 8 Isla de Tom Sawyer

LIBERTY SQUARE

- 9 Sala de los Presidentes
- 10 La Mansión Encantada

FANTASYLAND

- 11 Vuelo de Peter Pan
- 12 Es un mundo pequeño
- 13 La leyenda del Rey León
- 14 Castillo de la Cenicienta
- 15 Carruaje de Cenicienta
- 16 Dumbo, el Elefante Volador
- 17 Las aventuras de Blancanieves
- 18 Las muchas aventuras de Winnie the Pooh
- 19 El té loco de Alicia

EL PAÍS DEL MAÑANA

- 22 Circuito de Carreras Indy
- 23 Montaña Espacial
- 24 Astro Orbiter
- 25 Encuentro ExtraTERRORstre Alien
- 26 El Viajero del Tiempo
- 27 Buzz Lightyear, Ranger Espacial

PRÓLOGO

En mi larga vida he llegado a ver la cura para la muerte y el ascenso de la Sociedad Bitchun; he tenido tiempo de aprender diez idiomas, de componer tres sinfonías y de realizar el sueño de mi infancia de establecerme en *Disney World*; he visto el fin de los centros de trabajo, y aún del trabajo mismo.

Sin embargo, nunca pensé que viviría lo suficiente como para ver el día en el que el *Incombustible* Dan decidió *cabecear* hasta la muerte entrópica del Universo.

Dan estaba en su segundo o tercer rejuvenecimiento cuando lo conocí, en algún momento a finales del XXI. Era un vaquero alto y delgado que aparentaba unos 25 años, con marcadas patas de gallo y el cuello curtido al sol; llevaba unas botas desgastadas que parecían inconmensurablemente cómodas. Yo estaba a mitad de la Tesis de Química de mi cuarto doctorado, y él estaba tomándose un respiro de *Salvar el Mundo*, relajándose en el campus de Toronto y recogiendo datos para alguna pobre especialización en Antropología. Nos encontramos en la Unión de Estudiantes de Postgrado –la UEP, o Yep para los más familiarizados- en un concurrido y primaveral viernes noche. Yo estaba metido en medio de una lenta batalla para conseguir un taburete en el desvencijado bar, avanzando centímetro a centímetro a capricho de la masa de cuerpos que me rodeaba; él estaba aposentado en uno de los pocos asientos, cercado por una montaña de colillas y cigarrillos desechos.

En algún momento de mi incursión, inclinó su cabeza hacia mí, arqueando una descolorida ceja.

–Hijo, si consigues acercarte un poco más, vamos a necesitar un acuerdo prematrimonial.

Yo aparentaba unos cuarenta años, y no me resultaba agradable que me llamase “hijo”, pero al mirarle a los ojos comprendí que tenía la suficiente edad real como para llamarme “hijo” las veces que quisiera. Retrocedí un poco y me disculpé.

Encendió un cigarrillo y expulsó una humareda densa y acre sobre la cabeza del barman.

—No te preocupes; probablemente estoy un poco sobre acostumbrado al espacio personal.

Era incapaz de recordar la última vez que oí a alguien *en todo el mundo* hablar de espacio personal. Con la tasa de mortalidad igual a cero, y la de natalidad en *no cero* el mundo se estaba convirtiendo inexorablemente en una tupida moqueta de personas, aún cuando la emigración y el cabeceo reducían drásticamente la población.

—¿Has estado de paseo? —pregunté. Pero su mirada era demasiado incisiva como para haber perdido el tiempo en la experiencia del cabeceo.

Se rió quedamente.

—No señor, no yo. Pertenezco a la clase de *macho* cabezón que solo te encuentras una vez en la vida. Irse de paseo es un juego; yo necesito trabajo —su vaso tintineó como contrapunto.

Me tomé un momento para invocar la pantalla HUD con su puntuación Whuffie. Tuve que ampliar la ventana, tenía demasiados ceros como para medirlos con mi dispositivo estándar. Intenté hacer como que no pasaba nada, pero se dio cuenta del rápido movimiento de mis ojos y de su involuntaria dilatación; intentó sin éxito quitarle valor a aquello, pero renunció y mostró una sonrisa orgullosa.

—Procuro no prestarle demasiada atención, alguna gente es demasiado agradecida —. Debió percibir de nuevo el movimiento de mis ojos para deslizar su historial Whuffie—. Espera, deja de hacer eso, te lo contare si de verdad quieres saberlo.

—Maldita sea, ¿sabes? es tan fácil acostumbrarse a la vida sin hipervínculos. Piensas que los echarías de menos, pero no lo haces.

Entonces conectó para mí. Era un misionero -uno de aquellos moradores del límite- que actuaban como emisarios de Sociedad Bitchun en los oscuros rincones del mundo dónde, por alguna razón, la gente quería morir, pasar hambre o ahogarse con desechos petroquímicos. Era increíble que aquellas comunidades sobrevivieran más de una generación; en el ideal de la Sociedad Bitchun, normalmente sobrevivimos a nuestros detractores. Los misioneros por norma general no

tenían una alta tasa de éxitos: tienes que ser terriblemente convincente para hacer pasar por el aro a una cultura que ha resistido con éxito casi un siglo de propaganda continua, pero cuando conviertes a todo un pueblo, te haces con todo el Whuffie que ellos puedan aportar. A menudo, los misioneros acababan siendo recuperados desde un backup después de dejar de recibir noticias tuyas durante una década más o menos. Nunca había conocido a uno en persona.

— ¿Cuántas misiones con éxito has tenido? — pregunté.

— Imagínate, ¿eh? Acabo de finalizar la quinta en veinte años; unos contrarrevolucionarios ocultos en el viejo Centro de Defensa Aeroespacial de Cheyenne Mountain, aún seguían allí después de una generación—. Se acarició la barba con la punta de los dedos— sus padres acabaron allí después de que se esfumaran los ahorros de su vida, y no necesitaban usar tecnología más avanzada que la de un rifle; aunque de esos tenían de sobra.

Entonces empezó a contar una historia fascinante, acerca de cómo lentamente se ganó la amistad de los montañeses, y cuando empezaron a confiar en él, fue infiltrando sutilmente sus beneficiosos métodos: introduciendo Energía Libre en sus invernaderos, después una o dos cosechas transgénicas, y finalmente curando un par de muertes; así fueron avanzando lentamente hacia la Sociedad Bitchun hasta que no pudieron recordar por qué no habían querido formar parte de ella desde el principio. Ahora la mayoría estaba fuera del mundo, explorando los límites del juego con energía y provisiones ilimitadas, cabeceando, caminando a través de los áridos eones.

— Supongo que fue una conmoción demasiado grande para ellos como para quedarse en el mundo. Nos veían como el enemigo, ¿sabes?, tenían toda clase de planes previstos para cuando los invadiésemos: dientes huecos para suicidarse, trampas de colegiales, puntos de retirada y reagrupamiento para los supervivientes... No podían dejar de odiarnos, aún cuando nosotros ignorásemos su existencia. Fuera del mundo, pueden pretender que, a pesar de todo, siguen viviendo de forma áspera y ruda—. Se masajeó de nuevo el mentón, acariciándose la barba con dedos callosos— pero para mí, la verdadera vida dura está aquí, dentro del mundo. Cada

pequeño enclave es como una historia alternativa de la Humanidad, ¿qué hubiera pasado si hubiésemos tomado la Energía Libre, pero no el cabeceo? ¿Y si hubiésemos cogido el cabeceo, pero solo para los enfermos terminales, no para la gente que no quiere aburrirse en un largo viaje en autobús? ¿O sin hipervínculos, sin adhocracia, sin Whuffie? Cada uno de ellos es diferente y maravilloso.

Tengo el estúpido hábito de discutir por placer, y me encontré diciendo:

—¿Maravilloso? Oh, seguro, nada tan refinado como... hum, déjame ver, la muerte, el hambre, el frío, el calor insoportable, asesinatos, barbarie, ignorancia, dolor y miseria. Estoy seguro de que lo echamos de menos.

El *Incombustible* Dan resopló.

—¿Acaso crees que un yonqui echa de menos la sobriedad? Golpeé el suelo.

—¡Hola!, ¡ya no existen los yonquis!

Encendió otro cigarrillo.

—Pero sabes lo que *es* un yonqui, ¿no?. Los yonquis no echan de menos la sobriedad porque no recuerdan como era todo de nítido, cómo el dolor hacía más dulce el placer. Nosotros somos incapaces de recordar cómo era trabajar para ganarse el sustento; de preocuparnos de que quizá no hubiera *suficiente* porque podíamos ponernos enfermos o ser atropellados por un autobús. No recordamos cómo era arriesgarse, y seguro como la mierda que no recordamos lo que teníamos que pagar por ello.

Tenía algo de razón. Aquí estaba yo, tan sólo en mi segunda o tercera adultez, preparado para dejarlo todo y hacer algo, *cualquier otra cosa*. Él tenía razón, pero no estaba dispuesto a admitirlo.

—Eso es lo que tú dices. Yo asumo un riesgo cuando empiezo una discusión con un desconocido en un bar, cuando me enamoro... ¿Y qué me dices de los cabeceadores? ¿Conozco a dos personas que acaban de convertirse en cabeceadores por diez mil años! Dime si eso no es arriesgarse—. La verdad sea dicha, casi todo el mundo que había conocido en mis ochenta y tanto años, estaban cabeceando, de paseo, o simplemente perdidos. Eran tiempos solitarios.

—Hermano, eso es cometer medio suicidio. Por el camino por el que vamos, serán afortunados si nadie apaga el interruptor cuando llegue la hora de reanimarlos. Por si no te has dado cuenta, se está poniendo la cosa un poco apretada por aquí.

Lancé un gruñido de condescendencia y me sequé la frente con una servilleta del bar, el Yep era brutalmente caluroso en las noches de verano.

—Oh, tan solo cómo estaba el mundo ligeramente abarrotado hace cien años, antes de la Energía Libre. Cómo estaba a un paso de caer en el efecto invernadero, o de sufrir una crisis nuclear; cómo estaba demasiado frío o demasiado caliente. Nos las arreglamos entonces, y nos las arreglaremos de nuevo cuando llegue el momento. Puedes apostar a que estaré aquí dentro de diez mil años, pero creo que lo haré por el camino largo.

Inclinó su cabeza de nuevo, pensativo. Si hubiese sido cualquiera de los otros estudiantes, habría supuesto que estaba rastreando en busca de algunos datos de refuerzo con los que sostener su siguiente asalto. Pero con él, sabía que estaba meditando sobre ello, a la vieja usanza.

—Creo que si siguiese aquí dentro de diez mil años me volvería loco de remate. ¡Diez mil años, amigo! Hace diez mil años, la tecnología más avanzada era una cabra. ¿De verdad crees que serás algo humanamente reconocible dentro de cien siglos? No estoy interesado en convertirme en una *post-persona*. Tengo la intención de levantarme un día, y decir “Bien, creo que ya he visto lo suficiente” y ese será mi último día.

Veía a dónde quería llegar con eso, y dejé de prestar atención mientras preparaba mi respuesta. Posiblemente debí haber prestado más atención.

—¿Pero por qué? ¿Por qué no simplemente cabecear durante unos pocos siglos, ver si hay algo que te llame la atención, y si no, volver a dormir unos pocos más? ¿Por qué hacer algo tan *rotundo*?

Me avergonzó una vez más al hacer gala de su pensamiento acerca de eso, haciéndome sentir con la labia de un cobarde medio borracho.

—Supongo que por que nada más lo es. Siempre he sabido que algún día pararía de moverme, de buscar, de caminar, y

lo habría hecho todo. Llegará el día en el que no me quede nada por hacer, excepto detenerme.

En el campus le llamaban el *Incombustible* Dan, debido a su presencia vaquera, y a su estilo de vida, y por que, de alguna manera, siempre tomó parte en todas las conversaciones que tuve en los siguientes seis meses. Sondeaba su Whuffie de vez en cuando, y advertí que iba incrementándose constantemente, conforme acumulaba cada vez más admiración de la gente que conocía.

Yo malgasté estúpidamente gran parte de mi Whuffie - todos los ahorros provenientes de las tres sinfonías y de las tres primeras tesis- bebiendo estúpidamente en el Yep, acaparando las terminales de la biblioteca y acosando a los profes, hasta que gasté todo el respeto que cualquiera me hubiese proporcionado. De cualquiera excepto Dan, quién, por alguna razón, me soportaba en cenas, de cervezas, o en el cine.

De alguna manera sentía que era alguien especial; no todo el mundo tenía un camarada tan exótico como el *Incombustible* Dan, el legendario misionero que visita lugares inaccesibles para la Sociedad Bitchun. No podía decir con seguridad por qué andaba conmigo. Mencionó una o dos veces que le gustaban mis sinfonías, y que había leído mi tesis de Ergonomía sobre cómo aplicar el control de masas de los parques temáticos en asentamientos urbanos, y que le había gustado mi idea. Pero creo que todo se reducía a que lo pasábamos bien discutiendo constantemente el uno con el otro.

Le hablaba de la vasta alfombra que se desenrollaba delante de nosotros que era el futuro, de la certeza de que algún día encontraríamos inteligencias alienígenas, de las fronteras inimaginables que se abrían ante cada uno de nosotros. Él me replicaba que el cabeceo era un fuerte indicador de que las reservas personales de introspección y creatividad estaban secas; que sin lucha no habría verdaderas conquistas.

Había una buena discusión, que podríamos tener miles de veces sin llegar a un acuerdo. Le concedía que el Whuffie retomaba la verdadera esencia del dinero: antiguamente, si te arruinabas, pero conservabas el respeto, no te morías de

hambre; por el contrario, si eras rico y odiado, ninguna suma podía comprar tu paz y seguridad. De modo que midiendo la cosa que el dinero realmente representa -tu capital personal con tus amigos y vecinos- evaluabas con mucha más seguridad tu prosperidad.

Entonces él me guiaba sutil, cuidadosamente, hacia un camino con trampa, y admitía que sí, que vale, que quizá algún día encontraríamos especies alienígenas con salvajes y fabulosas formas, pero que, por ahora, había una ligeramente depresiva homogeneidad en el mundo.

En un hermoso día de primavera defendí mi tesis ante dos humanos encarnados, y un profe, cuyo cuerpo estaba fuera para el reacondicionamiento, y su conciencia estaba presente vía audífono desde el ordenador en el que estaba reposando. Les gustó a todos. Recogí mi diploma, y salí a la caza de Dan en las dulces y aromatizadas calles.

Se había ido. El tutor de Antropología al que había estado torturando con sus anécdotas de guerra dijo que habían acabado esa mañana, y que se había ido a la amurallada ciudad de Tijuana, para ponerles los pies en el suelo a una división de marines de los Estados Unidos que se habían asentado allí y se habían aislado de la Sociedad Bitchun.

De modo que me dirigí a Disney World.

Por respeto a Dan, cogí un vuelo en tiempo real, en la minúscula cabina reservada para aquellos de nosotros que tercamente rechazábamos ser congelados y apilados como maderos para dos horas de vuelo. Era el único que viajaba en tiempo real, pero el auxiliar de vuelo me sirvió cumplidor un zumo de naranja que parecía una muestra de orina, y una maloliente y gomosa tortilla de queso. Me quedé mirando por la ventanilla las nubes infinitas, mientras el piloto automático evitaba las turbulencias, preguntándome cuándo volvería a ver a Dan.

UNO

Mi novia tenía el 15 por ciento de mi edad, y yo era lo bastante anticuado como para que eso me irritase. Se llamaba Lil, y era de la segunda generación *Disney World*. Sus padres pertenecían a la adhocracia original que capturó Liberty Square y la Isla de Tom Sawyer. Ella había sido, literalmente, criada en Walt Disney World y se notaba.

Se le notaba. Era limpia y eficiente en cada pequeña cosa, desde su brillante pelo rojo hasta su esmerada contabilidad de cada engranaje y pieza de los animatronics que se encontraban a su cargo. Sus padres estaban en vasos cánopes en Kissimmee, cabeceando durante unos cuantos siglos.

Un bochornoso miércoles, estábamos con los pies colgando en el borde del embarcadero de la Liberty Belle, mirando a la luz de la luna la insulsa bandera Confederada sobre el Fuerte Langhorn de la Isla de Tom Sawyer. El Reino Mágico estaba completamente cerrado, y hasta el último visitante había sido despedido hasta el portón bajo la estación de tren de Main Street; podíamos respirar con tranquilidad, deshacernos de nuestros disfraces y relajarnos juntos mientras cantaban las cigarras.

Tenía más de cien años, pero aún sentía esa clase de magia al rodear los cálidos y delicados hombros de una chica a la luz de la luna, alejados del trajín de los equipos de limpieza en las puertas de acceso, respirando el aire húmedo y caluroso. Lil dejó caer su cabeza sobre mi hombro y me dio un beso de mariposa bajo la mandíbula.

— *Her name was McGill* — canté delicadamente.

— *But she called herself Lil* — cantó ella exhalando sobre mis clavículas.

— *And everyone knew her as Nancy* — canté de nuevo.

Me había sorprendido el saber que conocía a los Beatles, después de todo, ya eran agua pasada en mi juventud; pero sus padres le habían dado una exhaustiva -incluso ecléctica- educación.

— ¿Quieres dar una vuelta de reconocimiento? — preguntó. Una de sus obligaciones favoritas consistía en explorar cada

centímetro de las atracciones a su cuidado con el alumbrado encendido, después de que las hordas de turistas se hubieran marchado. A los dos nos encantaba ver las intimidades de la magia. Quizá era por eso por lo que continuaba adelante la relación.

— Estoy un poco cansado. Quedémonos sentados un poco más, si no te importa.

Soltó un dramático suspiro.

— Oh, de acuerdo, abuelito —. Se removió y delicadamente pellizó mi pezón; di un pequeño salto de satisfacción. Creo que la diferencia de edad también la incomodaba, aunque me tomase el pelo por dejar que eso me afectase a mí.

— Creo que seré capaz de dar una vuelta por la Mansión Encantada, si me das un momento para recuperarme de mi bursitis —. Sentí su sonrisa dibujarse contra mi camiseta. Le encantaba la Mansión, encender los fantasmas del salón de baile y bailar con ellos los vales en el polvoriento suelo; le encantaba quedarse mirando los bustos de mármol de la librería, que te observaban fijamente mientras pasabas.

También yo disfrutaba de eso, pero lo que realmente me gustaba era estar sentado con ella, mirando el agua y los árboles. Estaba casi listo para levantarme, cuando escuche un débil *ping* en el interior de mi cóclea.

— Maldición — dije — tengo una llamada.

— Diles que estás ocupado.

— Lo haré — dije, y respondí en subvocal — aquí Julius.

— Hola Julius, soy Dan. ¿Tienes un minuto?

Conocía a un millar de Dans, pero reconocí su voz inmediatamente, aunque habían pasado diez años desde que nos emborrachamos en el Yep. Desconecté el subvocal:

— Lil, tengo que atender ésta, ¿no te importa?

— Oh, *no*, de ningún modo — ironizó. Se sentó erguida, sacó su pipa de crack y la encendió.

— Dan — subvocalicé — cuánto tiempo sin saber de ti.

— Sí, amigo, demasiado — dijo, y su voz ahogó un sollozo.

Me giré hacia Lil, y le dirigí una mirada tal que dejó caer la pipa.

— ¿Puedo ayudarte? — dijo rápidamente en voz baja. Negué con un gesto, y cambié la llamada a modo vocal. Mi

voz sonó antinaturalmente chillona en medio de la calma que habían dejado los grillos.

— ¿Dónde estás, Dan? — pregunté.

— Aquí mismo, en Orlando. Justo al lado de la Isla del Placer.

— De acuerdo — dije — encuéntrate conmigo en... hum... el Club de los Aventureros, en el sofá de la puerta del piso de arriba. Estaré allí en... — miré a Lil, que conocía mejor que yo el camino exclusivo de los miembros de personal; me mostró diez dedos — diez minutos.

— De acuerdo — dijo — lo siento —. De nuevo tenía su voz bajo control. Desconecté.

— ¿Qué sucede? — preguntó Lil.

— No estoy seguro. Un viejo amigo está aquí. Parece que tiene problemas.

Lil me apuntó con un dedo e hizo el gesto de apretar el gatillo.

— Aquí tienes — dijo — acabo de descargar el mejor camino a la Isla del Placer a tu directorio público. Mantenme al tanto, ¿de acuerdo?

Me dirigí a la entrada del túnel de servicio cercana a la Sala de los Presidentes y bajé las escaleras hacia el zumbido del sistema de túneles subterráneos. Tomé la cinta deslizante hasta el parking de empleados, y lancé mi pequeño coche como una bala hacia la Isla del Placer.

Encontré a Dan sentado en el sofá con forma de L, debajo de una fila de trofeos falsos, inscritos con leyendas humorísticas. Escaleras abajo, los miembros de personal estaban trabajando con las máscaras y las efigies de los animatronics, charlando con los invitados.

Dan aparentaba más de cincuenta años, estaba barrigudo y sin afeitar. Las bolsas de los ojos se asemejaban a las de un mapache; estaba hundido lánguidamente en el sofá. Conforme me aproximaba escaneé su whuffie, y me asusté al comprobar que había menguado casi hasta cero.

— Jesús — dije mientras me sentaba a su lado — pareces salido del infierno, Dan.

Asintió.

— Las apariencias engañan — dijo — pero en este caso son completamente ciertas.

— ¿Quieres hablar de ello? — pregunté.

— En algún otro sitio, ¿vale? He oído que celebran el Año Nuevo cada medianoche; creo que sería demasiado para mí ahora mismo.

Le conduje hasta mi vehículo y nos desplazamos hasta el lugar que compartía con Lil, a las afueras de Kissimmee. Fumó ocho cigarrillos en el paseo de veinte minutos, encendiendo uno con la colilla del anterior, llenando el bote anfibia de nubes acres. Le miraba constantemente por el espejo retrovisor; tenía los ojos cerrados y, en reposo, parecía muerto. Apenas podía creer que éste fuera mi vibrante amigo y héroe de acción de antaño.

Subrepticamente, llamé al teléfono de Lil.

— Lo traigo a casa — subvocalicé — está en un estado horrible. No estoy seguro de qué se trata.

— Prepararé el sofá — dijo — y también algo de café. Te quiero.

— Y yo a ti, pequeña.

Conforme nos aproximábamos a la destartalada y ligeramente inclinada cabaña, abrió los ojos.

— Eres un amigo, Jules — . Negué con las manos — . No, en serio, pensé mucho en quién podría llamar, y fuiste el único. Te he echado de menos, socio.

— Lil dijo que prepararía algo de café — dije — parece que lo necesitas.

Lil estaba esperando en el sofá con una manta doblada, una almohada extra al lado de la mesa, un pote de café y algunas tazas de Disneyland Beijing junto a él. Se puso de pie y extendió la mano.

— Soy Lil — dijo.

— Dan, es un placer.

Sabía que ella estaba escaneando su Whuffie, y me di cuenta de su desaprobatoria mirada de sorpresa. Nosotros, los viejos que vivimos antes del Whuffie, sabíamos de su importancia; pero para los jóvenes es el *mundo*. Cualquiera que no tenga es automáticamente sospechoso. Observé como rápidamente recuperaba su sonrisa, y sigilosamente pasó su mano contra sus vaqueros.

— ¿Café? — preguntó.

— Oh, sí — contestó Dan, y se dejó caer bruscamente en el sofá.

Le sirvió una taza y se la dejó en un posavasos en la mesita.

— Os dejare que os pongáis al día, chicos — dijo mientras se dirigía al dormitorio.

— No — dijo Dan — quédate, si no te importa. Creo que me será de ayuda poder hablar con alguien... más joven, también.

Ella cambió la expresión de su rostro a la apariencia de extrema felicidad que todos los miembros del personal de segunda generación tenían a su instantánea disposición y se sentó en la butaca. Sacó su pipa y encendió una piedra. Yo ya pasé mi período de crack antes de que ella naciese, justo después de que la hicieran descafeinada, y siempre me sentía viejo cuando la veía a ella y a sus amigos fumando. Dan me sorprendió alargando la mano y cogiendo la pipa. Aspiró profundamente y se la devolvió.

Dan cerró los ojos de nuevo, se los frotó con los puños, y sorbió el café. Estaba claro que estaba intentando decidir por dónde empezar.

— Creía que era más valiente de lo que realmente soy, en eso se resume todo.

— ¿Y quién no? — dije.

— De verdad pensaba que podía hacerlo. Sabía que algún día se habrían agotado las cosas que hacer, las cosas que ver. Sabía que terminaría algún día. Recuerdas que solíamos discutir sobre eso. Juré que lo haría, y que eso sería el fin de todo. Y ahora estoy aquí. No hay un sólo lugar en el mundo que no sea parte de la Sociedad Bitchun. No hay una sola cosa de la que quiera formar parte.

— Entonces cabecea durante un par de siglos — dije — aplaza la decisión hasta entonces.

— ¡No! — gritó, asustándonos a ambos —. He *terminado*. Se *acabó*.

— Entonces hazlo — dijo Lil.

— No *puedo* — empezó a sollozar y enterró la cara entre sus manos. Lloró como un niño, con enorme y profundos gemidos, que convulsionaban todo su cuerpo. Lil fue hasta la cocina,

cogió algunos pañuelos y me los pasó. Me senté a su lado, y torpemente le palmeé la espalda.

— Jesús — gimió entre sus palmas — . Jesús.

— ¿Dan? — pregunté quedamente.

Se puso derecho y cogió un pañuelo, limpiándose la cara y las manos.

— Gracias — dijo — lo he intentado, de veras que lo he intentado. He pasado los últimos ocho años en Estambul, escribiendo artículos sobre mis misiones, sobre las sociedades. Hice algunos estudios sobre artículos de discusión, entrevistas. Nadie estaba interesado. Ni siquiera yo. Fumé un montón de hachís; no me ayudó. Entonces, una mañana, me levanté, fui hasta el bazar y le dije adiós a los amigos que había hecho allí. Fui a una farmacia, e hice que el dependiente me preparase una inyección letal. Me deseó buena suerte, y volví a mi habitación. Estuve sentado allí toda la tarde con la aguja, entonces decidí consultarlo con la almohada; me levanté a la mañana siguiente y lo hice todo de nuevo. Miré en mi interior, y vi que no tenía agallas. Simplemente no tenía valor. Había mirado cara a cara a cientos de armas, había tenido miles de cuchillos contra mi garganta, pero no tenía los cojones de presionar ese botón.

— Llegaste demasiado tarde — dijo Lil.

Nos giramos para mirarla.

— Llegas con una década de retraso. Mírate. Eres patético. Si te suicidas ahora, sólo serás un perdedor fracasado que ni siquiera puede afeitarse. Si lo hubieras hecho hace diez años, te hubieras ido en la cima, un campeón, jubilado definitivamente — . Dejó caer su taza con un golpe tan fuerte como innecesario.

De vez en cuándo Lil y yo estábamos en la misma onda. Algunas veces ella parecía estar en otro planeta. Lo único que podía hacer era quedarme allí sentado, horrorizado, mientras ella estaba feliz por abordar el tema del momento adecuado del suicidio de mi amigo.

Pero tenía razón. Dan asintió con fuerza, y entendí que el también compartía eso.

— Un día más, y un dólar menos — suspiró.

– Bien, entonces no te quedes ahí sentado – dijo ella –. Ya sabes lo que tienes que hacer.

– ¿Qué? – pregunté, involuntariamente irritado por su tono.

Me miró como si estuviera siendo estúpido deliberadamente.

– Él tiene que volver a la cima. Asearse, secarse, hacer algún trabajo productivo. También subir ese Whuffie. *Entonces* podrá suicidarse con dignidad.

Era la cosa más estúpida que nunca había escuchado. Dan, sin embargo, enarcaba una ceja con semblante pensativo.

– ¿Cuántos años dices que tienes? – preguntó.

– Veintitrés – respondió.

– Ojalá hubiera tenido tu cabeza a los veintitrés – dijo, y exhaló un suspiro mientras se enderezaba –. ¿Puedo quedarme aquí mientras encuentro algún trabajo que hacer?

Miré de reojo a Lil, quien lo consideró durante un momento; después asintió.

– No hay problema, amigo – dije. Le di una palmada en el hombro – pareces agotado.

– Con “agotado” apenas me describes – dijo.

– Buenas noches entonces.

DOS

La adhocracia funcionaba bien, la mayor parte del tiempo. Los padres de Lil se habían apoderado del corredor de Liberty Square junto a un grupo de almas interesadas y compatibles. Hicieron un buen trabajo, recolectando montones de Whuffie, y cualquiera que se acercase e intentase retomar el control, sería tan denigrado por los visitantes que no podría ni encontrar un pote donde orinar. O tendrían una aproximación tan radical e infame que desahuciarían a los padres y los amigos de Lil, haciendo un trabajo mejor.

Sin embargo, esto puede estropearse. Había pretendientes al trono — un grupo que trabajó con la adhocracia original, y después se movieron hacia otros objetivos — algunos de ellos volvieron a la facultad, otros realizaron películas, escribieron libros, o se fueron a Disneyland Beijing para ayudar a que las cosas se pusieran en marcha. Y unos pocos estuvieron cabeceando durante un par de décadas.

Habían vuelto a Liberty Square con un mensaje: modernizar las atracciones. Los adhócratas de Liberty Square eran los más recalcitrantes conservadores del Reino Mágico, preservando tecnología agonizante en contra de un Parque que cambiaba prácticamente a diario. Los recién llegados de los viejos tiempos estaban del lado del resto del Parque, tenían su apoyo, y parecía que podrían tener éxito en su empeño.

Así que recaía sobre Lil el asegurar que no había defectos en los sistemas de las pocas atracciones de Liberty Square: la Sala de los Presidentes, el embarcadero de Liberty Belle, y la gloriosa Mansión Encantada, indiscutiblemente la atracción más maravillosa que surgió de las calenturientas mentes de los antiguos Imagineros de Disney.

La encontré en los bastidores de la Sala de los Presidentes, trasteando en Lincoln II, el animatronic de reserva. Lil intentaba mantener dos de cada personaje funcionando a la perfección, por si acaso. Podía intercambiar un bot muerto por el de reserva en sólo cinco minutos, lo cuál era todo lo que control de masas podía permitir.

Habían pasado dos semanas desde la llegada de Dan y aunque apenas lo había visto en ese tiempo, su presencia, sin embargo, era vívida en nuestras vidas. Nuestra pequeña cabaña, tenía un nuevo aroma, nada desagradable, de rejuvenecimiento, esperanza, nostalgia, algo apenas apreciable por encima de las flores tropicales que dormitaban frente a nuestro porche. Mi teléfono sonaba tres o cuatro veces al día, Dan se inscribía en las rondas por el Parque, buscando algún modo de acumular capital personal. Su apasionamiento y dedicación para el trabajo era inspiradora, arrastrándome hasta su forma de ser *al-ataque-sin-miedo-a-los-torpedos*.

— Dan acaba de irse — dijo. Tenía su cabeza en el pecho de Lincoln, trabajando con un amplificador óptico y el autosoldador. Verla allí, flexionada, con el pelo rojo anudado en un pulcro moño, el sudor brillando en sus brazos pecosos y fibrados, oliendo a sudor de chica y lubricante industrial, me hizo desear que hubiera una colchoneta en los bastidores. Me conformé con darle unas cariñosas palmaditas en el trasero, que ella acogió favorablemente —. Tiene mucho mejor aspecto.

Su rejuvenecimiento lo había llevado de vuelta a aparentar los 25 años con los que le recordaba. Estaba delgado y robustecido, pero aún tenía el aura de derrota que me había sorprendido tanto cuando lo vi en el Club de los Aventureros.

— ¿Qué quería?

— Se está viendo con Debra, quería asegurarse de que yo sabía lo que trama.

Debra era una de los de la vieja guardia, una antigua camarada de los padres de Lil. Había pasado una década en Disneyland Beijing, codificando atracciones de simulación. Si ella conseguía lo que deseaba, tendríamos que destruir cada maravilloso montaje de Rube Goldberg¹ en el Parque y reemplazarlo con prístinas cajas blancas de simulación en gigantescos servomecanismos articulados.

El problema es que ella era *realmente* buena codificando simuladores. Su Paseo por las Grandes Películas rehabilitado

¹ Reuben Lucius Goldberg (1883–1970); dibujante estadounidense que dibujó complicados diagramas de intrincados e imposibles aparatos que no tenían ninguna finalidad aparente. (Nota del Traductor)

para la MGM era sobrecogedor — la secuencia de la Guerra de las Galaxias ya había inspirado casi un centenar de páginas de fans, que acumulaban millones de visitas.

Había cimentado su éxito en los tratos con los adhócratas de Adventureland, para rehabilitar Piratas del Caribe, y sus almacenes fueron llenados hasta los topes con sus aparejos: cofres del tesoro, sables y baupreses. Era aterrador caminar por allí; los Piratas era la última atracción que supervisó personalmente Walt, y pensábamos que era sacrosanta. Pero Debra había construido una simulación de Piratas en Beijing, basada en Chend I Sao, la reina pirata china del siglo XIX, que había rescatado al Parque de la oscuridad y la ruina. La repetición de Florida incorporaba los mejores aspectos de su primo chino: simulaciones de IAs que se comunicaban unas con otras, y con los invitados, saludándolos por su nombre cada vez que montaban y relatando historias de piratas de alta mar para todas las edades; el espectacular vuelo a través de la necrópolis acuática de juncos chinos podridos en la superficie del mar; las emocionantes acrobacias de la simulación, como si estuvieras en una violenta, sobrecogedora, tormenta al aire libre- pero todo ello occidentalizado: olor a salsa de pimienta jamaicana crepitando a través del aire, fluido acento afro-caribeño, y luchas a espada, a la manera de los piratas de aguas azules del Nuevo Mundo. Simuladores idénticos se apilarían como leños en el espacio ahora ocupado por los abultados mecanismos de las atracciones y dioramas, quintuplicando la capacidad y reduciendo a la mitad el tiempo de carga.

— Así que, ¿qué está tramando?

Lil salió de las vísceras mecánicas del Constructor de Raíles², e hizo una cómica mueca de preocupación.

— Está rehabilitando los Piratas, y haciendo un trabajo increíble. Van muy adelantados al tiempo previsto, han conseguido una buena promoción en la red, los grupos de enfoque están perfeccionándose con rapidez — . La comicidad

² Literalmente, *Rail-Splitter*, apodo por el que se conoce también a Lincoln, debido a que en su juventud trabajó en la construcción de líneas ferroviarias. (N. del T.)

se ausentó de su expresión, dejando al descubierto la verdadera preocupación.

Se alejó y cerró el Honesto Abe, luego le disparó con un dedo. Lentamente, empezó a aumentar la velocidad de su discurso, silencioso si no fuera por el suave zumbido y gimoteo de sus servos. Lil hizo el gesto de girar una manivela y la banda sonora apareció en voz baja:

– Todos los ejércitos de Europa, Asia y África *combinados* no podrían, por la fuerza, trazar un sendero en la Cordillera Azul ni tomar un trago del río Ohio. Si la destrucción es nuestro sino, entonces nosotros mismos la habremos engendrado, y esto vale lo mismo... – ella imitó el gesto de bajar el volumen y el silencio se hizo de nuevo.

– Usted lo ha dicho, señor Presidente – dijo, y volvió a dispararle, apagándolo. Se agachó y le ajustó su sobretodo de época cosido a mano, entonces cuidadosamente le dio cuerda y le colocó su reloj de cadena en el bolsillo del chaleco.

La rodeé con los brazos.

– Estás haciendo todo lo que puedes, y es un gran trabajo – dije. Había caído en el modo de hablar facilón de los miembros de personal, articulando insulsas afirmaciones. Oyendo mis palabras sentí cómo me ruborizaba por la vergüenza. La atraje y la abracé largamente y con fuerza para intentar restablecer su confianza. Sin tener las palabras adecuadas que decir, le di un apretón final y la solté.

Me miró de reojo y asintió.

– Estoy bien, en serio – dijo – quiero decir, el peor escenario posible es que Debra haga su trabajo muy, muy bien, y haga que las cosas sean incluso mejores que ahora. Eso no es tan malo.

Era un giro de 180 grados respecto a sus argumentos desde la última vez que hablamos, pero no vives más de un siglo sin aprender cuando hacer notar ese tipo de cosas y cuándo no.

Mi cóclea anunció las doce del mediodía y la pantalla HUD apareció con el recordatorio de mi backup semanal. Lil estaba sacando a Ben Franklin II fuera de su nicho. Me despedí de ella con un gesto a su espalda y caminé en busca de una terminal de enlace. Una vez estuve lo bastante cerca de una

frecuencia de banda ancha de comunicaciones segura, estuve listo para el backup. Mi cóclea tañó de nuevo, y respondí.

— ¿Sí? — subvocalicé impaciente. Odiaba que me distrajesen del backup; uno de mis miedos más repetitivos consistía en que olvidaba completamente el backup, y me volvía vulnerable durante toda una semana, hasta el siguiente recordatorio. Había perdido la habilidad de mis hábitos de adolescencia, dejándolo por completo en manos de recordatorios automáticos por encima de la elección consciente.

— Soy Dan — escuché el ruido del Parque a todo ritmo de fondo: risas de niños, las brillantes arengas grabadas de los animatronics, las pisadas de miles de pies— ¿te puedes ver conmigo en la Habitación Tiki? Es muy importante.

— ¿Puedes esperar quince minutos? — pregunté.

— Claro, nos vemos en quince.

Colgué e inicié el backup. Una barra de estatus cruzó a través de la pantalla HUD, descargando las partes de mi memoria que eran puramente digitales; cuando finalizó, empezó con la memoria orgánica. Los ojos se quedaron en blanco, y mi vida pasó ante mis ojos.

TRES

La Sociedad Bitchun había tenido mucha experiencia con la recuperación desde los backup: en la época de la cura de la muerte, la gente vivía bastante imprudentemente. Alguna gente fue recuperada un par de docenas de veces al año.

Yo no. Odiaba el proceso. Aunque no tanto como para que no quisiera participar en él. Todos los que tuvieron serios dilemas filosóficos a este respecto, sencillamente, ya sabes, *murieron* hace una generación. La Sociedad Bitchun no necesitaba convertir a sus detractores, simplemente los sobrevivía.

La primera vez que morí, no estaba muy lejos de mi sexagésimo cumpleaños. Estaba buceando con botella en Playa Coral, cerca de Varadero, Cuba. Por supuesto, no recuerdo el incidente, pero conociendo mis hábitos en ese lugar particular de buceo y habiendo leído los archivos de los equipos de buceo de mis compañeros, conseguí reconstruir los acontecimientos.

Estaba deslizándome a mi aire a través de cuevas llenas de langostas, con botella y máscara prestadas. También había alquilado un traje completo, pero no lo llevaba puesto —la cálida temperatura del agua salada era un bálsamo, y odiaba erigir barreras entre ella y mi piel. Las cuevas estaban formadas por coral y roca, que se enrollaban y se contorsionaban como si fueran intestinos. A través de cada agujero y alrededor de cada esquina, había una hueca, áspera, esfera de incomparable y extraña belleza. Gigantescas langostas saltaban ágilmente por encima de las paredes y a través de las oquedades. Bancos de peces brillantes como gemas pasaban velozmente, ejecutando sobrecogedoras maniobras como si hubiera trastornado sus ajetreados días. Tenía algunos de mis mejores pensamientos bajo el agua, y a menudo me deslizaba en profundas ensoñaciones. Normalmente, mis compañeros de buceo se aseguraban de que no me pasase nada, pero esa vez me alejé de ellos, deslizándome dentro de una estrecha abertura.

Dónde me quedé encajado.

Mis compañeros estaban detrás de mí, y empecé a golpear la botella con la empuñadura de mi cuchillo, hasta que uno de ellos puso la mano sobre mi hombro. Vieron lo que sucedía, e intentaron tirar de mí para sacarme, pero la botella y el chaleco de flotabilidad estaban firmemente trabados. Los otros intercambiaron silenciosas señales manuales, debatiendo la mejor manera de dejarme en libertad. De repente, mientras estaba forcejeando y pataleando, desaparecí en el interior de la cueva, desprovisto del chaleco y la botella. Por lo visto estaba intentando cortar las correas del chaleco y logré cercenar el conducto de mi regulador. Después de inhalar un repentino trago de agua salada, me hundí en el interior de la cueva, rodando por una monstruosa alfombra de larguiruchos corales de fuego. Inhalé otra bocanada de agua y pateé frenéticamente hacia la diminuta abertura del techo de la cueva, donde mis compañeros me rescataron poco después, ahogado y amoratado, salvo por los desiguales hematomas producidos por el punzante coral.

En aquellos días, hacer un backup era mucho más complicado; el procedimiento llevaba la mayor parte del día, y debía ser abordado en una clínica especial. Afortunadamente había realizado uno justo antes de salir hacia Cuba, unas semanas antes. El anterior backup a ese era de unos tres años antes, realizado al completar mi segunda sinfonía.

Me recuperaron a partir del backup dentro de un clon de crecimiento rápido en el Toronto General. Hasta donde puedo recordar, me acosté en la clínica donde realicé el backup un momento, y me levanté al siguiente. Me llevó casi un año superar el sentimiento de que el mundo entero estaba gastándose una monstruosa broma, de que el cuerpo ahogado que había visto realmente era el mío. En mi mente, el renacimiento era tan literal como metafórico: el tiempo perdido fue suficiente para que me encontrase en apuros para socializar con mis amigos pre-muerte.

Le conté la historia a Dan durante nuestra primera amistad, e inmediatamente resaltó el hecho de que yo había ido a Disney World a pasar una semana poniendo en orden mis sentimientos, reinventándome, mudándome al espacio y casándome con una mujer loca. Encontró muy curioso que yo

siempre volviese a comenzar en Disney World. Cuando le dije que tenía la intención de vivir allí algún día, me preguntó si eso quería decir que estaba terminando de reinventarme. Algunas veces, mientras jugueteaba con los dedos entre los dulces y rojos rizos de Lil, pensaba en ese comentario y exhalaba suspiros de satisfacción y maravilla hacia mi amigo Dan y su presciencia.

La siguiente vez que fallecí la tecnología había mejorado un tanto. Tuve un ataque al corazón a los setenta y tres años, desplomándome en el hielo en medio de un partido de hockey para aficionados. En el tiempo en que tardaron en cortar mi casco, el hematoma había aplastado mi cerebro hasta convertirlo en un revoltijo pulposo y sangrante. Había sido descuidado en los backups, y perdí más de un año. Pero gentilmente me despertaron con un resumen generado por ordenador de los acontecimientos del intervalo perdido, y un orientador estuvo en contacto conmigo a diario durante un año hasta que me volví a sentir cómodo en mi nueva piel. De nuevo mi vida reiniciada, y me encontré en Disney World, despellejándome metódicamente de las relaciones que había construido y empezando de nuevo en Boston, viviendo en el fondo oceánico y trabajando en las cosechadoras de metales pesados; un proyecto que, eventualmente, me conduciría a mi tesis de Química en la Universidad de Toronto.

Después de ser herido de muerte en la Habitación Tiki, tuve la oportunidad de apreciar el gran salto que la recuperación había dado en el intervalo de diez años. Me desperté en mi propia cama, tan instantáneamente consciente de los acontecimientos que me habían llevado a mi tercera muerte como si los hubiera visto a través de los puntos de vista de terceras personas: el metraje de seguridad de las cámaras de Adventureland, memorias sintetizadas extraídas del propio backup de Dan, y una recreación por ordenador de la escena a vista de pájaro. Me levanté increíblemente calmado y alegre, sabedor de que me sentía así debido a que seguramente se había activado un neurotransmisor temporal programado cuando fui restaurado.

Dan y Lil estaban sentados en la cabecera de la cama. La cara fatigada y sonriente de Lil estaba adornada con cabellos

escapados de su cola de caballo. Cogió mi mano y besó los tersos nudillos. Dan me sonrió beneficentemente, y se apoderó de mí un cálido, reconfortante sentimiento, de estar rodeado por la gente que realmente me quería. Escarbé en busca de las palabras apropiadas para la escena, y decidí improvisar sobre la marcha, abrí la boca, y dije, para mi sorpresa:

— Tengo que echar una meada.

Dan y Lil se sonrieron mutuamente. Salí tambaleándome de la cama, desnudo y caminé pesadamente hacia el baño. Mis músculos estaban asombrosamente flexibles, completamente nuevos. Después de enjuagarme me agaché, cogí mis tobillos e incliné mi cabeza hacia el suelo, sintiendo la maravillosa flexibilidad de mi espalda, piernas y glúteos. Una cicatriz en mi rodilla se había perdido, así como las muchas líneas que habían entrecruzado mis dedos. Cuando me miré en el espejo vi que mi nariz y mis lóbulos eran más pequeños y garbosos. Las familiares patas de gallo y las arrugas entre mis cejas se habían marchado. Tenía vello de un día en todas partes: cabeza, cara, pubis, brazos, piernas. Deslicé las manos sobre el cuerpo, riéndome nerviosamente por la cosquilleante novedad de todo. Estuve brevemente tentado de depilarme del todo, únicamente para mantener por siempre ese sentimiento de novedad, pero el neurotransmisor programado fue evaporándose, y un sentimiento de urgencia sobre mi asesinato fue avanzando lentamente en mí.

Me anudé una toalla en torno a la cintura y volví al dormitorio. El aroma de las flores, del limpiacristales y el rejuvenecimiento me inundaban la nariz, efervescentes como alcanfor. Dan y Lil estaban de pie cuando volví a la habitación y me ayudaron a llegar a la cama.

— Bien, esto *apesta* — dije.

Había ido directamente desde el terminal de enlace a través de los túneles de servicio: tres rápidos cortes del metraje de las cámaras de seguridad, una en el terminal, otra en el corredor, y otra más en la salida del paso subterráneo entre Liberty Square y Adventureland. Parecía confuso y algo triste cuando aparecí por la puerta, y empecé a trazar mi camino a través del gentío, usando un sinuoso y rápido paso que había elaborado cuando hacía trabajo de campo en mi tesis de control

de masas. Atajé rápidamente a través de la multitud de gente almorzando hacia el alargado techo de la Habitación Tiki, cubierto de tiras de trémulo aluminio, cortado y pintado como si fuese espesa paja.

Imágenes borrosas ahora, desde el Punto De Vista de Dan, andando a su lado, pasando cerca de un grupo de chicas adolescentes con codos y rodillas extra, que llevaban abrigos de control ambiental con capuchas cubiertas de logos del Centro Epcot. Una de ellas llevaba un salacot, de la tienda de los Mercaderes de la Jungla, una tienda a las afueras de Expedición a la Jungla. Dan tenía la mirada fija en la entrada de la Habitación Tiki, donde había una pequeña cola de ancianos, después miró a la chica del salacot, quien sacaba una pequeña y elegante pistola orgánica, como un pene con rabo que se enrollaba alrededor de su brazo. Despreocupadamente, con una abierta sonrisa, alzo el brazo, hizo un gesto con la pistola, exactamente como hacía Lil con su dedo cuándo estaba mandando archivos y la pistola embistió hacia delante. Dan se giró para mirarme. Fui lanzado hacia atrás, con los pulmones reventando fuera de mi pecho, esparcidos como si fuesen alas; trozos de médula y vísceras ducharon al visitante que estaba delante de mí. Un trozo de mi chapa identificativa, ahora metralla, golpeó a Dan en la frente, obligándole a parpadear. Cuando volvió a mirar, el grupo de chicas seguía allí, pero la chica con la pistola ya había desaparecido.

La vista de pájaro era bastante menos confusa. Todo el mundo, salvo Dan, la chica y yo, estaban agrisados. Estábamos delineados por una luz fluorescente amarilla, moviéndonos a cámara lenta. Salí del paso subterráneo y la chica se trasladó desde la Casa-Árbol de los Robinsones Suizos hasta el grupo de sus amigas. Dan comenzó a moverse hacia mí. La chica levantó el brazo y disparó la pistola. El proyectil inteligente autodirigido, codificado para la química de mi cuerpo, voló bajo, casi a ras de suelo, zigzagueando entre los pies de la multitud, moviéndose justo por debajo de la velocidad del sonido. Cuando me alcanzó, lanzó un chillido mientras subía hacia mi columna vertebral, detonando una vez que entró en mi cavidad torácica.

La chica ya había puesto bastante tierra por medio, volviendo hacia la entrada de Adventureland y Main Street. La vista de pájaro aceleró, siguiéndola hasta que se confundió con el gentío en la calle, zambulléndose y zigzagueando en él, moviéndose en dirección a los soportales del Castillo de la Bella Durmiente. Desapareció y volvió a aparecer cuarenta minutos después en El País del Mañana, cerca del nuevo complejo Montaña Espacial, y entonces desapareció de nuevo.

— ¿Sabe alguien quién es esa chica? — pregunté una vez que terminé de revivir los acontecimientos. La cólera estaba empezando a hervir dentro de mí. Cerré mis nuevos puños por primera vez, sintiendo las suaves palmas y los dedos sin callos.

Dan negó con la cabeza.

— Ninguna de las chicas con las que estaba la había visto antes. La cara era una de las de las Siete Hermanas: Hope —. Las Siete Hermanas era una moderna colección de rostros de diseño. Todas las adolescentes de segunda generación llevaban una de esas.

— ¿Qué hay de los Mercaderes de la Jungla? — pregunté — ¿tienen alguna grabación de la venta del salacot?

Lil frunció el ceño.

— Corrimos a comprobar las ventas de los Mercaderes de los últimos seis meses: solo encontramos tres coincidencias con chicas de la misma edad, y las tres tenían coartada. Probablemente lo robó.

— ¿Por qué? — pregunté finalmente. En mi mente, veía mis pulmones estallando fuera de mi pecho, como alas, como medusas; vértebras rociadas como metralla. Veía la sonrisa de la chica, casi una sonrisa sexual, mientras apretaba el gatillo.

— No fue algo aleatorio — dijo Lil — el proyectil estaba definitivamente codificado para ti: lo cual quiere decir que ella había conseguido estar cerca de ti en algún momento.

De acuerdo, eso quería decir que esa chica había estado en Disney World en los últimos diez años. Eso limitaba las posibilidades, todo perfecto.

— ¿Qué pasó con ella después de El País del Mañana?

— No lo sabemos — dijo Lil —. Algo pasó con las cámaras. La perdimos y nunca reapareció —. Sonaba acalorada y disgus-

tada: se tomaba los fallos en los mecanismos del Reino Mágico como algo personal.

— ¿Quién querría hacer esto? — pregunté, odiando la autocompasión de mi voz. Era la primera vez que había sido asesinado, pero no necesitaba convertirme en una reina del drama por eso.

Los ojos de Dan miraron al infinito.

— Algunas veces, la gente hace cosas por causas que a ellos les parecen perfectamente razonables, pero que el resto del mundo no podría llegar a entender. He visto varios asesinatos, y nunca tenían sentido a posteriori —. Acarició su mentón — algunas veces es mejor buscar la disposición antes que la motivación: ¿quién *podría* hacer algo así?

Bien, todo lo que teníamos que hacer era investigar todos los psicópatas que habían visitado el Reino Mágico en diez años. Esto restringía considerablemente las posibilidades. Deslicé la pantalla HUD y comprobé la fecha. Habían pasado cuatro días desde mi asesinato. Tenía un turno dentro de poco, trabajando en las puertas de acceso de la Mansión Encantada. Me gustaba tener un par de esos turnos al mes, solo para mantenerme con los pies en el suelo; eso me ayudaba a tomar contacto con la realidad mientras estaba envuelto en el enrarecido clima de mis simulaciones de control de masas.

Me levanté y me acerqué al armario para empezar a vestirme.

— ¿*Qué* estás haciendo? — preguntó Lil alarmada.

— Tengo un turno. Llego tarde.

— No estás en condiciones de trabajar — dijo Lil, tirando de mi codo. Me sacudí de ella.

— Estoy bien, como nuevo —. Ladré una risa sin humor — no voy a dejar que esos bastardos desestabilicen mi vida nunca más.

¿*Esos bastardos*? Pensé: ¿Cuándo había decidido que eran más de uno? Pero sabía que estaba en lo cierto. No había manera en que todo esto fuese planeado por una sola persona: había sido ejecutado con demasiada precisión, demasiado meticulosamente.

Dan bloqueó la puerta del dormitorio.

— Espera un segundo, necesitas descansar.

Lo miré lánguidamente.

— Yo decidiré eso — dije, y él se echó a un lado.

—Entonces iré contigo — accedió — por si acaso.

Escaneé mi Whuffie. Había subido un par de percentiles - Whuffie de compasión- pero ahora descendía: Dan y Lil estaban irradiando desaprobación. Que se jodan.

Subí en mi bote y Dan entró desordenadamente por la puerta del pasajero cuando ya la había puesto en marcha y aceleraba.

—¿Estás seguro de que estás bien? — preguntó mientras casi estrello el bote al coger la esquina de nuestro callejón.

—¿Por qué no debería estarlo? — dije — estoy como nuevo.

—Divertida elección de palabras — contestó — algunos dirían que *eres* nuevo.

— Ese argumento otra vez, no — gemí — me siento yo mismo, y nadie más puede aseverar eso. ¿A quién le importa si he sido recuperado de un backup?

— Todo lo que estoy diciendo es: ¿existe alguna diferencia entre *tú* y una copia exacta de ti mismo?

Sabía lo que estaba haciendo, distrayéndome con una de nuestras viejas peleas, pero no pude resistir el cebo, y conforme ponía en orden mis argumentos, realmente ayudó a calmarme un poco. Dan era esa clase de amigo, una persona que te conocía mejor que tu mismo.

— De modo que estás diciendo que, si fueras aniquilado y vuelto a recrear átomo a átomo, ¿ya no volverías a ser tu mismo?

— En teoría, sí. Ser destruido y recreado es diferente a no ser destruido en absoluto, ¿me sigues?

— Revisa tu mecánica cuántica, colega. Estás siendo destruido y recreado un trillón de veces cada segundo.

— A un nivel muy, muy pequeño...

— ¿Y qué diferencia hay?

— Muy bien, te concedo eso. Pero tu no eres en realidad una copia átomo por átomo. Eres un clon, con un *cerebro* duplicado; eso no es lo mismo que la destrucción cuántica.

— Vaya manera de hablarle a alguien que acaba de ser asesinado, amigo. ¿Tienes algún problema con los clones?

Y seguimos discutiendo y corriendo.

Los miembros de la Mansión estaban tan risueños y solícitos que daban náuseas. Cada uno de ellos hizo un esfuerzo especial para acercarse a mí y tocar al fiambre, en el almidonado hombro de mi traje de mayordomo, haciéndome saber que si había cualquier cosa que pudieran hacer por mí... Les dirigí una sonrisa de circunstancias e intenté concentrarme en los visitantes: cómo esperaban cuándo llegaban, cómo se dispersaban a través de la puerta de salida. Dan revoloteaba alrededor, tomando de vez en cuando el paseo de ocho minutos veintidós segundos, haciendo de pantalla entre mí y los otros miembros.

Él estaba cerca cuando llegó la pausa. Me puse el traje de paisano y caminamos sobre las calles empedradas a lo largo de la Sala de los Presidentes; al girar en una esquina percibí que allí había algo diferente alrededor del área de espera.

— Ya lo han hecho — gimió Dan.

Me fijé mejor. Las puertas de acceso estaban bloqueadas por un cartel: Mickey vistiendo la peluca y lentes de Ben Franklin, llevaba una paleta de albañil. «¡Disculpen el desorden!» declaraba el cartel. «Nos estamos renovando para servirles mejor.»

Divisé a uno de los compinches de Debra de pie detrás del cartel, con una sonrisa autosuficiente. Había comenzado en este mundo como un chino achaparrado, pero se había alargado los huesos y sus pómulos estaban tan afilados que casi parecía un elfo. Miré su sonrisa y comprendí: Debra había establecido una cabeza de playa en Liberty Square.

— Presentaron el proyecto de la nueva Sala al comité de dirección una hora después de que te disparasen. Al comité le gustan los proyectos, de modo que consiguieron su recompensa. Prometieron no tocar la Mansión.

— No me comentaste nada — dije acaloradamente.

— Pensamos que sacarías conclusiones precipitadas. El plazo era sospechoso, pero no hay indicios de que ellos contratasen a la pistolera. Todos tienen una coartada, incluso se ofrecieron a ceder sus backups como prueba.

— Bien — dije — vale. De modo que ellos *casualmente* tenían planes para poner en marcha una nueva Sala. Y *casualmente* lo presentaron justo después de que me disparasen, cuándo todos

nuestros adhócratas estaban ocupados preocupándose por mí. Es una enorme coincidencia.

Dan negó con la cabeza.

—No somos estúpidos, Jules. Nadie piensa que esto sea una coincidencia. Debra es la clase de persona que guarda un montón de proyectos a la espera de que pase algo. Pero eso solo hace de ella una oportunista bien preparada, no una asesina.

Me sentí exhausto, asqueado. Pertenecía lo bastante al personal, de modo que busqué un túnel de servicio antes de derrumbarme contra una muro, con la cabeza gacha. La derrota avanzaba a través de mí, saturándome.

Dan se acuclilló a mi lado. Lo inspeccioné, sonreía burlonamente.

—Imagínate —dijo—, por un momento, que Debra realmente hubiera hecho eso, ponerte a ti como cebo con el fin de poder apoderarse de ésto.

Sonreí, a pesar de mí mismo. Esa era su forma de explicar los hechos, cosa que podía hacer siempre que quisiera. Caí en una de sus artimañas retóricas, como en los viejos tiempos.

—De acuerdo, me lo imagino.

—¿Por que habría ella: uno, quitarte de en medio a ti, en lugar de Lil, o uno de los auténticos veteranos; dos, ir en busca de la Sala de los Presidentes, en vez de la Isla de Tom Sawyer, o incluso de la Mansión; y tres, hacerlo con esa maniobra tan evidentemente sospechosa?

—De acuerdo —dije, preparándome para el desafío—. Uno: soy lo bastante importante como para ser inquietante, pero no tanto como para justificar una investigación completa. Dos: la Isla de Tom Sawyer está demasiado a la vista, no puedes reformarla sin gente viendo el polvo desde la orilla. Tres: Debra pasó una década en Beijing, dónde la sutileza no es que importe precisamente.

—Seguro —dijo Dan— seguro—. Entonces lanzó una salva de argumentos, y mientras pensaba mi respuesta, me ayudó a levantarme y a caminar hacia la lancha, discutiendo todo el camino, hasta que me di cuenta de que ya no estábamos en el Parque, estaba en la cama, en casa.

Con todos los animatronics de la Sala inactivos durante un tiempo, Lil tenía más tiempo libre del que podía gastar. Ella haraganeaba en el pequeño bungalow, con ambos tirados en el salón, la mirada perdida en la ventana, respirando pesadamente el claustrofóbico y recalentado aire de Florida. Tenía mis notas de trabajo en la gestión de colas de la Mansión, y trabajaba de tanto en tanto en ellas sin rumbo fijo. De vez en cuándo Lil replicaba mi pantalla HUD para verme trabajar, y me hacía sugerencias basadas en su larga experiencia.

Era un proceso delicado, este asunto de incrementar el rendimiento sin dañar las experiencias de los visitantes. Pero por cada segundo que podía arañar entre la cola y la salida, podía poner otros sesenta visitantes en espera y recortar treinta segundos del total de tiempo de espera. Y cuantos más visitantes consiguieran experimentar la Mansión, el Whuffie de la gente de Debra sufriría si daban un paso en esa dirección. De modo que cumplidamente picoteaba en mis notas; hallé tres segundos que podía arañar de la secuencia del cementerio haciendo que los Carruajes Malditos se desviasen a la izquierda conforme descendían de las cristaleras del ático: expandiendo su campo de visión, podía exponer a los visitantes a todas las escenas más rápidamente.

Ejecuté los cambios a vista de pájaro, entonces los apliqué después de cerrar e invitar a los otros adhócratas de Liberty Square a venir y probarlos.

Era otro bochornoso atardecer de invierno, prematuramente oscuro. Los adhócratas traían suficientes amigos y familia con ellos como para ser capaces de simular el máximo en el tiempo de espera; los demás estábamos de pie, sudando en el área de ensayo, esperando a que las puertas se abriesen, escuchando los aullidos de los lobos mezclados con llantos de horror, desde los altavoces ocultos.

Las puertas se abrieron cimbreadas, revelando a Lil con un desgastado uniforme de criada, los ojos pintados de negro, la piel empolvada le daba una palidez espectral. Nos lanzó una mirada fría y resplandeciente.

—El Amo Gracey demanda más cuerpos —entonó.

Conforme nos íbamos agolpando en la fría y mohosa penumbra del salón, Lil se las ingenió para darme un afectuoso pellizco en el trasero. Me volví para devolverle el favor y vi al camarada elfo de Debra surgiendo sobre el hombro de Lil. La sonrisa murió en mis labios.

El hombre entornó los ojos, y por un momento vi algo allí -una mezcla de crueldad y tribulación- y no supe cómo reaccionar. Desvió la mirada de inmediato. Sabía que Debra podía tener espías en el gentío, por supuesto, pero con el medio-elfo mirando, decidí hacer de éste el mejor espectáculo que hubiera visto.

Es delicado, este asunto de hacer el espectáculo mejor desde dentro. Lil casi había deslizado a un lado la pared panelada que daba a la alargada habitación número dos, la más reciente en entrar en servicio. Una vez que la gente estuvo dentro, intenté dirigir sus miradas, ajustando mi lenguaje corporal en una postura de sutil atención dirigida a los nuevos reflectores. Cuando la recién remasterizada banda sonora empezó a repiquetear detrás de los candelabros en forma de gárgola situados en las esquinas de la habitación octogonal, recosté ligeramente el cuerpo en la dirección del movimiento de la estéreo-imagen. Y un instante antes de que las luces irrumpieran, ostentosamente miré hacia el cielorraso, notando como los demás seguían mi señal, de modo que estaban atentos cuando el cadáver bañando por luz ultravioleta descendió de las sombras del techo, agitándose contra el nudo corredizo del cuello.

La gente llenó la segunda área de espera, donde subieron a los Carruajes Malditos. Había un pequeño murmullo de admiración conforme avanzábamos sobre las aceras deslizantes. Subí a mi Carruaje y un instante después alguien se deslizó detrás de mí. Era el elfo.

Hizo un esfuerzo para no mirarle directamente, pero sentía como su mirada de reojo conforme avanzábamos directamente a lo largo de los candelabros flotantes y del corredor donde los ojos de los retratos nos seguían. Dos años antes había acelerado esa secuencia y añadido algunas rotaciones aleatorias a los Carruajes Malditos, arañando 25 segundos del total, y aumentando el rendimiento de 2365 a 2600 visitantes

por hora. Fue la piedra de toque que marcó la tónica de todos los demás segundos que había escamoteado desde entonces. El violento cabeceo del Carruaje nos condujo al elfo y a mí a un contacto accidental, y al rozar su mano cuando quise alcanzar la barra de seguridad, sentí que estaba fría y sudorosa.

¡Estaba nervioso! *El* estaba nervioso. ¿Por qué tendría que estar nervioso? Yo era quien había sido asesinado: quizá estaba nervioso por que sabía que tenía que terminar el trabajo. Le lancé una mirada de reojo, intentando distinguir bultos sospechosos en su ajustada vestimenta, pero el empedrado plástico negro del interior del Carruaje Maldito era demasiado oscuro. Dan estaba en el carruaje de detrás, junto a un miembro de personal de la Mansión. Le di un toque a su cóclea.

– Prepárate para saltar a mi señal – subvocalicé.

Cualquiera que dejara su Carruaje, interceptaría un sistema de infrarrojos y detendría la atracción. Sabía que podía confiar en Dan sin darle más explicaciones, lo que significaba que podía seguir de cerca al compinche de Debra.

Pasamos sobre el corredor de espejos y por el vestíbulo de las puertas, donde monstruosas manos asomaban por los umbrales, estirándose contra las bisagras mientras los gemidos se unían a los golpes. Pensé en eso: si quisiera matar a alguien en la Mansión, ¿cuál sería el mejor lugar para hacerlo? Las escaleras de la buhardilla -el siguiente escenario- parecía un buen lugar. Entonces lo vi claro. El elfo me mataría en la lobreguez de las escaleras, lanzándome fuera del Carruaje en la curva cerrada camino del cementerio, eso era lo que pretendía. ¿Sería capaz de hacerlo si estuviera mirándole fijamente todo el tiempo? Parecía tan terriblemente nervioso como yo. Me giré y lo miré directamente a los ojos.

Me saludó con la cabeza, esbozando una extraña media sonrisa. Continuaba mirándolo fijamente, con los puños apretados, preparado para cualquier cosa. Bajábamos las escaleras, cara a cara, escuchando el clamor de las voces procedentes del cementerio y el graznido de los cuervos de ojos rojos. Por el rabillo del ojo capté el temblor del animatronic jardinero y me asusté. Lancé un chillido subvocal y fui lanzado hacia delante mientras el sistema de la atracción temblaba hasta detenerse.

— Jules — la voz de Dan apareció en mi cóclea — ¿estás bien?

Había oído mi involuntario grito de sorpresa y había saltado del Carruaje, deteniendo el viaje. El elfo me miraba con una mezcla de sorpresa y compasión.

— Estoy bien, estoy bien. Falsa alarma —. Llamé a Lil en subvocal y le dije que continuara con el viaje tan pronto como fuera posible, que todo estaba en orden.

Pasé el resto del viaje con las manos en la barra de seguridad, con los ojos fijos hacia delante, ignorando resueltamente al elfo. Comprobé el tiempo que habíamos usado en el viaje. La demostración fue una catástrofe: en lugar de ahorrar tres segundos, había añadido treinta. Quería llorar.

Salí del Carruaje y caminé rápidamente hacia la salida, apoyándome en exceso en la verja, con la mirada perdida en el cementerio de mascotas. La cabeza me daba vueltas: estaba fuera de control, envuelto en sombras. Estaba asustado.

Y no tenía motivos para ello. Sí, había sido asesinado, ¿pero cuánto me había costado? Unos cuantos días de “inconsciencia” mientras trasvasaban el backup a mi nuevo cuerpo, un misericordioso hueco en mi memoria desde la salida de la terminal de backup hasta mi muerte. No quería ser uno de esos chalados que se tomaban la muerte *seriamente*. No es como si hubieran realizado algo *permanente*.

Entretanto, yo *había* hecho algo permanente: había cavado la tumba de Lil un poco más profundamente, comprometiendo a la adhocracia y, lo peor de todo, a la Mansión. Había actuado como un idiota. Saboreé mi cena, una pastosa hamburguesa que deglutí afanosamente, intentando obviar las náuseas.

Sentí a alguien a mi lado, y pensé que era Lil, que venía a preguntarme por qué me había ido, me giré con una sonrisa avergonzada, y me encontré cara a cara con el elfo.

Extendió su mano y habló con el insípido acento de alguien que lleva un módulo de lenguaje.

— Hola. No nos han presentado, pero quería decirle lo mucho que me gusta su trabajo. Me llamo Tim Fung.

Estreché su mano, que aún seguía fría y singularmente húmeda en el opresivo calor de la noche de Florida.

— Julius — dije, asustado de lo mucho que se asemejaba mi voz a un ladrido. *Cuidado, pensé, no necesitas incrementar las hostilidades* —. Es muy amable de tu parte. Me gusta lo que habéis hecho con los Piratas.

Sonrió: una auténtica sonrisa de embarazo, como si acabase de alabarlo uno de sus héroes.

— ¿En serio? Creo que es bastante bueno; la segunda vez tienes muchas más oportunidades de depurar las cosas, para tener una mejor visión. Beijing, bueno, fue excitante, pero precipitado, ¿sabes? Quiero decir, realmente estábamos luchando. Cada día había un grupo diferente de precaristas, que querían echar abajo el Parque. Debra acostumbraba a mandarme afuera para pasear a los niños a hombros, solamente para mantener nuestro Whuffie elevado mientras ella expulsaba a los precaristas. Esta es una buena oportunidad para afinar diseños, para visitarlos sin el espectáculo en marcha.

Yo conocía eso, por supuesto. Beijing había sido una auténtica batalla para los adhócratas que lo habían construido. Muchos de ellos habían sido asesinados, muchas veces. La propia Debra había sido asesinada cada día durante una semana, y restituida por una serie de clones preparados, mientras testaba uno de los sistemas de las atracciones. Era más rápido que revisar las simulaciones diseñadas por ordenador. Debra era famosa por buscar siempre lo más ventajoso.

— Estoy empezando a descubrir cómo se siente uno trabajando bajo presión — dije, inclinando la cabeza significativamente hacia la Mansión. Me complació verlo primero avergonzado y después horrorizado.

— Nosotros *nunca* tocaríamos la Mansión — dijo — ¡es *perfecta!*

Dan y Lil se acercaron a nosotros cuando estaba preparando una réplica. Parecían preocupados, ahora que pensaba en ello, parecían increíblemente preocupados por mí desde el día en que reviví.

La forma de andar de Dan era extraña, forzada, como si se estuviera apoyando en Lil. Parecían una pareja. Un irracional sentimiento de celos se disparó en mí. Estaba emocionalmente destrozado. Aún así, tan pronto ella estuvo a mi alcance, tomé su mano llena de grandes cicatrices entre las mías, y la atraje hacia mí, protectoramente. Ya se había cambiado el uniforme

de criada; ahora llevaba un mono inteligente cuya tela microporosa transpiraba ajustada a su propia respiración.

– Lil, Dan, quiero presentaros a Tim Fung. Estaba contándome batallitas del proyecto de los Piratas en Beijing.

Lil hizo un gesto con la mano, y Dan le dio un solemne apretón.

– Aquello fue un trabajo algo duro – dijo Dan.

Se me ocurrió conectar algunas pantallas de Whuffie. Normalmente era una reacción instantánea al conocer a alguien, pero seguía desorientado. Escané al elfo. Tenía un montón de Whuffie opuesto: respeto acumulado por gente que compartía muy pocas de mis opiniones. Eso era de esperar. Lo que no me esperaba era que su ratio de Whuffie ponderado, que tenía en cuenta el crédito de la gente a la que yo respetaba, fuera asimismo elevado, más incluso que el mío propio. Lamenté mi conducta errática más que nunca. El respeto del elfo -*Tim*, tenía que acordarme de llamarlo Tim- podría conllevar un montón de influencia en cada campo que importase.

La puntuación de Dan se iba incrementando constantemente, pero seguía teniendo un perfil desastroso. Había acumulado una buena cantidad de Whuffie opuesto, que curiosamente provenía del momento de mi asesinato, cuando la gente de Debra había acordado darle una generosa porción de respaldo, por la discreta manera en la que había limpiado y sacado de escena mi cadáver, minimizando los disturbios en frente de sus maravillosos Piratas.

Estaba abstraído deambulando, en la misma clase de ensueño que me había llevado a la muerte en los arrecifes de Playa Coral; salí de él con un sobresalto, dándome cuenta que los otros tres estaban cortésmente ignorando mi lapsus. Podía haber retrocedido a través de mi memoria a corto plazo para captar el quid de la conversación, pero eso hubiera alargado la pausa. A la mierda.

– Bien, ¿y que tal están yendo las cosas en la Sala de los Presidentes? – le pregunté a Tim.

Lil me lanzó una mirada de advertencia. Ella había cedido la Sala a los adhócratas de Debra, ya que era la única manera de evitar la apariencia de chiquilla enojada para el todopode-

roso Whuffie. Ahora tenía que mantener el papel de cooperante afable; eso significaba no mirar por encima del hombro de Debra, buscando excusas para atacar su trabajo.

Tim nos brindó la misma media sonrisa con la que me había saludado. Con sus rasgos suaves y afilados parecía casi irremediabilmente atractivo.

— Estamos haciendo un buen trabajo, creo. Debra le tenía el ojo echado a la Sala desde hace años, en los viejos tiempos, antes de que se fuera a China. Estamos sustituyendo la mayoría de las cosas con enlaces externos de banda ancha de gestalts de cada una de las vidas de los Presidentes: titulares de prensa, discursos, biografías condensadas, documentos personales. Esto será como si tuvieras a cada Presidente *dentro* de ti, descargado en tu alma, en unos pocos segundos. ¡Debra dice que vamos a *flash-bakear*³ a los Presidentes en tu mente! — los ojos le centelleaban en la luz del crepúsculo.

Habiendo experimentado tan recientemente mi propio flash-bake cerebral, la descripción de Tim me tocó una fibra sensible. Mi personalidad parecía estar siendo removida en cierto modo dentro de mi mente, como si se estuviera adaptando incorrectamente. La idea de tener el gestalt de unos 50 Presidentes aplastados junto a la mía, era perversamente atractiva.

— Vaya — dije — eso suena genial. ¿Qué tenéis pensado para las instalaciones físicas? — la Sala mantenía una silenciosa, patriótica dignidad, obtenida de los cientos de edificios oficiales de los extintos Estados Unidos. Enredarse con ellos sería como rediseñar las barras y estrellas.

— En realidad ese no es mi campo — dijo Tim—. Yo soy programador. Pero puedo conseguir que uno de los diseñadores te cuente algo sobre esos planes, si quieres.

— Eso estaría muy bien — dijo Lil, agarrando mi codo—. Aunque creo que ya deberíamos irnos a casa—. Empezó a tirar de mí y Dan agarró el otro codo. Detrás de ella, Liberty Belle resplandecía como una fantasmal tarta de boda al anochecer.

³ Juego de palabras intraducible entre *flashback*, y *flash-bake* (hornear instantáneamente a altas temperaturas). (N. del T.)

— Es una pena — dijo Tim — mis adhócratas están trabajando toda la noche en la nueva Sala. Estoy seguro de que les encantará que los visitéis.

Una idea se aferró a mí. Podría meterme en el terreno del enemigo, sentarme sobre su fuego, aprender sus secretos.

— ¡Eso sería *estupendo!* — grité, demasiado ruidosamente. La cabeza me zumbaba ligeramente. Las manos de Lil me soltaron.

— Pero mañana tenemos que levantarnos temprano — dijo Lil —. Tienes un turno a las ocho, y yo tengo que ir al pueblo a hacer la compra —. Estaba mintiendo, y con ello me estaba diciendo que esa idea no era un movimiento inteligente. Pero mi fe era inamovible.

— ¿Un turno a las ocho de la mañana? No hay problema, estaré allí cuándo empiece. Sólo tengo que ducharme en el Contemporary, coger el monorraíl, y estaré a tiempo para el cambio de turno. ¿De acuerdo?

— Pero Jules — ahora lo intentó Dan — tenemos que ir a cenar a la Mesa Real de Cenicienta, ¿recuerdas? He hecho las reservas.

— Oh, venga, podemos comer en cualquier momento — dije — esta es una maldita buena oportunidad.

— De acuerdo — dijo Dan, dándose por vencido —. ¿Te importa si voy contigo?

Él y Lil intercambiaron significativas miradas, que interpreté como “*si tiene la intención de convertirse en un chiflado, uno de nosotros debería estar con él*”. Intenté ser comprensivo: iba a meterme en la boca del lobo.

Tim, aparentemente obviaba todo esto.

— ¡Entonces de acuerdo! Vamos.

De camino a la Sala, Dan estuvo llamando a mi cóclea, mientras lo mandaba directamente al contestador. Al mismo tiempo, farfullaba una charla intrascendente con él y Tim. Estaba decidido a compensar mi debacle en la Mansión con Tim, ganándomelo.

La gente de Debra estaba sentada en las butacas de encima del escenario; los animatronics de los presidentes estaban apilados pulcramente en montones en los laterales. Debra

estaba repantigada en el sofá de Lincoln, con la cabeza ligeramente levantada y las piernas extendidas. El olor normal del Salón, a limpieza y ozono, estaba saturado por el olor del sudor y el aceite de motor, el hedor de los adhócratas trabajando toda la noche. La Sala había necesitado quince años para desarrollarse y ponerse en marcha, y un par de días para venirse abajo.

Debra estaba al natural, seguía usando la misma cara con la que había nacido, a pesar de haber sido regenerada docenas de veces tras sus muertes. Era aristocrática, pálida, alta, con una nariz hecha para mirarla fijamente. Era al menos tan vieja como yo, aunque solamente aparentase veintidós. Tuve la sensación de que había escogido esa edad por que era una de las que deparaba mayores reservas de energía.

No se dignó a levantarse cuando me acerqué, pero me saludó lánguidamente con la cabeza. Los otros adhócratas habían sido divididos en pequeños grupos, encorvados sobre los terminales. Todos ellos tenían ojeras, parecían fanáticos faltos de sueño, incluida Debra, quien lograba parecer perezosa y excitada simultáneamente.

¿Tú me asesinaste? me preguntaba, mirándola fijamente. Después de todo, ella había sido asesinada docenas, si no cientos, de veces. Eso no significaría gran cosa para ella.

—Hola —dije, alegremente— Tim se ofreció a enseñarnos esto. Conoces a Dan, ¿no?

Debra lo señaló con la cabeza.

—Claro. Dan y yo somos amigos, ¿no es cierto?

La cara de póquer de Dan no movió un músculo.

—Hola, Debra —dijo. Había estado viéndose con ellos desde que Lil le informó del peligro para la Mansión, intentando recoger alguna información para nuestro uso. Ellos sabían lo que él tramaba, por supuesto, pero Dan era un tipo bastante encantador, y trabajaba como un mulo, de modo que lo toleraban. Pero parecía que se había pasado de la raya al acompañarme, como si la cortés pantomima de ser más un adhócrata de Debra que de Lil, se hubiera hecho pedazos con mi presencia.

—¿Puedo enseñarles la demo, Debra? —preguntó Tim.

Debra enarcó una ceja.

—Claro, ¿por qué no? Os gustará, chicos.

Tim nos guió a los bastidores, dónde Lil y yo acostumbrábamos a sudar sobre los animatronics y a achucharnos subrepticamente. Cada cosa había sido desgarrada, desprendida, empacada y apilada. No habían desperdiciado un momento, habían pasado una semana destrozando un espectáculo que había funcionado durante más de un siglo. Las telas sobre las que normalmente se proyectaban partes del espectáculo, estaban tiradas en el suelo, manchadas de porquería, pisadas y aceite.

Tim me enseñó un terminal de backup medio ensamblado. La estructura estaba vacía, y un número indeterminado de teclados sin cable, punteros y guantes yacían esparcidos a su alrededor. Parecía un prototipo.

—Este es nuestro enlace externo. Por ahora tenemos la demo de un programa ejecutándose en él: los viejos discursos de Lincoln, junto con un montaje de la guerra civil. Simplemente activa el acceso de invitados, y te lo descargaré. Es salvaje.

Desplegué mi pantalla HUD y activé el acceso de invitados. Tim apuntó un dedo a la terminal y mi cerebro fue inundado por la esencia de Lincoln: cada matiz de su discurso, sus minuciosamente estudiados movimientos, sus verrugas, barba y sobretodo. Casi me sentí como si *fuera* Lincoln, durante un momento, y entonces se desvaneció. Pero podía seguir saboreando el persistente sabor cobrizo del fuego de artillería y del tabaco de mascar.

Di unos pasos hacia atrás. Mi cabeza estaba bañada con ricas y detalladas impresiones sensitivas del flash-bake. Supe en el acto que la Sala de los Presidentes de Debra iba a ser un éxito.

Dan también recibió un disparo del enlace externo. Tim y yo observamos cómo su expresión cambiaba desde el escepticismo al deleite. Tim me miró expectante.

—Es realmente bueno — dije — de veras, realmente bueno. Excitante.

Tim se sonrojó.

—¡Gracias!, yo he realizado la programación de los gestalts, es mi especialidad.

Debra habló a sus espaldas, se había aproximado a nosotros mientras Dan estaba recibiendo su chute.

— Tuve la idea en Beijing, cuando estuve muriendo tantas veces. Hay algo maravilloso en esto de tener memorias implantadas, como si realmente estuvieras haciendo trabajar a tu cerebro. Me encanta la pureza sintética de todo eso.

Tim resopló.

— No todo es artificial — dijo, volviéndose hacia mí —. Es agradable y suave, ¿verdad?

Capté la profunda diferencia política, y estaba elaborando mi respuesta cuando Debra replicó.

— Tim sigue intentando hacerlo todo más basado en impresiones, menos computerizado. Está equivocado, obviamente. No queremos simular la experiencia de ver el espectáculo, queremos *trascenderla*.

Tim asintió de mala gana.

— Claro, trascenderla. Pero la manera de conseguirlo es realizar una experiencia *humana*, meterse en la piel de los presidentes. Guiarnos por la empatía. ¿Qué sentido tiene proyectar en el cerebro de alguien un montón de datos asépticos?

CUATRO

Una noche en la Sala de los Presidentes me convenció de tres cosas:

1. Que la gente de Debra me había asesinado y que se jodan sus coartadas.

2. Que ellos me podrían volver a asesinar, cuando llegase el momento de intentar conquistar la Mansión Encantada.

3. Que nuestra única esperanza de salvar la Mansión era un ataque preventivo contra ellos: teníamos que atacarles dónde más les doliese.

Dan y yo habíamos sido tratados durante ocho horas como insectos en la Sala de los Presidentes. La gente de Debra trabajaba con una cooperación envidiable, nacida en la adversidad que habían afrontado en Beijing. Debra se desplazaba de equipo en equipo, haciendo sugerencias tanto con las palabras como con el lenguaje corporal, dejando explosiones de inspirada actividad a su paso.

Fue esa precisión la que me convenció del punto uno. Cualquier adhócrata tan riguroso haría cualquier cosa si eso le llevase a adelantar con éxito su agenda. ¿Adhócratas? Demonios, los llamaré como lo que son: un ejército.

El punto dos se me ocurrió cuando probé la versión de Lincoln que Tim terminó sobre las tres de la mañana, después de intensas consultas con Debra. El sello de una gran atracción consiste en ser mejor la segunda vez, como si los detalles y las florituras comenzaran a impactar en tu consciencia. La Mansión estaba llena de pequeñas golosinas y astutos secretos que aumentaban tu experiencia en cada viaje sucesivo.

Tim arrastraba los pies nervioso, apenas ocultando levemente su orgullo mientras yo activaba el acceso público. Descargó el programa de aplicación a mi directorio público, y, cautelosamente, lo ejecuté.

¡Dios! ¡Dios y Lincoln y fuego de artillería, oratoria y arados y mulos y gabanes! Me arrollaron, me atravesaron, chocaron contra el interior de mi cráneo y rebotaron. Después de la primera oleada, hubo una sensación de orden, de concierto,

pero que era solamente la gestación de algo mayor, en un único balón indiferenciado, llenándome, desbordándome. Hubo un momento de pánico, cuando la esencia de la Linconlineidad pareció amenazar mi propia personalidad, y, entonces, cuando estaba a punto de doblegarme, retrocedió, dejando tras de sí un rastro de endorfinas y adrenalina que hacían que desease saltar.

— Tim —boquéé—. Tim, esto es... — las palabras me fallaron. Quería abrazarlo. ¡Lo que podríamos hacer para Mansión con esto! ¡Qué elegancia! Impresionar directamente en el cerebro la experiencia, sin recurrir a los estúpidos y ciegos ojos, a los burdos y sordos oídos.

Tim resplandecía, disfrutando, y Debra asentía solemnemente desde su trono.

— ¿Te gusta? —preguntó Tim. Asentí, y tambaleándome volví a los asientos del escenario dónde Dan dormía con la cabeza echada hacia atrás, con los ronquidos emanando con delicadeza de su garganta.

Gradualmente la razón volvió a mi mente, y con ella vino la ira. ¿Cómo se atrevían? La maravillosa unión de tecnología y negocio que nos habían dado las atracciones de Disney - atracciones que habían entretenido al mundo durante más de dos siglos- nunca podrían competir en cara a cara con lo que ellos estaban haciendo.

Cerré los puños en mi regazo. ¿Por qué no podían hacer esta jodida cosa en cualquier otro lugar? ¿Por qué tenían que destruir todo lo que yo amaba para materializar ésto? Podían construir esta tecnología en cualquier sitio, ¡podrían distribuirla online y la gente accedería a ella desde sus comedores!

Pero nunca lo harían. Hacerlo aquí era mejor para el viejo Whuffie: harían algo diferente de Disney World y se lo apropiarían, un único adhócrata dónde antes había trescientos, operando sin dificultad un parque de atracciones dos veces más grande que Manhattan.

Me levanté y salí del escenario, hacia Liberty Square y el Parque. Estaba más tranquilo, aunque aún había algo de actividad; un húmedo escalofrío serpenteó por mi espalda y se me hizo un nudo en la garganta. Me giré para contemplar la Sala de los Presidentes, seria e inamovible como lo había

sido desde mi niñez y aún antes, un monumento a los Imagineros que anticiparon la Sociedad Bitchun, inspirándola.

Llamé a Dan, que aún seguía roncando en el escenario, y lo desperté. Gruñó ininteligiblemente en mi cóclea.

— Ellos lo hicieron, ellos me asesinaron —. Sabía que lo habían echo, y estaba encantado. Eso me facilitaba las cosas en cuanto a lo qué hacer a continuación.

— Oh, Jesús. Ellos no te asesinaron, ofrecieron sus backups, ¿recuerdas? No pudieron haberlo hecho.

— ¡Tonterías! — grité a la noche vacía —. ¡Tonterías!, ellos lo hicieron, y de algún modo sabotearon sus backups. Han tenido que ser ellos. Está todo impecable y ordenado. ¿Cómo si no podrían haber avanzado tan rápidamente en la Sala? Sabían lo que iba a suceder, habían planeado una interrupción y se mudaron. Dime que no piensas que tenían estos planes en perspectiva y los llevaron a cabo en cuánto pudieron.

Dan gimió y oí restallar sus articulaciones. Debía estar estirándose. El Parque respiraba a mi alrededor, los sonidos del personal de mantenimiento escabulléndose en la noche.

— No, no creo eso. Obviamente, tú sí. No es la primera vez que estamos en desacuerdo. De modo que, ¿y ahora qué?

— Ahora salvaremos la Mansión — dije — ahora contraatacaremos.

— Oh, mierda.

Tengo que admitirlo, había una parte de mí que estaba de acuerdo.

* * *

Mi oportunidad llegó una semana más tarde. Los adhócratas de Debra estaban anunciando desde una barca un pre-estreno especial de la nueva Sala para el resto de los adhócratas que trabajaban en el Parque. Era una desfachatez clásica, permitir que las personas clave del Parque le echaran un vistazo antes de que los bugs de los programas estuviesen pulidos. Una ejecución precisa garantizaría la clase de reacción impresionada que permitiría mantener el apoyo mientras finalizaban el trabajo; una demo fallida podía condenarles. Había mucha gente en el Parque que tenía un apego sentimen-

tal a la Sala de los Presidentes, y cualquier cosa en que la gente de Debra pudiera dañarla, podría despertar su nostalgia.

—Voy a hacerlo durante la demo —le dije a Dan, mientras conducía el bote anfíbio desde casa hacia el parking de los miembros de personal. Le miré furtivamente para calibrar su reacción. Puso su cara de póquer —. No se lo voy a contar a Lil —continué— es mejor que no lo sepa: así estará fuera de toda sospecha.

—¿Y yo? —preguntó— ¿no necesito estar fuera de sospecha?

—No —respondí— tú no. Eres un forastero. Puedes fingir que estabas trabajando por tu cuenta, e irte sin más, granuja. Sabía que no era justo. Dan estaba aquí para incrementar su Whuffie, y si se implicaba en mi sucio plan, tendría que empezar de nuevo una vez más. Sabía que no era justo, pero no me importaba. Era consciente de que estábamos luchando por nuestra propia supervivencia —. Es el bien contra el mal, Dan. No quieres ser una post-persona. Quieres seguir siendo humano. Las atracciones son humanas. Cada uno de nosotros puede conseguir sus propias experiencias mediante ellas. Nos introducimos físicamente dentro de ellas, y ellas nos hablan a través de nuestros sentidos. Lo que la gente de Debra está construyendo es una mierda de mente-colmena. ¡Pensamientos implantados directamente! ¡Dios! Eso no es una experiencia, ¡es un lavado de cerebro! Deberías saberlo.

Estaba alegando, discutiendo conmigo mismo tanto como con él.

Le miré de reojo mientras aceleraba a lo largo de las calles secundarias de Disney, revestidas con sudorosos pinos de Florida e inmaculadas señales púrpuras. Dan miraba con aire pensativo, de la misma manera que hacía en los viejos tiempos en Toronto. Algo de mi tensión se disipó. Estaba pensando en eso: se lo había echo comprender.

—Jules, esta no es una de tus mejores ideas—. Respiré profundamente, y me dio una palmadita. Tenía la habilidad de reconfortarme, incluso cuando me estaba diciendo que era un idiota —. Aunque Debra estuviese detrás de tu asesinato, y eso no es una certeza, ambos lo sabemos. Incluso si ese fuera el caso, tenemos mejores medios a nuestra disposición. Mejorar la Mansión, competir con ella cara a cara, eso sería lo

inteligente. Darle algo de tiempo y podríamos retornar a ella, recuperar la Sala, incluso los Piratas, que en realidad la exasperan. Demonios, si pudiéramos probar que está detrás del asesinato, podríamos desterrarla ahora mismo. El sabotaje no te va a proporcionar ninguna ventaja. Tienes un montón de otras opciones.

— Pero ninguna de ellas es lo suficientemente rápida, y ninguna de ellas es emocionalmente satisfactoria. Hacerlo de este modo tiene unas jodidas *pelotas*.

Alcanzamos el parking de personal e introduje el bote dentro de una de las aberturas y salí antes de que tuviera oportunidad de extraer su gatillo de recarga. Escuché cerrar de golpe la puerta de Dan detrás de mí, y supe que me seguía.

Pasamos por los túneles de servicio con aire adusto. Caminé por delante de las cámaras, sabiendo que mi imagen estaba siendo archivada y mi presencia memorizada. Había calculado el tiempo de mi incursión cuidadosamente: llegando al mediodía seguía apegado a mi tradicional patrón de observación de la dinámica de los sistemas de multitudes en un calor sofocante. Me había asegurado de hacer un par de visitas la semana pasada a esa misma hora, haraganeando en la cafetería antes de dirigirme a la superficie. El retraso entre mi llegada en el bote y mi llegada a la Mansión, no sería extraña.

Dan me pisaba los talones mientras me dirigía a la cafetería; me pegué a la pared justo en el punto ciego de la cámara. Volvía a mis primeros días en el Parque, cuando estaba cortejando a Lil, ella me enseñó el A-Vac, el viejo sistema neumático de eliminación de desechos, fuera del servicio activo desde los años 20. Los chicos que habían crecido en el Parque habían sido notables exploradores de los conductos, los cuales aún seguían exhalando débiles vaharadas de humo procedentes de las bolsas de basura que una vez se cepillaron a 60 millas por hora en el basurero de las afueras; pero para un chico ágil y valiente, los conductos era un país de las maravillas subterráneo listo para explorar, una vez que las hipermediatizadas experiencias del Parque perdieron su lustre.

Esboqué una sonrisa burlona y me introduje por la entrada de servicio.

—Si no me hubieran asesinado, forzándome a tomar un nuevo cuerpo, probablemente no podría ser lo suficientemente flexible para meterme aquí — le siseé a Dan— ¿irónico, eh?

Me encaramé adentro sin esperar una respuesta, y empecé a avanzar lentamente bajo la Sala de los Presidentes.

Mi plan había cubierto cada detalle concebible, excepto uno, el cual no se me ocurrió hasta que llevé cuarenta minutos dentro del tubo neumático, con los brazos delante y las piernas flexionadas como si fuera un bañista.

¿Cómo iba a poder alcanzarme los bolsillos?

Concretamente, ¿cómo iba a recuperar mi pistola RAE de los bolsillos traseros de mis pantalones cuándo ni siquiera podía doblar los codos? La pistola RAE era quid del plan: un generador direccional de Radiofrecuencia de Alta Energía con un haz enfocable que podía atravesar el piso de la Sala de Presidentes, y fundir en los alrededores cada maldita migaja de aparato electrónico sin protección. La idea se me ocurrió durante la primera demo de Tim, cuando había visto todos aquellos prototipos abiertos en los camerinos, sin las carcasas, listos para ser retocados. Desprotegidos.

—Dan— mi voz fue curiosamente amortiguada por las paredes del conducto.

—¿Sí?—. Había estando silencioso durante la jornada, el único indicador de su presencia era el sonido de su pesado arrastrar de codos a través de la oscuridad del conducto.

—¿Podrías alcanzar mis bolsillos traseros?

—Oh, mierda —dijo.

—Maldita sea —dije— guárdate tu jodida opinión para ti mismo. ¿Puedes alcanzarlos o no?

Lo escuché refunfuñar mientras se deslizaba en el conducto, al poco sentí su mano tanteando mi pantorrilla. Pronto, su pecho estaba aplastando mis gemelos contra el suelo del conducto y su mano me tocaba el culo.

—Puedo alcanzarlo —dijo. Por el tono de su voz podría decirse que no estaba demasiado contento por mi contestación, pero estaba demasiado absorto como para pensar en una

disculpa, a pesar de lo que debería estar sucediéndole a mi Whuffie.

Cogió torpemente la pistola -un cilindro estrecho tan largo como la palma de mi mano- y la sacó del bolsillo.

– ¿Y ahora qué? – preguntó.

– ¿Puedes pasármela por encima?

Dan gateó sobre mí, pero se atascó con rapidez cuando su caja torácica se topó con mis glúteos.

– No puedo ir más allá – dijo.

– Muy bien, entonces tú tendrás que dispararla –. Contuve el aliento. ¿Lo haría? Una cosa era ser mi cómplice, otra ser el autor de la destrucción.

– Oh, Jules – dijo.

– Un simple sí o no, Dan. Eso es todo lo que quiero oír. Estaba hirviendo de ira: hacia mi mismo, hacia Dan, hacia Debra, hacia todas las malditas cosas.

– Vale – dijo.

– Bien. Sintonízala para máxima dispersión y apúntala hacia arriba.

Lo oí liberar el pecho, sentí un crujido de electricidad estática en el aire, y entonces todo estuvo hecho. La pistola sólo tenía un disparo, se la había confiscado a un visitante travieso hacía una década, cuando aquello había sido una moda pasajera.

– No la sueltes – dije. No tenía intención de marcharme dejando ninguna maldita pequeña evidencia. Continué gateando hasta la siguiente escotilla de servicio, cerca de los aparcamientos, dónde había guardado una muda de ropa idéntica para ambos.

Conseguimos volver justo cuando la demo se ponía en marcha. Los adhócratas de Debra estaban poniendo en orden el entresuelo de la Sala de los Presidentes: una colección de influyentes miembros de personal de otras adhocracias llenaba hasta los topes el área de pre espectáculo.

Dan y yo nos incorporamos justo cuando Tim estaba enrollando el telón de terciopelo detrás del público. Me lanzó una sonrisa sincera y estrechó mi mano, le devolví una sonrisa

llena de buenos sentimientos ahora que sabía que estaba descendiendo a los infiernos. Encontré a Lil y deslicé mis manos entre las suyas conforme entrábamos en el auditorio, que olía a alfombrillas de coche nuevo y a aparatos electrónicos sin estrenar.

Tomamos asiento y empecé a agitar nerviosa, compulsivamente, mi pierna mientras Debra, vestida con el sobretodo de Lincoln y el alto sombrero de copa, daba un corto discurso. Había alguna clase de equipo de difusión montado sobre el escenario, algo que les permitiría radiarnos el programa de aplicación de una sola vez.

Debra finalizó y salió del escenario con un educado aplauso; entonces empezó la demo.

Nada ocurrió. Intenté borrar la sonrisa de comemierda de mi rostro cuando no ocurrió nada. Ningún tono en mi cóclea indicando un nuevo archivo en mi directorio público, ni un asomo de sensaciones, nada. Me volví hacia Lil para hacerle algún comentario jocoso, pero tenía los ojos cerrados, la boca ligeramente abierta, respirando entrecortada. Mire alrededor, cada uno de los miembros de personal tenía la misma actitud de profunda concentración mental. Deslicé la pantalla de diagnóstico.

Nada. No había diagnóstico. No había pantalla. Me quedé sin aliento.

Nada.

Estaba desconectado.

Desconectado, me marché de la Sala de los Presidentes. Desconectado, cogí de la mano a Lil y nos dirigimos a la zona de carga de Liberty Belle, nuestro lugar para conversaciones privadas. Desconectado, saqué un cigarrillo para ella.

Lil estaba trastornada, incluso a través de mi aturdimiento, de la neblina de la desconexión, podía verlo.

Las lágrimas asomaban en sus ojos.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó, después de un doloroso momento contemplando el reflejo de la luz de la luna en el río.

—¿Decírtelo? —pregunté en un susurro.

—Son realmente buenos. Son mejores que buenos. Son mejores que nosotros. Oh, Dios.

Desconectado, no podía encontrar estadísticas o indicaciones que me ayudasen a discutir el asunto. Desconectado, lo intenté sin ayuda.

—No lo creo. No creo que tengan alma, no creo que tengan historia, no creo que tengan ninguna clase de unión con el pasado. El mundo se hizo mayor en Disney: visitaban este lugar tanto como por continuidad como por entretenimiento. Nosotros proporcionamos eso —estaba desconectado y ellos no, ¿qué demonios había pasado?—. Todo está bien, Lil, no hay nada aquí que sea mejor que nosotros. Diferente y nuevo, sí, pero no mejor. Lo sabes, has empleado más tiempo en la Mansión que nadie, sabes mucho más de refinamiento, mucho más de cómo y cuánto se trabaja aquí. ¿Cómo puede algo que han improvisado en un par de semanas ser mejor que todas las cosas que hemos estado manteniendo durante todos estos años?

Se pasó la manga de la camisa por los ojos y sonrió.

—Lo siento —dijo. Tenía la nariz roja, los ojos inflamados y las pecas pálidas sobre el rubor de las mejillas—. Lo siento, sólo estoy aturdida. Quizá estés en lo cierto. E incluso si no, hey, este es el meollo de la meritocracia, ¿cierto? Los mejores equipos sobreviven, todos los demás son desbancados. Mierda, odio cómo me pongo cuando lloro —se levantó— vayamos a felicitarles.

Mientras cogía su mano, me sentí secretamente complacido por haber logrado subir su ánimo sin colaboración artificial.

Dan no estaba a la vista cuando Lil y yo subimos al escenario de la Sala, donde los adhócratas de Debra y un puñado de aduladores estaban celebrando el éxito del pase. Debra se había desecho del chaqué y el sombrero y aparecía en un estado extremo de relajación, con los brazos alrededor de los hombros de dos de sus compinches y la pipa entre sus dientes.

Sonrió abiertamente cuando Lil y yo fingimos algunos cumplidos artificiales; asintió y aspiró profundamente mientras Tim aplicaba una cerilla en la cazoleta de la pipa.

—Gracias —dijo lacónicamente— ha sido un esfuerzo en equipo—. Abrazó a sus compañeros, casi haciéndoles chocar sus cabezas.

—Entonces, ¿qué previsiones tienes ahora? —preguntó Lil.

Debra empezó a desarrollar un largo discurso acerca de la cronología de operaciones, hechos memorables, requisitos, reuniones... la silencié mentalmente. Los adhócratas estaban como locos con todo el proceso. Miré fijamente mis pies, y después al entarimado; me di cuenta de que no lo habían entarimado todo, pero una falsa mano de pintura cubría parcialmente una malla de cobre: una jaula de Faraday. Por eso la pistola RAE no había hecho nada; por eso trabajaban de manera casual sin las carcasas de sus ordenadores. El blindaje de cobre se extendía por todo el escenario y subía por las paredes, dónde desaparecía al llegar al techo. Una vez más había sido superado por la evolución de los adhócratas de Debra, cuya prueba de fuego en China los había blindado contra las argucias de segunda división que los conejitos de peluche de Florida -incluido yo- podrían intentar.

Por ejemplo, yo no podía pensar que hubiera algún miembro de personal en el Parque, fuera del exclusivo círculo de Deb, con los cojones para llevar a cabo un asesinato. Una vez que hice ese descubrimiento, me di cuenta de que solo era cuestión de tiempo hasta que realizasen otro, y otro, y otro. Cualquier cosa para conseguir sus propósitos.

El discurso de Debra finalmente llegó a su término, y Lil y yo nos dirigimos afuera. Me detuve enfrente del terminal de backup que había en la entrada entre Liberty Square y Fantasyland.

—¿Cuándo fue la última vez que te hiciste un backup? —le pregunté. Si ellos me perseguían, podrían ir detrás de cualquiera de nosotros.

—Ayer —respondió—. Rezumaba cansancio, parecía más una visitante sobremediatizada que una trabajadora cansada.

—Vayamos a hacer otro backup, ¿eh? En realidad deberíamos hacer uno por las noches y otro a la hora de comer; con la que se avecina, no podemos permitirnos perder el trabajo de una tarde, y mucho menos el de una semana.

Lil cerró los ojos. Sabía que lo mejor no era discutir con ella cuando estaba cansada, pero esto era demasiado importante como para ignorarlo por su irritabilidad.

– Tú puedes hacer todos los backups que quieras, Julius, pero no me digas cómo vivir mi vida, ¿de acuerdo?

– Vamos, Lil, sólo te llevará un minuto, y hará que me sienta muchísimo mejor, por favor –. Odiaba el tono lastimero de mi voz.

– No, Julius. No. Vayamos a casa y durmamos algo. Mañana quiero trabajar algo en el nuevo merchandising para la Mansión, quizá algo de material para coleccionistas.

– Por el amor de Dios, ¿es demasiado pedir? Está bien. Entonces espera mientras yo lo hago, ¿vale?

Lil refunfuñó y me miró ferozmente.

Me acerqué al terminal y le mandé la señal para el backup. Nada ocurrió. Oh, sí, vale, estaba desconectado. Un sudor frío recorrió todo mi nuevo cuerpo.

* * *

Lil agarró el sofá nada más llegar, murmurando algo acerca de querer trabajar en algunas nuevas ideas sobre merchandising que había tenido. La miré con hosquedad mientras subvocalizaba algo y sus labios dibujaban en el aire: aléjate de mí. Aún no le había dicho que estaba desconectado, sólo parecería como un insignificante lamento personal, comparado con la crisis que ella tenía que afrontar.

Por otro lado, ya había estado desconectado antes, aunque no en los últimos quince años, y a menudo el sistema se reparaba automáticamente después de una buena noche de descanso. Visitaría al doctor por la mañana si las cosas aún seguían tan locas.

De modo que me metí en la cama, y cuando mi vejiga me hizo levantarme en medio de la noche, tuve que ir hasta la cocina a consultar nuestro viejo reloj *polvo de estrellas* para saber la hora. Eran las tres de la madrugada, y de todos modos, ¿cuándo demonios habíamos expulsado de la casa a todos los relojes?

Lil estaba medio fuera del sofá, y cuando intenté despertarla se quejó débilmente, de modo que la tapé con un cobertor y volví a la cama, solo.

Me levanté desorientado y malhumorado sin mi habitual chute mañanero de endorfinas. Vívidos sueños de muerte y destrucción volvían a mí mientras me sentaba. Prefería dejar a mi subconsciente hacerlo a su manera, ya que hace mucho tiempo que había programado mis sistemas para que me mantuviesen dormido durante los ciclos REM, excepto en las emergencias. La falta de sueño se me debió notar cuando entré tambaleándome en la cocina, donde Lil preparaba café.

— ¿Por qué no me despertaste anoche? Me duele todo de dormir en el sofá — dijo mientras yo trastabillaba.

Tenía el aspecto alegre y desenvuelto de alguien capaz de dar instrucciones a su sistema nervioso para fabricar tantas endorfinas y adrenalina como quisiera.

— No querías levantarte — dije, vertiendo café en una taza; me escaldé la lengua al beberlo.

— ¿Y por qué te has levantado tan tarde? Esperaba que pudieras cubrir un turno por mí: las ideas de los productos de merchandising me están viniendo de golpe, y quería acercarme al taller de los Imaginieros y examinar algunos prototipos.

— No puedo —. Buscaba una tostada con queso cuando me di cuenta de las migajas de los platos en el fregadero. Aparentemente, Dan ya había desayunado y se había ido.

— ¿En serio? — preguntó, y la sangre empezó a hervirme de veras. Metí el plato de Dan en el lavavajillas y lo cerré de un portazo mientras engullía algo de pan.

— Sí, en serio. Es tu jodido turno, si no, llama diciendo que estás enferma.

Lil vaciló. Normalmente yo era el paradigma de la dulzura por las mañanas, cuando estaba hormonalmente enriquecido.

— ¿Qué te pasa cielo? — preguntó, cambiando al tono conciliador de los miembros de personal. Yo sólo quería golpear algo contra la pared.

— Déjame solo, ¿de acuerdo? Vete a jugar con tus jodido merchandising. Yo tengo trabajo de verdad que hacer: por si no te has dado cuenta, Debra está a punto de comerte a ti y a tu pequeña banda de valerosos aventureros, y se limpiará

los dientes con vuestros huesos. Por el amor de Dios, Lil, ¿nunca te enfadas por nada o qué? ¿No tienes ninguna maldita pasión?

Lil palideció y sentí una sensación de naufragio en el estómago. Esa era posiblemente la peor cosa que podía decirle.

Lil y yo nos habíamos empezado a salir tres años antes, en la barbacoa que prepararon algunos de los amigos de sus padres, una especie de fiesta de presentación para los miembros de personal. Apenas tenía 19 años -aparentes y reales- y su flirteo burbujeante me hizo desecharla, en principio, como otra simple cabeza hueca del personal.

Sus padres, Tom y Rita, por otra parte, eran gente fascinante, miembros de los adhócratas originales que habían tomado el poder de Walt Disney World, arrebatando el control a una pandilla de antiguos y acaudalados accionistas, que habían estado operando como si esto fuese su coto privado. Rita aparentaba unos 20 años, pero irradiaba una madurez y fogosa devoción al Parque que acentuaba aún más la superficialidad de su hija.

Rebosaban Whuffie, Whuffie sin medida, más allá de la utilización. En un mundo dónde incluso los perdedores con Whuffie cero podían comer, dormir, viajar y acceder a la red sin discusión, su riqueza era más que suficiente para acceder con regularidad a las pocas y excepcionales cosas triviales que quedaban en el mundo una y otra vez.

La conversación giraba en torno al primer día, cuando ella y sus amigos habían usado sopletes en las puertas de acceso y habían entrado, llevando disfraces caseros y etiquetas identificativas. Se infiltraron en las tiendas, los centros de control, las atracciones... primero a cientos, y después, con el caluroso día de julio llegando a la mitad, a miles. Los lacayos de los accionistas -quienes trabajaban en el Parque por la oportunidad de ser parte de la magia, incluso aunque no tuvieran control sobre las decisiones de administración- opusieron una resistencia simbólica. Antes de que el día hubiese terminado, sin embargo, la mayoría se había unido a los asaltantes, entregándoles los códigos de seguridad y trabajando a su lado.

— Pero sabíamos que los accionistas no iban a resultar tan fáciles — dijo la madre de Lil sorbiendo su limonada —.

Mantuvimos el Parque funcionando las veinticuatro horas durante las dos semanas siguientes; nunca les dimos una oportunidad a los accionistas de contraatacar sin hacerlo delante de los visitantes. Habíamos planeado de antemano con un par de aerolíneas aumentar los trayectos hasta Orlando, y los visitantes no paraban de llegar —. Sonrió recordando el momento, sus rasgos en reposo eran casi idénticos a los de Lil. Era solamente cuando hablaba que su cara cambiaba y los músculos moldeaban una expresión décadas mayor que al rostro al que había dado a luz —. Me pasé la mayor parte del tiempo manteniendo en funcionamiento el puesto de merchandising de Madame Leota a las afueras de la Mansión, saludando efusivamente a los visitantes mientras intercambiaba obscenidades con los accionistas que tenía delante y detrás, quienes intentaban sacarme a empujones. Dormía en un saco de dormir en el suelo de los túneles de mantenimiento, junto con otras dos docenas más, en turnos de tres horas. Entonces fue cuando conocí a este estúpido — le dio un toque a su marido en el hombro — se había metido el saco de dormir equivocado y ni se había dado cuenta; cuando ya me iba a dormir me lo encontré. Simplemente gateé a su lado, y el resto, como se suele decir, es historia.

Lil puso los ojos en blanco y se puso el dedo en la boca, chistándola.

— Jesús, Rita, nadie necesita oírte hablar de esa parte.

Tom la golpeó en el brazo.

— Lil, ya eres adulta, si no tienes estómago para escuchar acerca del cortejo de tus padres, deberías ir a sentarte con otra persona, o sonreír y soportarlo. Pero no vas a conseguir dictar el tema de la conversación.

Lil nos ofreció una furiosa mirada llena de juventud y se alejó irritada. Rita meneó la cabeza conforme Lil se alejaba.

— No hay demasiado ardor en esa generación — dijo — no hay demasiada pasión. Es culpa nuestra, pensábamos que Disney World sería el mejor sitio para criar a un hijo en la Sociedad Bitchun. Quizá así fuera, pero... —. Se frotó las palmas de las manos en los muslos, un gesto que más tarde reconocería en Lil —. Supongo que no hay suficientes retos

para ellos en estos tiempos. Están demasiado acomodados —. Se rió y su marido la cogió de la mano.

— Hablamos como nuestros padres — dijo Tom —. Cuando nosotros estábamos madurando, no teníamos ninguna de estas cosas exóticas para alargar la vida, ¡tuvimos nuestras aventuras con los dinosaurios y los osos de las cavernas! —. Tom tenía una apariencia mayor, unos cincuenta años, con las patillas plateadas y arrugas en la comisura de los labios, lo mejor para presentarse con un aire de autoridad no amenazante ante los visitantes. Era algo usual entre la primera generación de adhócratas que los miembros femeninos aparentasen juventud, y los masculinos madurez —. Supongo que sólo somos una pareja de fundamentalistas Bitchum.

Lil llamó desde una conversación cercana.

— ¿Te están contando que somos una pandilla de lloricas, Julius? Cuando te canses de eso, ¿por qué no vienes aquí y fumamos algo? — me di cuenta que ella y su cohorte estaban pasándose una pipa de crack.

— ¿Y cual es el beneficio? — suspiró la madre de Lil.

— Oh, no creo que todo sea tan malo — dije, prácticamente mis primeras palabras de la tarde. Era dolorosamente consciente de que solo estaba allí por cortesía, solo era uno de la legión de optimistas que viajaban en masa a Orlando cada año, soñando con un lugar entre el grupo de empleados dirigentes —. Son entusiastas en el mantenimiento del Parque, eso es seguro. La semana pasada cometí el error de encaramarme a una de las puertas de entrada de Expedición a la Jungla, y conseguí un fervoroso sermón acerca del perfecto funcionamiento del Parque por parte de un miembro que no tendría más de 18 años. Creo que ellos no tiene la misma pasión para crear Bitchun que teníamos nosotros -ellos no la necesitan- pero tienen suficiente impulso propio para mantenerla.

La madre de Lil me miró largo rato, como considerando si sabía de lo que estaba hablando. No pude decir si algo la había ofendido.

— Quiero decir, no puedes ser un revolucionario después de la revolución, ¿verdad? ¿No llevamos a cabo nosotros toda esa lucha para que chicos como Lil no tuvieran que hacerla?

— Me alegra que digas eso — dijo Tom — tenía la misma mirada de consideración —. Justo ayer estábamos hablando de lo mismo. Estábamos hablando... — inhaló y miró de reojo a su mujer, quien asintió — sobre cabecear. Durante poco tiempo, de cualquier manera. Ver si las cosas han cambiado mucho en cincuenta o cien años.

Sentí una especie de desilusión vergonzosa. ¿Por qué estaba gastando mi tiempo charlando con estos dos, si no estarían aquí cuando llegase la hora de votarme? Deseché ese pensamiento tan rápidamente como vino: estaba hablando con ellos por que eran gente agradable. No todas las conversaciones tenían que ser estratégicamente importantes.

— ¿En serio? ¿Cabecear? —. Recuerdo que entonces pensé en Dan, sobre su perspectiva de la cobardía del cabeceo, de la valentía de acabar con todo cuando te encontrases a ti mismo obsoleto. Me había reconfortado una vez, cuando mi último pariente vivo, mi tío, optó por irse a dormir durante tres mil años. Mi tío había nacido en la era pre-Bitchun, y nunca entendió el asunto. A pesar de todo, era el único vínculo con mi familia, con mi primera madurez, y mi única niñez. Dan me había llevado a Gononoque y estábamos pasando el día brincando en el campo, con botas de siete leguas, navegando sobre los lagos de las Mil Islas y la fantástica y ardiente alfombra de hojas otoñales. Coronamos el día en la lechería de una comuna que él conocía, dónde aún hacían queso de leche de vaca; había miles de olorosas botellas de sidra concentrada, y una chica cuyo nombre hace mucho tiempo que olvidé pero cuya exuberante risa recordaré para siempre. Y entonces no fue tan importante que mi tío fuese a dormir durante tres milenios, porque, pasase lo que pasase, allí estaban las hojas, y los lagos, y el brillante color sangre del atardecer, y la risa de la chica.

— ¿Habéis hablado con Lil sobre eso?

Rita agitó la cabeza.

— Es sólo un pensamiento, en realidad. No queremos preocuparla. No es buena con las decisiones difíciles. Es su generación.

Cambiaron el tema de conversación no mucho más tarde; me sentí incómodo, sabía que me habían contado demasiado, mucho más de lo que deseaban. Caminé a la deriva y encontré

a Lil y a sus jóvenes amigos; fumamos un poco, y nos acercamos otro poco.

Un mes más tarde, estaba trabajando en la Mansión Encantada; Tom y Rita fueron depositados en Vasos Cánopes en Kissimmee con instrucciones de no ser despertados hasta que sus bots de noticias recogiesen suficiente material interesante para hacer que su espera merezca la pena; y Lil y yo teníamos un asunto caliente.

Lil no sé tomó bien la decisión de sus padres de cabecear. Para ella, fue una bofetada en la cara, un reproche a ella y a su generación de nerviosos y multifacetados miembros.

Por el amor de Dios, Lil, ¿nunca te enfadas por nada o qué? ¿No tienes ninguna maldita pasión?

Las palabras estaban fuera de mi boca antes de que supiera que las estaba pronunciando, y Lil, con un quince por ciento de mi edad, lo suficientemente joven como para ser mi biznieta; Lil, mi amante y mejor amiga, mi madrina para la adhocracia de Liberty Square; Lil se volvió blanca como una hoja de papel, giró sobre sus tacones y caminó fuera de la cocina. Montó en su lancha y se dirigió al Parque a realizar su turno.

Volví a la cama y fijé la mirada en el ventilador del techo mientras giraba perezosamente; me sentí como una mierda.

CINCO

Habían pasado 36 horas cuando finalmente regresé al Parque, y Lil no había vuelto a casa. Si ella había intentado llamarme, seguramente había ido a mi buzón de voz: no tenía manera de contestar mi teléfono. Aunque sospechaba que no había intentado contactar conmigo en absoluto.

Había pasado el tiempo comiéndome la cabeza, bebiendo y planeando una terrible, irracional venganza contra Debra por asesinarme, destruir mi relación, arrebatarme mi amada (ahora lo sabía, de cualquier manera), la Sala de los Presidentes y amenazar la Mansión. Incluso en mi confuso estado, sabía que eso era bastante improductivo, así que me prometí decir basta, tomar una ducha y algunas pastillas contra la resaca, y dirigirme a trabajar a la Mansión.

Estaba buscando la energía para hacer todo eso justo cuando entró Dan.

— Jesús — dijo, conmocionado. Supongo que debía tener una pinta desastrosa, echado en el sofá, en ropa interior, abotargado, apestoso y con los ojos irritados.

— Hey, Dan. ¿Qué tal va todo?

Me lanzó una de sus patentadas miradas de disgusto, y sentí el mismo extraño cambio de roles que habíamos experimentado en la Universidad de Toronto, cuando él llegó a ser el nativo y yo me convertí en el intruso. Él era ahora el que tenía la mirada reprobatoria, y yo el patético egoísta que ha quemado toda su reputación. Sin costumbre, chequeé mi Whuffie, y un momento después me detuve, sobresaltado por su baja puntuación, pero en lugar de eso me conmocionó el hecho de que podía chequearlo todo. ¡Volvía a estar conectado!

— ¿Qué sabes acerca de esto? — pregunté, mirando mi menguado Whuffie.

— ¿Qué?

Llamé a su cóclea.

— Mis sistemas vuelven a estar conectados — subvocalicé.

— ¿Estabas desconectado? — se sorprendió.

Salté del sofá e hice un pequeño y festivo baile en ropa interior.

— *Estaba*, pero no lo estoy *ahora* —. Hacía días que no me sentía tan bien, listo para golpear al mundo, o al menos, a Debra —. Deja que me de una ducha, entonces iremos a los laboratorios de Imaginiería. He tenido una idea colosal.

La idea, como expliqué en la lancha, era una rehabilitación urgente de la Mansión. Sabotear la Sala había sido una idea estúpida y vil, y había merecido lo que me había pasado. El meollo de la Sociedad Bitchun consistía en ser más respetable que el adhócrata vecino, tener éxito con méritos, no con triquiñuelas, a pesar de los asesinatos y demás.

Así que sería la rehabilitación.

— En los viejos tiempos, en la Mansión de Disneyland, en California — expliqué — Walt tenía a un tipo vestido con una armadura justo al pasar la primera curva de los Carruajes Malditos, saltaba y les daba un susto de muerte conforme llegaban los visitantes. No duró mucho, por supuesto. El pobre bastardo recibía puñetazos de los asustados visitantes, y por otro lado, la armadura no era demasiado confortable para turnos prolongados.

Dan se rió elogiosamente. La Sociedad Bitchun había eliminado casi todos los tipos de tareas aburridas y repetitivas, y las que quedaban: servir en bares, limpiar los inodoros, proporcionaban Whuffie en abundancia y una vida de solaz en tu tiempo libre.

— Pero el tipo de la armadura, podía *improvisar*. Puedes conseguir un espectáculo ligeramente diferente cada vez. Es como el personal que da un discurso en la Expedición a la Jungla. Cada uno de ellos tiene su propio patrón, sus propias bromas, y aún cuando los animatronics no son tan cálidos, hacen que valga la pena ver el espectáculo.

— ¿Vas a llenar la Mansión de gente con armaduras? — preguntó Dan negando con la cabeza.

Descarté sus objeciones con un gesto, causando que el bote diese un viraje brusco, asustando a un grupo de visitantes que daban un paseo en bicis alquiladas por los alrededores.

—No —dije, agitando una mano como disculpa para los asustados visitantes—. De ningún modo. Pero, ¿y si todos los animatronics tuvieran operadores humanos, teleoperadores, trabajando con control remoto? Podríamos dejarlos interactuar con los visitantes, hablar con ellos, asustarlos... Nos desprenderíamos de los animatronics existentes, reemplazándolos con robots de alta movilidad, y entonces hacer un casting de operadores en la Red. ¡Piensa en el Whuffie! Podrías poner, digamos, mil operadores online simultáneamente, diez turnos por día, cada uno de los cuales poniéndose al día en nuestra Mansión... Podríamos dar premios para las representaciones más sobresalientes, los turnos estarían basados en el voto popular. De hecho estaríamos añadiendo otros diez mil visitantes a la producción total de la Mansión cada día, sólo que esos invitados serían miembros honorarios.

—Es una idea bastante buena —dijo Dan—. Muy Bitchun. Debra puede tener IAs y flash —bake, pero tú tienes interacción humana, cortesía de los mayores fans de la Mansión del mundo.

—Y todos esos serán los fans que Debra tendrá que convencer para intentar conquistar la Mansión. Muy elegante, ¿eh?

Lo primero de todo era llamar a Lil, arreglar las cosas con ella, y contarle la idea. El único problema era que mi cóclea estaba de nuevo desconectada. Mi humor empezó a agriarse, así que le pedí a Dan que la llamara.

La encontramos en el Imaginiarium, un abultado complejo de edificios prefabricados de aluminio, pintados de verde chillón, atestado de inventores locos desde que la Sociedad Bitchun heredase Walt Disney World. Los adhócratas que habían construido el departamento de Ingeniería en Florida y ahora hacían funcionar el objeto con menos política en el Parque eran tipos con las clásicas batas de laboratorio y portafolios, que podían trabajar para cualquiera siempre que las ideas fueran fascinantes. No importaba que el Whuffie indicase que lo acumulaban a manos llenas.

Lil estaba trabajando con Suneep, alias el Milagro del Merchandising. Podía diseñar un prototipo y producir un souvenir más rápido que nadie: camisetas, figuras, bolígrafos,

juguetes, vajillas... era el rey. Estaban trabajando con las pantallas HUD conectadas, enfrente el uno del otro en una mesa alargada, en medio de un laboratorio tan grande como una cancha de baloncesto, decorado con logotipos y baratijas; parloteaban mientras sus ojos danzaban sobre pantallas invisibles.

De manera automática Dan accedió al espacio de trabajo conforme entramos en el laboratorio, dejándome fuera de la broma. Dan estaba claramente deleitado por lo que veía.

Le di un codazo.

– Hazme una copia – susurré.

En lugar de compadecerse de mí, tecléo en el aire unos cuantos comandos y las páginas empezaron a salir de una impresora en la esquina del laboratorio. Cualquiera otro habría hecho una montaña acerca del estar aislado, pero él simplemente me llevó al debate.

Por si necesitaba probar que Lil y yo estábamos hechos el uno para el otro, los diseños que ella y Suneep habían realizado eran más que suficientes. Ella había pensando de la misma manera que yo: souvenirs que enfatizaban la escala humana de la Mansión. Había animatronics en miniatura de los Fantasmas Autoestopistas en una caja de luz negra, sus esqueletos robóticos visibles a través de las capas de ropa de plástico; figuras de acción que se comunicaban por infrarrojos, de modo que poniendo a una cerca de otra podían desbloquear su comportamiento inspirado en la mansión: los cuervos graznaban, la cabeza de Madame Leota se inclinaba, los bustos cantantes cantaban. Ella estaba desarrollando algunos atuendos ceremoniosos basados en los disfraces de los miembros del reparto, diseñados a la moda de este año.

Era buena mercancía, es lo que intento decir. En mi mente veía el relanzamiento de la Mansión en seis meses, llena de avatares robóticos, de entusiastas de la Mansión de todo el mundo; el carro de regalos de Madame Leota lleno de brillantes guirnaldas, músicos humanos paseando e improvisando con los visitantes en el área de espera...

Lil levantó la vista de su estado mediatizado y me miró ferozmente mientras me centraba en las copias, asintiendo entusiastamente.

— ¿Es lo suficientemente apasionado para ti? — restalló.

Sentí el rubor avanzar lentamente en mi cara y en mis orejas. Me acercaba a algún lugar entre la ira y la vergüenza, y me recordé a mi mismo que era una siglo mayor que ella, y era mi responsabilidad ser maduro. Además, yo había empezado la pelea.

— Esto es jodidamente fantástico, Lil — dije. Su mirada no se suavizó—. Realmente, una selección estupenda. He tenido una gran idea — me lancé a contársela, los avatares, los robots, la rehabilitación. Dejé de mirarme enfurecidamente, empezó a tomar notas, sonriente, mostrándome sus hoyuelos, las pequeñas arrugas en torno a sus ojos.

— Esto no es fácil — dijo ella al fin. Suneep, quien había estado simulando educadamente no escuchar, asintió involuntariamente. Dan también.

— Lo sé — dije. El rubor se hizo más intenso. Pero esa es la cuestión; para Debra tampoco es fácil. Es arriesgado y peligroso. Eso la hace a ella y a sus adhócratas mejores, más astutos —. *Más astutos que nosotros, eso seguro* —. Pueden tomar decisiones como ésta rápidamente, y ejecutarla igual de rápido. Tenemos que ser capaces de hacer lo mismo.

¿Estaba diciendo que teníamos que ser como Debra? Las palabras murieron en mi boca, pero sabía que estaba en lo cierto: teníamos que batir a Debra con su propio juego, evolucionar como sus adhócratas.

— Entiendo lo que dices — dijo Lil. Se notaba que estaba contrariada, volvía a ser un portavoz de los miembros de personal —. Es una muy buena idea. Creo que tendríamos una buena oportunidad de lograrlo si interesásemos al grupo y lo pusiéramos a ello, después de hacer la investigación, crear el programa, cotejar el cronograma de operaciones y solicitar privadamente las reacciones de algunos de ellos.

Me sentía como si nadase en melaza. Con la tasa de movimiento de los adhócratas de Liberty Square, estaríamos esperando los requisitos de la revisión mientras la gente de Debra destruía la Mansión a nuestro alrededor. De modo que intenté una táctica diferente.

— Suneep, tu has estado envuelto en algunas rehabilitaciones, ¿no?

Suneep asintió lentamente con expresión cautelosa; un animal no político absorbido hacia una discusión política.

— De acuerdo, así que dime: si te llegásemos con este plan y te requiriésemos para trabajar en un calendario de producción: uno que no tuviese que tener ninguna revisión, sólo coger la idea y ponerla en marcha, y entonces triunfar, ¿cuánto tiempo te llevaría ejecutarlo?

Lil sonrió prudentemente. Ya había tenido tratos previos con los Imagineros.

— Unos cinco años — respondió Suneep casi instantáneamente.

— ¿Cinco años? — grazné — ¿por qué cinco años? ¡La gente de Debra reacondicionó la Sala en un mes!

— Espera — dijo — ¿sin revisarlo para nada?

— Sin revisión. Sólo pensar en la mejor manera en que pudieras hacer ésto, y hacerlo. Podemos proveerte de mano de obra experta e ilimitada, tres turnos, veinticuatro horas al día.

Puso los ojos en blanco y empezó a contar días con los dedos mientras murmuraba en voz baja. Era un hombre alto y delgado, con una melena de oscuro pelo rizado que alisaba inconscientemente con dedos sorprendentemente regordetes mientras pensaba.

— Sobre ocho semanas — respondió —. Sin contar los accidentes, asumiendo piezas inmediatas, mano de obra ilimitada, administración capaz, disponibilidad de materiales... — arrastró la voz de nuevo, y sus cortos dedos se movieron conforme jalaba su pantalla y empezaba a preparar una lista.

— Espera — dijo Lil alarmada —. ¿Cómo vas a pasar de cinco años a ocho semanas?

Ahora era mi turno para sonreír burlescamente. Había visto como trabajaban los Imagineros cuando estaban a su aire, construyendo prototipos y maquetas conceptuales; sabía que el auténtico cuello de botella era las constantes revisiones y rectificaciones, los siempre fluctuantes consensos del grupo de cerebros de los adhócratas que les encomendaban el trabajo.

Suneep miró avergonzado.

— Bueno, si todo lo que tuviera que hacer es autoconvencerme de que mis planes son buenos y mis edificios no se

vendrán abajo, podría hacerlo muy rápido. Por supuesto, mis diseños no son perfectos. Algunas veces, he dejado a medias un proyecto cuando alguien me sugirió una nueva floritura o un enfoque que hiciera todo inmensamente mejor. Entonces hay que volver a la mesa de diseño... De modo que estoy en la mesa de diseño durante mucho tiempo al principio, cogiendo información de otros Imagineros, de los adhócratas, de los grupos de enfoque y de la Red. Entonces hacemos revisiones en cada etapa de la construcción, comprobando si alguien tiene una gran idea que no hayamos pensado, y la incorporamos, a veces empezando de nuevo el trabajo. Es lento, pero funciona.

Lil estaba confusa.

—Pero si puedes hacer una revisión completa en ocho semanas, ¿por qué no simplemente finalizarlo, entonces proyectar otra revisión, hacer *ésta* en ocho semanas, y así sucesivamente? ¿Por qué necesitar cinco años antes de que nadie pueda montar en ello?

—Por que así es como se hace —le dije a Lil—. Pero no es como *tiene* que hacerse. Así es como podemos salvar la Mansión.

Sentía la certidumbre dentro de mí, el indudable conocimiento de que estaba en lo correcto. La adhocracia era una gran cosa, una cosa Bitchun, pero la organización necesitaba un giro de 180 grados: que sería incluso *más* Bitchun.

—Lil —dije, mirándola fijamente, intentando hacerle ver mi punto de vista— tenemos que hacer esto. Es nuestra única oportunidad. Reclutaremos cientos que vendrán a Florida y trabajarán en la rehabilitación. Daremos a cada fanático de la Mansión en el mundo la oportunidad de asociarse, entonces los reclutaremos de nuevo para trabajar en ella, para manejar los equipos de telepresencia. Conseguiremos el apoyo de los mayores fans del mundo, y construiremos algo mejor y más rápido que cualquier otro adhócrata, sin abandonar la visión original de los Imagineros. Será algo inefablemente Bitchun.

Lil bajó los ojos y fue su turno para sonrojarse. Se paseó por el piso, columpiando las manos a su costado. Podría decir que aún estaba enfadada conmigo, pero también excitada y asustada y, sí, apasionada.

—Esto no es cosa mía, ya lo sabes —dijo al cabo, aún paseando. Dan y yo nos miramos perversamente. Estaba dentro.

—Lo sé —dije. Pero eso no era del todo cierto: ella era una auténtica líder de opinión entre los adhócratas de Liberty Square, alguien que sabía los entresijos del sistema, alguien que tomaba decisiones buenas y razonables, que en una crisis mantenía la cabeza en su sitio. No era una fanática. Sin tendencia a realizar maniobras radicales. Este plan podría desgastar la reputación, y el Whuffie consecuente, a corto plazo, pero conforme pasase el tiempo, llegaría un montón de nuevo Whuffie con los miles de nuevos y enérgicos adhócratas.

—Quiero decir, no puedo garantizar nada. Me gustaría estudiar los planes que los Imaginieros ideen, hacer algunas inspecciones preliminares...

Empecé a objetar para recordarle que la velocidad era la esencia, pero se me adelantó.

—Pero no lo haré. Tenemos que movernos con rapidez. Estoy dentro.

No se tiró a mis brazos, no me besó ni me dijo que todo estaba olvidado, pero ella estaba dentro, y eso era suficiente.

Mis sistemas volvieron a conectarse en algún momento de ese día, y apenas me di cuenta; estaba demasiado ocupado con la nueva Mansión. Dios santo, era realmente audaz: desde que la primera Mansión se abrió en California en 1969, nadie había tenido el valor de ponerse seriamente con ello. Oh, bueno, la versión parisina, el Palacio de los Fantasmas, tenía un guión ligeramente diferente, pero era sólo una pequeña variación para satisfacer al mercado europeo. Nadie quería cambiar la leyenda.

¿Pero qué diantres hacía a la Mansión tan atractiva? Algunas veces había estado en Disney World como visitante antes de que me estableciese aquí, y, la verdad sea dicha, nunca había sido mi favorita.

Pero cuando retorné a Disney World, en vivo y en persona, aún aburrido y confuso por el vuelo en tiempo real de tres horas desde Toronto, me encontré a mí mismo entre el gentío dirigiéndome a ella.

Soy una persona realmente terrible con la que visitar parques temáticos. Desde que era un chaval punk, arrastrándome a través de andenes de metro atestados, aprisionado en los asientos de un coche abarrotado, había estado obsesionado con Vencer a la Muchedumbre.

En los primeros días de la Sociedad Bitchun, había conocido a un jugador de blackjack, un contador compulsivo de cartas, un *idiot savant* de las probabilidades. Era un ingeniero modesto y gordinflón, el moderadamente exitoso fundador de una moderadamente exitosa empresa de alta tecnología que había hecho algo extraño con factores informáticos. Mientras tenía sólo un éxito moderado, era fabulosamente rico: nunca gastó un centavo en financiación para su compañía y la poseía por completo cuando finalmente la vendió por una bañera llena de dinero. Su secreto era el fieltro verde de Las Vegas, dónde peregrinaba cada vez que su balance bancario mermaba, allí contaba las cartas, calculaba las probabilidades y hacía saltar la Banca.

Mucho tiempo después de vender su compañía de software, mucho tiempo después de que se realizase su locura, se disfrazaba de palurdo, acechando en las mesas, adivinando mano tras mano de veintiuno, por la simple satisfacción de hacer Saltar la Banca. Para él, el premio era puramente mental, un chute del zumo de la felicidad cada vez que el crupier se declaraba en bancarrota o cada vez que doblaba una mano de cartas descubiertas.

Sin embargo, yo, que nunca había comprado nada más allá de un billete de lotería, al instante tuve esa pasión: para mí, era Vencer a la Muchedumbre, encontrar el camino de menor resistencia, llenar los recovecos, adivinar la cola más corta, esquivar el tráfico, cambiar de camino con un siseo para economizar, moviéndome con precisión y gracia, y, sobre todo, *conveniencia*.

En ese desafortunado retorno, me detuve en el camping de Fort Wilderness, monté mi tienda de campaña e inmediatamente corrí al muelle del ferry para coger una barcaza hacia la Entrada Principal.

El gentío era escaso hasta que conseguí llegar hasta la Puerta Principal y a las colas para las entradas. Suprimiendo

un instinto inicial de ir directamente hasta la más lejana, o de unirme a mis compañeros de ferry adivinando a ojo de buen cubero cuál era la espera más corta; volví hacia atrás y eché un rápido vistazo a los veinte quioscos y evalué las colas que se amontonaban frente a cada uno. Antes de la era Bitchun, había estado en primer lugar interesado en sus edades, pero eso era cada vez menos una medida de otra cosa que no fuera simple apariencia, de modo que en lugar de eso examinaba cuidadosamente su manera de hacer cola, sus ropas, y sobre todo, sus fardos.

Puedes decir más acerca de la habilidad de una persona para avanzar eficientemente a través de la complejidad de una cola, lo que acarrea, que cualquier otra cosa: ojalá más gente se diera cuenta de ello. El clásico, por supuesto, es el ciudadano sin carga, una persona desnuda de incluso un modesto bolso o una mochila. Para los no iniciados, se puede pensar que tales especímenes son una apuesta segura para una rápida transacción, pero yo había hecho un estudio informal y había llegado a la conclusión de que esos bravos iconoclastas eran a menudo los más ligeros del grupo, salían sonriendo con satisfacción bovina, hurgando en sus bolsillos en una infructuosa búsqueda de algo para escribir, un carné de identidad, una tarjeta, una pata de conejo, un rosario o un sándwich de atún.

No, en mi opinión, podía coger lo que yo llamaba el Camino de los Amargados en cualquier momento. Hasta cierto punto, tales personas se pueden agrupar en hasta cuatro o cinco tipos de portadores distintos: desde lo que llevan los bolsillos llenos hasta los topes, hasta los que acarrean bolsas militares inteligentes con cierre de clave biométrica. El tema a tener en cuenta es la consideración ergonómica con la que las llevaban: ¿las llevaban en equilibrio con una mínima interferencia y una máxima facilidad para el acceso? Alguien que le esté dando tanta consideración a su equipaje probablemente está gastando el tiempo en la fila determinando la clase de objetos que necesitarán cuando alcancen la cabecera, y las cogen, preparados para un procesamiento lo más rápido posible.

Ésta era una invitación tramposa, desde allí había candidatos parecidos, tozudos que empaquetaban *todo* por que

carecían de la organización para entender qué es lo que debían empaquetar; solamente eran aptos para ser cargados con bolsas, sacos y mochilas, pero el delator es la eficiencia en su forma de llevarlos. Estas mulas de carga se doblaban bajo sus fardos, balanceándolos de un lado para otro mientras ajustaban las correas sobre sus hombros.

Espí una cola que estaba constituida por un grupo de Amargados, una cola que era ligeramente más larga que otras, pero me uní a ella y anduve nerviosamente conforme veía el progreso relativo respecto a los otros puntos que podría haber escogido. Me inundó un presentimiento positivo de un mundo sin esperas, y estaba paseando por Main Street, USA, mucho antes que mis compañeros de ferry.

Volver a Disney World fue como regresar a casa. Mis padres me habían traído por primera vez cuando tenía diez años, justo cuándo los primeros indicios de la sociedad Bitchun empezaban a calar lentamente en la conciencia colectiva: la muerte de la pobreza, la muerte de la muerte, la lucha por reenfocar una economía que se había desarrollado enfocada en nada menos que en la pobreza y la muerte. Mis recuerdos del viaje son tenues pero cálidos: el apacible clima de Florida y el mar de caras sonrientes subrayados por los mágicos, oscuros momentos, montando en los Omnimóviles pasando diorama tras diorama.

Volví de nuevo cuando me gradué en el instituto, y me quedé maravillado por la riqueza de detalles, la grandiosidad y el esplendor de todo aquello. Pasé allí una semana pasmado como una vaca, sonriendo y deambulando de esquina a esquina. Supe que algún día viviría allí.

El Parque se convirtió en mi punto de apoyo, una constante en un mundo en el que todo cambiaba. Una y otra vez volvía al Parque, para poner los pies en el suelo, para entrar en comunión con la persona que había sido.

Aquel día me moví de un lado a otro, de atracción en atracción, buscando las filas más cortas, el ojo del huracán que abarrotaba el Parque al máximo de su capacidad. Cogía cierta perspectiva subiéndome a un banco o encaramándome a un muro, e hice un reconocimiento de todas las colas a la vista, intentando divisar corrientes predominantes en el flujo de

la muchedumbre. Para ser sincero, probablemente pasé mucho más tiempo buscando caminantes que el que pasé contándolos como si fueran corderitos, pero me divertí más e hice más ejercicio.

La Mansión Encantada era una experiencia trascendental en un turno vacío: el espectacular Desfile Snow Crash acababa de pasar rápidamente a través de Liberty Square en camino hacia Fantasyland, arrastrando hordas de visitantes tras él, bailando al ritmo del JapRap del cómico Sushi-K e imitando los movimientos del audaz Hiro Protagonista. Cuando las voces se apagaron, Liberty Square era un pueblo fantasma, y aproveché la oportunidad para montar cinco veces seguidas en la Mansión, caminando todo el tiempo.

De la manera en que se lo conté a Lil, primero me fijé en ella, y después me fijé en la Mansión, pero para ser sinceros fue justo al contrario.

El primer par de paseos, estaba simplemente feliz por el agresivo aire acondicionado y la deliciosa sensación del sudor secándose en mi piel. Pero al tercer pase empecé a darme cuenta de lo endemoniadamente especial que era. No había allí ni un pedacito de tecnología más avanzada que un proyector de cine en todo el lugar, pero estaba todo tan astutamente fraguado que la ilusión de una casa encantada era perfecta: los fantasmas que se arremolinaban a través de la sala de baile eran *fantasmas*, tridimensionales, etéreos y espectrales. Los fantasmas que cantaban en números cómicos en el cementerio eran igualmente convincentes, genuinamente ingeniosos y simultáneamente escalofriantes.

En mi cuarto pase me fijé en los *detalles*, los ojos hostiles introducidos en los dibujos de la pared, los motivos repetidos en las molduras, los candelabros, la galería de fotos. Empecé a percibir la letra de "Fantasmas de la Sonrisa Torva", la canción que se repetía en cada paseo, sin saber si eran siniestros órganos repitiendo el tema principal troppo troppo o el espiritual cantar de los cuatro bustos musicales del cementerio.

Era una melodía pegadiza, y la iba tarareando en mi quinto viaje; esa vez me percaté de que el súper-agresivo aire acondicionado eran, en realidad, misteriosas ráfagas de aire helado que soplaban a través de las habitaciones cuando los

espíritus errantes hacían notar su presencia. Mientras terminaba el quinto viaje, silbaba la melodía improvisándola como si fuera jazz con un ritmo variado.

Ahí fue cuando Lil y yo nos topamos. Estaba recogiendo un envoltorio de helado del suelo: había visto una docena de miembros de personal recogiendo basura aquel día; lo había visto tan frecuentemente que había empezado a hacerlo yo mismo. Me sonrió furtivamente conforme me acercaba con el perfume a desinfectante y fritangas del Parque, las manos en lo bolsillos y profundamente complacido conmigo mismo por haber *experimentado* completamente un verdadero trozo de arte.

Le sonreí a mi vez, por que era completamente natural que uno de los reyes del Whuffie que tenían el privilegio de atender esta pizca de entretenimiento celestial debía percatarse de cuánto estaba disfrutando de su trabajo.

—Es real, realmente Bitchun —le dije, admirando las titánicas montañas de Whuffie que mi pantalla HUD le atribuía.

Estaba caracterizada, y supuse que no sería jovial, pero el personal de su generación no podía evitar ser amistoso. Se mantuvo a medio camino entre su comportamiento cadavérico y su natural espíritu dulce, me miró de soslayo y sonrió abiertamente, caminó pesadamente e hizo una zombi-reverencia.

—Gracias —dijo entre lamentos— *intentamos* mantenerlo *espirituoso*.

Gemí elogiosamente, y empecé a darme cuenta de lo linda que era, una pequeña chica con su putrefacto uniforme de camarera y su plumero desprovisto de plumas. Era exactamente así, limpia, aseada y feliz por todo, irradiaba todo eso y me entraron ganas de pellizcarle los cachetes: cualquiera de los dos.

Me di cuenta enseguida, de modo que pregunté:

—¿Cuándo dejas de ser una necrófaga? Me encantaría invitarte a un Zombie o a un Bloody Mary.

Lo cual me llevó a más bromas horribles, y a llevármela a tomar un par de copas en el Club de los Aventureros, enterándome de su edad en el proceso y a perder los nervios, diciéndome

me a mi mismo que no había ninguna posibilidad de poder tener una conversación con un abismo de casi un siglo.

Mientras, le conté a Lil que me había fijado primero en ella y después en la Mansión, justo al contrario de como había sido. Pero también era cierto -y nunca se lo dije- que la cosa que más amo de la Mansión es que:

Allí fue donde la conocí.

Dan y yo pasamos el día montando en la Mansión, haciendo bocetos para los actores de telepresencia que esperábamos traer a bordo. Estábamos en un proceso absolutamente creativo, los diálogos corrían tan aprisa como él podía transcribirlos. Improvisar ideas con Dan era casi tan estupendo como podía serlo un pasatiempo.

Inmediatamente ya estaba filtrando el plan en la Red, consiguiendo actividad entusiasta para nuestra audiencia central, pero Lil lo aplazó.

Pasó el siguiente par de días politiqueando sin hacer ruido entre el resto de adhócratas, consiguiendo algunos apoyos para la idea, no quería la apariencia de improcedencia que podría acarrear el contar con extraños traídos de fuera antes que con los propios adhócratas.

Hablar con los adhócratas, traerlos a tu terreno: era una habilidad que en realidad yo nunca había dominado. Dan era bueno en eso, Lil era buena en eso, pero yo, creo que era demasiado egoísta para desarrollar nunca buenas aptitudes como conciliador. Cuando era un muchacho daba por sentado que sucedía por que era más listo que los demás, sin paciencia para explicar las cosas con concisión para alelados que simplemente no entenderían nada.

Lo esencial de la cuestión es que soy un chico bastante brillante, pero a duras penas un genio. Especialmente cuando se trataba de gente. Probablemente se debía a Vencer a la Muchedumbre: nunca veía individuos, solo la multitud, el enemigo de la conveniencia.

Nunca habría podido lograr introducirme en los adhócratas de Liberty Square por mí mismo. Lil lo hizo por mí, mucho antes de que empezásemos a dormir juntos. Supuse

que sus padres serían mis mejores aliados en el proceso de incorporación, pero estaban demasiado cansados, demasiado dispuestos a coger un largo sueño como para prestar mucha atención a un recién llegado como yo.

Lil me acogió bajo su protección, invitándome a fiestas después del trabajo, hablándome de sus camaradas, pasándoles silenciosamente copias de mi tesis. E hizo lo mismo a la inversa, exaltando sinceramente las virtudes de los que conocía, a fin de que aprendiese a respetarlos y los tratase como individuos.

En los años posteriores, perdería ese respeto. En su mayor parte, andaba siempre con Lil, y, una vez que llegó, con Dan, y mantenía amigos en la Red a través del mundo. Los adhócratas con los que trabajaba todo el día, me trataban con cortesía elemental, pero no con demasiada simpatía.

Supongo que los trataba de la misma manera. Cuando los imaginaba en mi mente, eran una masa pasivo-agresiva sin rostro, demasiado apresada a un mundo rígido y establecido como para hacer demasiado de nada.

Dan y yo nos lanzamos de cabeza, troleando la Red para dirigirnos a los otakus de la Mansión de todos los rincones del globo, clasificándolos según sus franjas horarias, disposición, y por supuesto, su Whuffie.

— Esto es extraño — dije, levantando la vista del anticuado terminal que estaba usando: mis sistemas volvían a estar desconectados. Habían estado crepitando desde hacía un par de días, y seguía teniendo la intención de ir al doctor, pero nunca tenía tiempo. De vez en cuando me daba un arrebato de urgencia al recordar que esto significaba que la fecha de mi backup estaba anticuada, pero la Mansión siempre tenía prioridad.

— ¿Uh?

Golpeé la pantalla.

— ¿Ves esto? — era una página de fans, desplegando una colección de mallas tridimensionales animadas de varios elementos de la Mansión; parte de un gigantesco proyecto cooperativo que llevaba décadas en marcha, para construir una recreación tridimensional y exacta de cada pulgada del

Parque. Había usado esas mallas para construir mi propio test a vista de pájaro.

— Esto es fantástico — dijo Dan — este tipo deber de ser un auténtico *diablo* —. El autor de las mallas había modelado minuciosamente, engarzado y animado cada fantasma en la escena del salón de baile, completándolo con la cinemática necesaria para un movimiento total. Donde un fan-artista “normal” quizá habría usado unas rutinas de cinemática humana estándar para las figuras, éste, de hecho, había escrito la suya propia empezando desde cero, de modo que los fantasmas se movían con una fluidez espectral que era completamente inhumana.

— Quién es el autor — preguntó Dan —. ¿Ya lo tenemos en nuestra lista?

Desplegué la pantalla de créditos.

— Maldita sea — resopló Dan.

El autor era Tim, el compinche elfo de Debra. Había mandado los diseños una semana antes de mi asesinato.

— ¿Qué crees que significa? — le pregunté a Dan, aunque tenía un par de ideas al respecto.

— Tim es un fanático de la Mansión — dijo Dan — ya sabía eso.

— ¿Lo sabías?

Parecía a la defensiva.

— Sí. Te lo dije después de que me hicieras salir con la pandilla de Debra.

¿Le había rogado que saliera con Debra? Que yo recordase, había sido idea suya. Había demasiado sobre lo que pensar.

— ¿Pero qué quiere decir, Dan? ¿Es un aliado? ¿Podríamos intentar reclutarlo? ¿O es uno de los convencidos por Debra de que ella necesita hacerse cargo de la Mansión?

Dan agitó la cabeza.

— No estoy del todo seguro de que ella quiera apropiarse de la Mansión. Conozco a Debra, todo lo que ella quiere hacer es convertir ideas en hechos tan rápida y cuantiosamente como sea posible. Escoge sus proyectos con cuidado. Es acaparadora, eso seguro, pero cautelosa. Tuvo una gran idea para los Presidentes, de modo que se encargó de ellos. Nunca la escuché hablar de la Mansión.

— Por supuesto que no la escuchaste. Es cautelosa. ¿La escuchaste hablar acerca de la Sala de los Presidentes?

Dan titubeó.

— En realidad no... quiero decir, no con esas palabras, pero...

— Pero nada — dije —. Ella va tras la Mansión, tras el Reino Mágico, tras el Parque. Está tomando el control, maldita sea, y soy el único que parece darse cuenta.

Le confesé a Lil lo de mis sistemas esa noche, mientras nos estábamos peleando. Discutir se había convertido en nuestro pasatiempo nocturno habitual, y Dan había optado por dormir en uno de los hoteles cercanos antes que padecernos.

Había empezado yo, por supuesto.

— Vamos a ser asesinados si no movemos el culo y empezamos la rehabilitación — dije, echándome bruscamente en el sofá y pateando la arañada mesa de café. Oí la histeria y la sinrazón en mi voz y eso solo logró desquiciarme más. Estaba frustrado por no ser capaz de comunicarme con Suneep ni con Dan, y, como siempre, eran horas intempestivas para llamar a nadie y hacer algo al respecto. Por la mañana lo habría olvidado de nuevo.

— Estoy haciendo lo que puedo, Jules — ladró Lil desde la cocina —. Si tienes una manera mejor, me encantaría escucharla.

— Oh, tonterías. Estoy haciendo lo que puedo, diseñando todo el asunto. Estoy listo para *empezar*. Tu trabajo es conseguir que los adhócratas estén listos para lo mismo, pero sigues diciéndome que no lo están. ¿Cuándo lo estarán?

— Jesús, eres un jamelgo.

— No sería un jamelgo si solamente lograses que la jodida cosa empezase. ¿Qué estás haciendo todo el día? ¿Haciendo turnos en la Mansión? ¿Reparando tumbonas en la Gran Aventura del Titanic?

— Estoy trabajando para mover mi jodido *culo*. He hablado sobre ello con cada maldita persona al menos dos veces esta semana.

— Claro — vociferé hacia la cocina — seguro que lo has hecho.

— No confías en mis palabras, entonces. Chequea mis jodidos archivos telefónicos —. Esperó —. ¿Y bien? ¡Chequéalos!

—Los comprobaré después —dije, asustado por el cariz que estaba tomando esto.

—Oh, no, *no* lo harás —dijo, entrando de pronto en la habitación, echando humo—. No puedes llamarme mentirosa y después rehusar comprobar la evidencia—. Plantó sus manos en sus delgadas y pequeñas caderas y me miro con furia. Se había tornado pálida y podría contar cada peca de su cara, su cuello, sus clavículas, de su escote metido en la vieja camiseta que le había regalado en un viaje relámpago a Nassau—. ¿Y bien? —preguntó. Parecía a punto de retorcerme el cuello.

—No puedo —admití sin mirarla a los ojos.

—Sí puedes: lo descargaré en tu directorio público—. Su expresión cambió a la perplejidad cuando no pudo localizarme en su red—. ¿Qué está pasando aquí?

De modo que se lo conté. Desconectado, marginado, defectuoso.

—¿Y por qué no has ido al doctor? Han pasado *semanas*. Lo llamaré ahora mismo.

—Olvídalo —dije— lo veré mañana. No merece la pena levantarlo de la cama.

Pero no lo vi al siguiente, ni al otro. Había demasiado que hacer, y las únicas veces que me acordaba de llamar a alguien estaba demasiado lejos de un terminal público, o era demasiado tarde o demasiado temprano. Mis sistemas volvieron a conectarse un par de veces, y estuve demasiado ocupado con los planes para la Mansión. Lil se fue acostumbrando a deambular entre las copias impresas que ensuciaban la casa, a imprimir sus comentarios sobre mis diseños y dejarlos en mi silla favorita; vivir como un cavernícola de la era de la información me había rodeado de árboles muertos y relojes con alarma. Estar desconectado me ayudaba a centrarme. Centrarme es una palabra demasiado suave: estaba obsesionado. Me sentaba frente al terminal que había traído a casa, cada día, a todas horas, masticando planes, dictando correos vocales. La gente que quería encontrarme tenía que arrastrar su culo a la casa y *hablar* conmigo.

Mi obsesión con las peleas había aumentado demasiado; Dan volvió y fue mi turno de coger una habitación de hotel para que el tableteo de mi teclado no le mantuviera despierto

por las noches. Él y Lil trabajaban a tiempo completo en la campaña para reclutar adhócratas a nuestra causa, y empecé a sentir que por fin estábamos en armonía, cerca de alcanzar nuestro objetivo.

Volví a casa una tarde aferrando un fajo de copias e irrumpí en el comedor, parloteando incoherentemente acerca de desarrollar mi plan original, al que se podría añadir un tercer segmento preliminar a la atracción, incrementando el número de equipos de telepresencia que podríamos usar sin disminuir el rendimiento.

Estaba en mitad de mi charla cuando mis sistemas volvieron a estar conectados. La charla pública de la habitación brotó en mi pantalla HUD.

Entonces voy a desgarrar cada puntada de tu ropa y saltaré sobre ti.

¿Y entonces qué?

Voy a azotarte hasta que cojees.

Jesús, Lil, eres toda una vaquera.

Cerré los ojos, impidiendo la entrada a otra cosa que no fueran las letras incandescentes. Se desvanecieron con rapidez. Abrí los ojos de nuevo, mirando a Lil que estaba ruborizada y perturbada. Dan parecía asustado.

— ¿Qué pasa aquí, Dan? — pregunté con tranquilidad. El corazón martilleaba en mi pecho, pero me sentía calmado y distante.

— Jules — empezó, pero se dio por vencido y miró a Lil.

Lil ya se había figurado, en ese tiempo, que yo volvía a estar conectado, que sus mensajes secretos habían sido descubiertos.

— ¿Te diviertes, Lil? — pregunté.

Negó con la cabeza y me miró con frialdad.

— Vete, Julius. Te mandaré tus cosas al hotel.

— ¿Quieres que me vaya, ¿eh? ¿De modo que vas a azotarle hasta que cojee?

— Esta es mi casa, Julius. Te estoy pidiendo que salgas de ella. Te veré mañana en el trabajo: tenemos una reunión general de adhócratas para votar la rehabilitación.

Era su casa.

— Lil, Julius... — empezó a decir Dan.

— Esto es entre él y yo — dijo Lil — mantente al margen.

Dejé caer mis papeles; hubiera querido arrojárselos, pero los dejé caer, *plump*, giré sobre mis talones y caminé afuera, sin molestarme en cerrar la puerta tras de mí.

Dan asomó por el hotel diez minutos después, golpeteando la puerta. Estaba completamente insensibilizado cuando la abrí. Tenía una botella de tequila, *mi* tequila, traído desde la casa que compartía con Lil.

Se sentó en el borde de la cama y fijó la vista en el papel de pared lleno de logos. Cogí la botella y un par de vasos del baño y los llené.

— Es mi culpa — dijo.

— Estoy seguro de que lo es.

— Fuimos a tomar unas copas hace un par de noches. Estaba realmente molesta. No te había visto en días, y cuando te *veía*, la volvías frenética. Le contestabas de malos modos, discutiendo, insultándola.

— Así que os acostasteis — dije.

Negó con la cabeza, pero después asintió, tomando un trago.

— Lo hicimos. Habían pasado siglos desde que yo...

— Has tenido sexo con mi novia, en mi casa, mientras yo estaba fuera, trabajando.

— Jules, lo siento. Lo hice, y no puedo hacer nada. Soy más amigo tuyo que de ella. Es tan encantadoramente maliciosa. Quería que saliera de allí y te dijera que todo era un error, que simplemente estabas siendo paranoico.

Estuvimos sentados en silencio durante un largo rato. Rellené su vaso, y después el mío.

— No puedo hacer eso — dijo — estoy preocupado por ti. No has estado bien, no en los últimos meses. No sé de que se trata, pero deberías ir al médico.

— No necesito un médico — estallé. El licor había disuelto el entumecimiento, y dejaba salir a mis constantes compañeros: la ira y la bilis — . Lo que necesito es un amigo que no se folle a mi novia cuando le doy la espalda.

Arrojé el vaso a la pared. Rebotó, dejando manchas de tequila en todo el empapelado, y rodó debajo de la cama. Dan

hizo amago de levantarse, pero se quedó sentado. Si se hubiera puesto en pie, le habría golpeado. Dan era bueno en las crisis.

— Por si te sirve de consuelo, espero estar muerto dentro de muy poco — dijo. Me lanzó una sonrisa deformada —. Mi Whuffie está yendo bien. Esta rehabilitación debería llevarlo al límite. Estaré listo para irme.

Eso me detuvo. De algún modo había logrado olvidar que Dan, mi gran amigo Dan, tenía la intención de suicidarse.

— Vas a hacerlo — dije, sentándome a su lado. Me dolía pensar en eso. En realidad quería a ese bastardo. Había sido quizá mi mejor amigo.

Sonó un golpe en la puerta. La abrí sin mirar por la mirilla. Era Lil.

Parecía más joven que nunca. Más joven, pequeña y miserable. Un comentario de desprecio murió en mi garganta. Quería abrazarla.

Pasó rozándome y fue hasta Dan, quién se zafó de su abrazo.

— No — dijo, levantándose y sentándose en el quicio de la ventana, mirando al Lago de los Siete Mares.

— Dan acaba de explicarme que planea estar muerto en un par de meses — dije — eso pone fin a los planes a largo plazo, ¿no es así, Lil?

Las lágrimas empezaron a correr por su cara y pareció plegarse sobre sí misma.

— Cogeré lo que he venido a buscar — dijo.

La miseria formó un nudo en mi garganta, y me di cuenta de que era Dan, y no Lil, quién más me preocupaba perder.

Lil cogió la mano de Dan y lo llevó fuera de la habitación.

Creo que también cogeré lo que tengo que coger, pensé.

SEIS

Tumbado en mi cama de hotel, hipnotizado por las vueltas lentas del ventilador del techo, ponderé la posibilidad de que estuviera chiflado.

Eso era algo inaudito, incluso en los tiempos de la Sociedad Bitchun, e incluso aunque había cura, no era muy agradable.

Una vez estuve casado con una persona loca. Ambos teníamos unos 70 años, y no vivía para otra cosa que no fuera el placer. Su nombre era Zoya, y yo la llamaba Zed.

Nos conocimos en órbita, donde había ido a experimentar la famosa y epicúrea baja gravedad. Ir borracho y dando tumbos no es muy divertido a una gravedad, pero a 0,2 es un bombazo. No te tambaleas, *rebotas*, y cuando estás rebotando en una esfera llena de otras bulliciosas, felices, y desnudas personas, la cosa se vuelve extremadamente divertida.

Estaba rebotando dentro de una esfera translúcida de una milla de diámetro, llena de esferas más pequeñas en las que uno podía procurarse bulbos con sabor a fruta, y brebajes letales. Instrumentos musicales atestaban el suelo de la esfera, y si sabías como tocar, podías agarrar uno, amarrártelo con una correa y empezar a tocar. Otros podían buscar sus propios instrumentos e improvisar junto a ellos. Las melodías iban desde lo excelente a lo horrible, pero todas ellas eran siempre dinámicas.

Había estado trabajando en mi tercera sinfonía intermitentemente, y en el momento en que pensaba que tenía una buena pieza terminada, pasaba algún tiempo en la esfera, tocándolo. Algunas veces, los extraños que improvisaban me proporcionaban nuevas y estimulantes líneas de investigación, y eso era bueno. Incluso cuando no tocaban ningún instrumento era una pista el intrigar a un extraño desnudo e interesante.

Así es como nos conocimos. Ella acarreaba un piano y lo tocaba con un estilo rápido y salvaje en un ritmo extraño mientras yo llevaba el tema principal del movimiento en un violonchelo. Al principio era irritante, pero después de unos instantes llegué a una luminosa comprensión de qué le estaba

haciendo a mi música, y era realmente *buena*. Soy un vampiro para los músicos.

Llevamos la sesión a un final estruendoso; yo tocando furiosamente mientras esferas de sudor adornaban mi cuerpo y flotaban grácilmente hacia los reciclados hidrotópicos; ella golpeando el ochenta y ocho como si fuera un criminal que hubiese matado a su marido.

Me derrumbé dramáticamente mientras la última nota colisionaba a través de la burbuja. Los individuos, parejas, y grupos se detuvieron en sus coitos voladores para aplaudir. Ella se adelantó para recibir los aplausos, se desató el Steinway, y se dirigió hacia la escotilla.

Flexioné las piernas y me impulsé rápidamente a través de la esfera, desesperado por alcanzar la escotilla antes que ella. La alcancé justo cuando estaba saliendo.

—Hey — dije — ¡eso fue colosal! Me llamo Julius. ¿Qué estás haciendo?

Extendió las manos y estrujó a la vez mi nariz y mis partes: no con fuerza, ya sabes, juguetonamente.

—¡Mec mec! — dijo, y se retorció a través de la escotilla, mientras me quedaba con la boca abierta y una semi erección.

—Espera — la llamé, persiguiéndola mientras ella viraba hacia los radios de la estación en dirección a la gravedad.

Tenía un cuerpo de pianista: brazos rediseñados y manos que se expandían hasta una distancia imposible, y las usaba con gracia espacial, utilizándolas para impulsarse velozmente hacia arriba. Me arrastré tras ella tan bien como supe con mis novatas piernas espaciales, pero en el tiempo en que alcancé el disco de media g de la estación, ya se había marchado.

No la encontré hasta que se completó el siguiente giro y fui a la burbuja para hacerme con un oboe. Apenas estaba calentando cuando ella atravesó la escotilla y se amarró al piano.

Esta vez, sujeté el oboe bajo mi brazo y la señalé con él antes de humedecer la lengüeta y soplar. Revoloteé por encima del piano, mirándola a los ojos mientras improvisábamos. Su ritmo aquel día era un compás 4/4 con una progresión I-IV-V, y unos movimientos que iban desde el blues, al rock o al folk, parodiando los límites de mi propia melodía. Ella asentía hacia

mí, y yo hacia ella, y sus ojos se entrecerraban cautivadoramente siempre que lograba una pizca de melodía ingeniosa.

Tenía el pecho prácticamente plano, cubierto de un fino y suave pelaje rojo, como una ardilla. Era el estilo de los exploradores, apropiado para el suave y controlado clima de la vida en el espacio. Cincuenta años después, saldría con Lil, otra pelirroja, pero Zed fue la primera.

Toqué y toqué, hipnotizado por la fluidez de sus movimientos en el teclado, sus cómicas muecas de concentración cuando escogía una pequeña melodía particularmente insólita. Cuando me cansaba, tocaba un *bridge* lento, o le dejaba un solo. Tenía la intención de hacer el último tan largo como pudiera. Entretanto, empecé a moverme para colocarme entre ella y la escotilla.

Al soplar la última nota, estaba exprimido como una toalla, pero reuní la energía para lanzarme a la escotilla y bloquearla. Ella serenamente se desató y flotó por encima de mí.

La miré a los ojos, sesgados ojos plateados de gata, ojos que había estado mirando fijamente toda la tarde; observé su sonrisa, que parecía empezar en sus recovecos y expandirse hasta sus largos y elegantes pies. Me devolvió la mirada, entonces, tras un largo rato, agarró mi pene de nuevo.

—Tú, ven —dijo, y me llevó a su dormitorio, a través de la estación.

No dormimos.

Zoya había sido una de las primeras ingenieras de la red de constelación geosincrónica de banda ancha que había surgido en la cúspide de la ascensión mundial hacia la Bitchundad. Había estado expuesta a una gran cantidad de radiación y a una baja gravedad, y gradualmente se había transformado en una bella transhumana con el paso del tiempo, enriqueciéndose con una desconcertante serie de mejoras externas: una cola vestigial, ojos que eran capaces de ver a través de la mayor parte del espectro de radiofrecuencia, sus brazos, su vello, articulaciones de las rodillas reversibles y una columna vertebral completamente mecánica, que evitaba por completo los absurdos inconvenientes que nos asolaban

al resto, como dolor de espalda, inflamaciones intra-escapulares, ciática o discos vertebrales aplastados.

Creía que yo vivía para la diversión, pero no tenía nada que ver con Zed. Ella solamente hablaba cuando no podía gruñir, silbar, agarrarme o besarme, y rutinariamente se daba una bofetada en la cara debido a cualquier antojo que cruzase por su mente, como cuando decidí dar un paseo espacial desnuda, y pasó la tarde consiguiendo un estañado y pulmones de acero.

Me enamoré de ella un centenar de veces en un día, y quise estrangularla el doble de veces en el mismo tiempo. Estuvo en el paseo espacial un par de días, flotando alrededor de la burbuja, poniendo muecas extravagantes ante los espejos exteriores. Ella no podía saber que yo estaba en el interior, pero supondría que estaba observándola. O quizá no lo sabía, y hacía muecas para el disfrute de cualquiera.

Poco después volvió a atravesar la esclusa, desconocida y muda, con los ojos llenos de las estrellas que había visto y la piel metálica fría por el aliento del espacio vacío; me llevó a una alegre versión del juego del pilla-pilla a través de la estación: del salón de comidas, donde resbalamos desastrosamente a través de un inestable ovoide de pudding de arroz, al invernadero, donde ella excavó como un perrito de las praderas y trepó como un mono, pasando por las salas de estar y en las burbujas, donde interrumpimos un millar de coitos.

Se podría pensar que deberíamos haber continuado con nuestro propio acto carnal, y la verdad sea dicha, esa era naturalmente mi esperanza cuando empezamos el juego, pero nunca lo hicimos. A mitad de camino perdí las urgencias carnales y retorné a un estado de inocencia infantil, viviendo solamente para la excitación de la persecución y el tonto sentimiento que conseguía cuando quiera que ella encontraba alguna nueva y más escandalosa cosa por hacer. Pensaba que llegaríamos a ser legendarios en la estación, esa loca pareja que siempre iba corriendo a toda velocidad de aquí para allá, como tener tu fiesta atravesada por un par desnudos aprendices de los Hermanos Marx.

Cuando le pedí que se casase conmigo, que volviese a la Tierra para vivir junto a mí hasta que el universo se enfriase, se rió, tocó mi nariz y mi *willie* como una bocina, y gritó:

— ¡LO QUE TÚ QUIERAS!

Nos mudamos a Toronto, y nos alojamos a diez pisos bajo el suelo en una desbordada residencia universitaria. Nuestro Whuffie no era tan novedoso en la superficie terrestre, y los interminables corredores institucionales la hicieron sentirse como en casa mientras facilitaron su oportunidad para hacer travesuras.

Pero poco a poco, las travesuras disminuyeron, y ella empezó a hablar más. Al principio, admito que estaba aliviado, contento de que mi extraña y silenciosa esposa estuviera finalmente actuando con normalidad, siendo agradable con los vecinos en lugar de regalarles bocinazos sin fin, patadas en el culo y dispararles con pistolas de agua. Dimos por terminada la carrera de obstáculos y ella se quitó las rodillas reversibles, se despojó del vello, los ojos se desplatearon dando lugar a un bello color castaño, comprensible allí donde el plateado había sido inescrutable.

Vestimos ropas. Nos divertimos. Empecé a ensayar mi sinfonía en salones de Whuffie bajo, y en parques sin ningún músico al que pudiera interrumpir; ella salió y dejó de jugar, solamente se sentaba a un lado, y sonreía y sonreía con una sonrisa que nunca iba más allá de sus labios.

Se volvió loca.

Se cagó encima. Se arrancó el pelo. Se hizo cortes con cuchillos. Me acusó de tramar su asesinato. Prendió fuego a los apartamentos de los vecinos, se enrolló con láminas de plástico, arrastró los muebles.

Enloqueció. Lo hizo de manera exagerada, pintando las paredes de nuestro dormitorio con su sangre, mordiendo toda la noche entre gritos y más gritos salvajes. Sonreí, asentí y la miré tanto tiempo como pude, entonces la agarré y la arrastré, mientras pataleaba como una mula, a la oficina del médico, en la segunda planta. Había estado en el lado oscuro durante un año y loca durante un mes, pero me llevó todo ese tiempo reconocer la realidad.

El doctor diagnosticó disfunciones no químicas, lo cual era la manera de decir que era su mente, y no su cerebro, lo que se había roto. En otras palabras, yo la había vuelto loca.

Puedes conseguir asesoramiento para las disfunciones no químicas, básicamente intentando comunicarte, aprendiendo a sentirte mejor contigo mismo. Ella no quería.

Ella era miserable, suicida, asesina. Los escasos momentos de lucidez que tenía bajo la sedación, consintió ser restaurada desde un backup que había hecho antes de venir a Toronto.

Estaba a su lado en el hospital cuando se despertó. Le había preparado una sinopsis escrita de los acontecimientos desde su último backup, y la leyó en los siguientes días.

—Julius —dijo, mientras preparaba el desayuno en nuestro apartamento subterráneo. Sonaba tan seria, tan desprovista de alegría, que supe inmediatamente que las noticias no serían buenas.

—¿Sí? —dije, colocando los platos de bacon y huevos, y las humeantes tazas de café.

—Voy a volver al espacio, y revertir a la antigua versión—. Llevaba puesta la ropa de viaje, y una abarrotada mochila al hombro.

Oh, mierda.

—Genial —dije, con una alegría forzada, haciendo un inventario mental de mis responsabilidades en la superficie—. Dame un par de minutos, voy a hacer la maleta. También echo de menos el espacio.

Agitó la cabeza, y la ira brilló en sus perfectamente escrutables ojos castaños.

—No. Voy a volver a ser quien era, antes de conocerte.

Eso dolía, dolía mucho. Había amado a la antigua, correcaminos Zed, había amado su humor y sus travesuras. La Zed en que se había convertido después de la boda era terrible y aterradora, pero seguía encadenado a ella por el respeto hacia la persona que había sido.

Y ahora ella iba a restaurarse desde un backup hecho antes de que me conociese. Iba a cortar 18 meses de su vida, empezar de nuevo, volviendo a una versión guardada.

¿Doler? Dolía como una patada en los huevos.

Volví a la estación un mes después, y la vi improvisando en la esfera con un tipo que tenía tres conjuntos extras de brazos saliendo desde su cadera. Él correteaba alrededor de la esfera mientras ella tocaba una *jig* en el piano; y cuando sus ojos plateados me iluminaron, no hubo ni pizca de reconocimiento en ellos. Nunca me había conocido.

Yo también morí un tanto, colocando el incidente fuera de mi cabeza, y fui a pasar una temporada en Disney World, donde me reinventé a mí mismo con un nuevo grupo de amigos, una nueva carrera, una nueva vida. Nunca volví a hablar de Zed, especialmente a Lil, que lo que menos necesitaba era que la contaminase con recuerdos de mi loca ex.

Si yo estaba loco, no era la clase de locura espectacular que había padecido Zed. Era una locura lenta, borboteante, desagradable, que había hecho que me separase de mis amigos, saboteara a mis enemigos, y condujese a mi novia a los brazos de mi mejor amigo.

Decidí que vería al doctor tan pronto como celebrásemos la reunión general de adhócratas para la rehabilitación. Tenía que ajustar mis prioridades.

Me puse la ropa de la noche anterior y caminé fuera de la estación de monorraíl en la sala principal. El andén estaba atestado de felices visitantes, luminosos y alegres, listos para un día de constante e hipermediatizada diversión. Intenté obligarme a prestarles atención como individuos, pero aunque lo intenté, fueron tornándose en muchedumbre, y tuve que plantar firmemente mis pies en el andén para abstenerme de navegar entre ellos hasta el borde.

La reunión tuvo lugar en la Terraza del Árbol de Luz en Adventureland, a solo unos pasos de donde había sido convertido en salsa de pizza por el aún no identificado asesino. Los adhócratas de Adventureland le debían al personal de Liberty Square un favor desde que mi muerte había reducido su área de influencia, de modo que nos habían permitido usar su preciado salón de reuniones, donde el sol de Florida se filtraba a través de las rendijas de la persiana, moldeando jirones de luz llenos de polvo a través de la habitación. Los

débiles sonidos de los tambores tiki y los discursos de los guías de Expedición a la Jungla se filtraban en la sala, un ambiente sometido al zumbido de dos de las atracciones más antiguas del Parque.

Había casi un centenar de adhócratas entre el grupo de Liberty Square, casi todos miembros de personal de segunda generación con grandes y amistosas sonrisas. Llenaban la sala hasta el máximo de su capacidad, y hubo muchos abrazos y apretones de manos antes de ser llamados al orden. Agradecía que la habitación fuera demasiado pequeña para el círculo de sillas *de rigueur*, de modo que Lil tuvo que subirse a un estrado para conseguir algo de respeto.

— ¡Hola! — dijo brillantemente. Sus ojos aún estaban hinchados por las lágrimas, si sabías donde mirar, pero era experta en adoptar una postura valerosa sin importar el dolor.

Los adhócratas rugieron al unísono.

— ¡Hola, Lil! — y rieron su propia y trillada tradición. Oh, seguro que eran mucho más graciosos en el Reino Mágico.

— Todo el mundo sabe por qué estamos aquí, ¿cierto? — dijo Lil, con una sonrisa de auto desaprobación. Había estado presionando con firmeza durante semanas, después de todo — . ¿Tiene alguien alguna pregunta sobre los planes? Nos gustaría empezar a ejecutarlos inmediatamente.

Un tipo con un aspecto deliberadamente sano y juvenil alzó la mano. Lil asintió.

— ¿Cuándo dices “inmediatamente”, quieres decir...

— Esta noche — le interrumpí — después de esta reunión. Tenemos un programa de producción de ocho semanas, y cuanto antes empecemos, antes habremos terminado.

El gentío murmuró, perturbado. Lil me lanzó una mirada desdeñosa. Me encogí de hombros. La política no era mi juego.

— Don — dijo Lil — estamos intentando algo nuevo, un proceso realmente moderno. Lo bueno es que el proceso es *corto*. En un par de meses sabremos si está en funcionamiento. Y si no, bueno, podemos volver a intentarlo en otro par de meses. Por eso es por lo que no estamos pasando tanto tiempo planificando como solemos hacer. No llevará cinco años el probar la idea, por lo que el riesgo es bajo.

Otro miembro del personal, una mujer de unos 40 años, con un comportamiento maternal, dijo:

—Estoy de acuerdo en movernos rápidamente —el Señor lo sabe— nuestro paso no siempre lo ha sido. Pero estoy preocupada por toda esa nueva gente que te propones reclutar, ¿no hará más gente que vayamos más lentos cuando llegue el momento de tomar nuevas decisiones?

No, pensé amargamente, por que la gente que estoy trayendo no son adictos a las reuniones.

Lil asintió.

—Ese es un buen apunte, Lisa. La oferta que le hemos hecho a los actores de telepresencia es de prueba: ellos no obtendrán el voto hasta después de que hayamos acordado que la rehabilitación es un éxito.

Otro miembro de personal se mantuvo en pie. Lo reconocí: Dave, un corpulento imbécil con ínfulas de importancia al que le encantaba trabajar en la puerta principal aún cuando resoplaba su discurso la mitad de las veces.

—Lillian —dijo sonriendo tristemente— creo que estás cometiendo un gran error. Amamos la Mansión, cada uno de nosotros, incluso los visitantes. Es un pedazo de historia, y nosotros somos sus guardianes, no sus dueños. Cambiarla es como, bueno... —negó con la cabeza—. No es una buena mayordomía. Si los visitantes quieren caminar a través de una casa encantada con tipos saltando desde las sombras diciendo “buuuu”, puede ir a cualquiera de las Casas de Halloween en sus pueblos. La Mansión es mejor que eso. No puedo formar parte de este plan.

Quería sacarle a golpes la orgullosa sonrisa de su cara. Había tenido esencialmente la misma polémica un millar de veces -en referencia al trabajo de Debra- y escucharlo de este imbécil en referencia al *mío* me hizo hervir por dentro.

—Mira —dije— si nosotros no hacemos esto, si no cambiamos cosas, ellos las cambiarán *por* nosotros. Por cualquier otro. La cuestión es, *Dave*, si unos guardianes responsables dejan que su custodia les sea arrebatada, o si hacen todo lo que esté en su mano para asegurarse de que todo lo que esté a su cargo está adecuadamente cuidado. Los buenos guardianes no mantienen la cabeza enterrada en la arena.

Podía decir que no estaba haciendo algo bueno. El humor de la gente se fue oscureciendo, las caras más serias. Resolví no volver a hablar hasta que la reunión hubiese finalizado, sin importar la provocación.

Lil suavizó mis comentarios y presentó una docena más; daba la impresión de que las objeciones continuarían toda la tarde, toda la noche y todo el día siguiente, me sentí abrumado, mareado y miserable a la vez, mirando a Lil mientras sonreía preocupadamente, y se alisaba nerviosa el cabello tras las orejas.

Finalmente, se requirió a votación.

Tradicionalmente los votos eran emitidos en secreto y anunciados tras ser tabulados por los canales de datos. Los ojos del grupo se desenfocaron mientras convocaban sus pantallas HUD y observaban los resultados mientras se desarrollaban. Yo estaba desconectado, e incapaz de votar o mirar.

Tras un largo rato, Lil exhaló un suspiro de alivio, sonrió y dejó caer los brazos.

— Todo en orden entonces — dijo, por encima del cuchicheo de la gente —. Vayamos a trabajar.

Me quedé de pie, viendo a Dan y a Lil mirarse fijamente, una significativa mirada entre nuevos amantes, y lo vi todo rojo⁴. Literalmente. Mi visión se cubrió de rosa y una luz estreboscóptica martilleó en los límites de mi visión. Di un par de pesados pasos hacia ellos, abrí la boca para decir algo horrible, y lo que salió fue “Waaaagh”. Sentí entumecerse el lado derecho de mi cuerpo, mi pierna resbaló debajo de mí y me estrellé contra el suelo.

La luz rasgada de las persianas incidía a lo ancho de mi pecho mientras intentaba agarrarla con la mano izquierda; entonces todo se volvió negro.

* * *

No estaba loco después de todo.

La consulta del doctor en la enfermería de Main Street era blanca y limpia, decorada con pósters de Pepito Grillo llevando

⁴ Juego de palabras intraducible; *see red* (ver rojo) también significa enfurecerse. (N. del T.)

una bata blanca y un enorme estetoscopio. Recobré el sentido en una dura camilla bajo un letrero que me recordaba hacer un chequeo médico dos veces al año, ¡por Gum!; intenté protegerme los ojos con las manos de la brillante luz y de los súper-alegres carteles, y descubrí que no podía mover los brazos. Una investigación adicional reveló que se debía a que estaba atado con correas, completamente constreñido.

–Waaaagh – dije de nuevo.

La cara preocupada de Dan cruzó en mi campo de visión, junto con la seria mirada del doctor, que aparentaba unos setenta años, con la cara de Norman Rockwell llena de arrugas y patas de gallo.

–Bienvenido de vuelta, Julius. Soy el Doctor Pete – dijo el doctor, con una voz bondadosa que hacía juego con su cara. A pesar de mi reciente desilusión con las tonterías de los miembros de personal, encontré su táctica de acercamiento reconfortante.

Volví a dejarme caer en la camilla mientras el doctor me examinaba los ojos con una linterna y consultaba varios aparatos de diagnóstico. Lo soporté con un silencio estoico, demasiado aturdido por los horribles “Waaaghs” que hacía cada vez que intentaba hablar. El doctor me diría que estaba pasando cuando estuviese listo.

–¿Aún necesita estar atado? – preguntó Dan y yo moví la cabeza con urgencia. Estar atado no era mi idea de pasar un buen rato.

El doctor sonrió afablemente.

–Creo que es lo mejor por ahora. No te preocupes Julius, te pondremos en movimiento ya mismo.

Dan protestó, pero se detuvo cuando el doctor amenazó con mandarlo fuera de la habitación. En lugar de eso cogió mi mano.

Me picaba la nariz. Intenté ignorarla, pero se fue poniendo de mal en peor, hasta que no pude pensar en otra cosa, en la ardiente asta de comezón que se intensificaba en las aletas. Furiosamente arrugué la cara, haciendo sonar las correas. Distráidamente, el doctor se dio cuenta de mis movimientos y de forma delicada rascó mi nariz con un dedo enguantado. El alivio fue fabuloso. Tan solo esperaba que mis testículos no empezaran a picarme en cualquier momento.

Al fin el doctor acercó una silla e hizo algo que causó que la cabecera de la cama se levantase hasta que pude mirarlo a los ojos.

– Bien – dijo, acariciándose la barbilla – Julius, tienes un problema. Tu amigo me ha dicho que tus sistemas han estado desconectados durante más de un mes. Seguro que todo hubiera ido mejor si hubieras venido a verme cuando eso empezó.

>>Pero no lo hiciste, y las cosas han ido de mal en peor –. Señaló con la cabeza las recriminaciones de Pepito Grillo: “¡Vamos, ve a ver a tu médico!” – Es un buen consejo, hijo, pero lo que está hecho, hecho está. Según veo fuiste restaurado desde un backup hace unas ocho semanas. Sin más tests, no puedo asegurarlo, pero mi teoría es que el interfaz cerebral que implantaron en ese momento, tenía materiales defectuosos. Se ha estado deteriorando desde entonces, malfuncionando y reiniciándose. Los apagones son un mecanismo de protección, tienen la función de protegerte de la clase de ataques que has experimentado esta tarde. Cuando el interfaz detecta una disfunción, se apaga automáticamente e inicia el modo de diagnóstico, intentando autorrepararse y volver a conectarse.

>>Bien, esto es adecuado para pequeños problemas, pero en casos como éste, son malas noticias. El interfaz ha estado deteriorándose constantemente, y es solo cuestión de tiempo antes de que se produzca un daño grave.

– ¿Waaaagh? – pregunté. Tenía la intención de decir: *de acuerdo, ¿pero qué le ocurre a mi boca?*

El doctor puso un dedo en mis labios.

– No lo intentes. El interfaz se ha bloqueado, y se ha apropiando entretanto de algunos de tus procesos nerviosos voluntarios. A su debido tiempo, probablemente se apagará, pero por ahora, no hay vuelta atrás. Esa es la razón por la que te hemos atado: empezaste a dar unos buenos golpes cuando te trajeron, y no queremos que te hagas daño.

¿Probablemente se apagará? Jesús, podía acabar llevando esta vida para siempre. Empecé a agitarme.

El doctor me calmó, acariciando mi mano, y a la vez presionando una aguja transdérmica en mi muñeca. El pánico

retrocedió mientras el sedante intradérmico se filtraba en mi corriente sanguínea.

—Tranquilo, tranquilo —dijo— no es nada permanente. Podemos hacerte crecer un nuevo clon y refrescarlo con tu último backup. Desafortunadamente, ese backup, tiene un par de meses de antigüedad, si lo hubiéramos cogido antes, habríamos tenido la oportunidad de rescatar un backup actualizado, pero dado el deterioro que has mostrado hasta la fecha... Bien, no hay otra opción.

Mi corazón martilleaba. Iba a perder dos meses, perderlos por completo, como si nunca hubieran ocurrido. Mi asesinato, la nueva Sala de los Presidentes y mi vergonzoso atentado sobre ella, las peleas con Lil, Lil y Dan, la reunión. ¡Mis planes para la rehabilitación! Todo, bueno y malo, cada momento perdido.

No podía hacerlo. Tenía que terminar la rehabilitación, y yo era el único que comprendía cómo hacerla para que funcionase. Sin mi implacable supervisión, los adhócratas seguramente volverían a sus viejos y seguros métodos. Incluso podrían dejarlo a medio acabar, paralizar el proceso para una interminable revisión, regalando a Debra una oportunidad inmejorable para rapiñarla.

No iba a ser restaurado desde un backup.

Tuve dos ataques más antes de que el interfaz se diese por vencido y se reiniciase. Recuerdo el primero, un caos de luces estroboscópicas bloqueando la visión, incontrollables convulsiones y el sabor del cobre; el segundo sucedió sin despertarme de la profunda inconsciencia.

Cuando regresé de nuevo a la enfermería, Dan aún seguía allí. Tenía barba de un día y nuevas líneas de preocupación en los bordes de sus recién rejuvenecidos ojos. El doctor entró meneando la cabeza.

—Bueno, parece que lo peor ya ha pasado. He redactado los formularios de consentimiento para la recuperación y el nuevo clon estará listo en una o dos horas. Mientras tanto, creo que una sedación completa será lo más apropiado. Una

vez que la restauración haya sido completada, retiraremos este cuerpo por ti, y todo habrá acabado.

¿Retirar este cuerpo? Matarme, es lo que significaba.

—No —dije. Templé mis emociones: ¡la voz volvía a estar bajo mi control!

—Oh, ¿en serio?—. El doctor perdió sus maneras amigables, dejando a la vista su exasperación—. Aquí no hay más para ti. Si hubieras venido a verme cuando todo empezó, bien, podríamos haber considerado otras opciones. No puedes culpar a nadie, salvo a ti mismo.

—No —repetí—. Ahora no. No firmaré.

Dan puso su mano sobre la mía. Intenté sacármela de encima, pero las correas y su fuerte presión me lo impidieron.

—Tienes que hacerlo, Julius. Es lo mejor —dijo.

—No voy a dejar que me matéis —dije, con los dientes apretados. Las yemas de sus dedos eran callosas, ásperas, trabajadas con un esfuerzo que iba más allá de un normal sentido del deber.

—Nadie va a matarte, hijo —dijo el doctor. Hijo, hijo, hijo. ¿Quién sabía la edad que tendría? Por todo lo que sabía, podría tener dieciocho años—. Es justo al contrario: vamos a salvarte. Si continúas así, esto sólo irá a peor. Las convulsiones, los colapsos mentales, el melón completo se te pudrirá. Tú no deseas eso.

Pensé en la espectacular transformación de Zed en una loca. *No, yo no acabaré así.*

—No me importa para nada el interfaz. Trocéelo. No puedo hacerlo ahora—. Tragué saliva—. Más tarde. Después de la rehabilitación. Ocho semanas más.

* * *

¡Qué ironía! Una vez que el doctor se dio cuenta de que estaba hablando en serio, mandó a Dan fuera de la habitación, y puso los ojos en blanco mientras realizaba una llamada. Vi su garganta moverse mientras subvocalizaba. Me dejó atado a la camilla, esperando.

No había relojes en la enfermería, y carecía de reloj interno; podían haber pasado diez minutos o cinco horas. Estaba cate-

terizado, pero no lo supe hasta que necesidades urgentes me hicieron descubrirlo.

Cuando el doctor regresó, sujetaba un pequeño aparato que reconocí inmediatamente: una pistola RAE.

Oh, no era el mismo modelo que usé en la Sala de los Presidentes. Ésta era más pequeña, y mejor hecha, con el diseño preciso de una herramienta quirúrgica. El doctor alzó una ceja hacia mí.

—Ya sabes lo que es ésto —dijo rotundamente. Un oscuro rincón de mi mente farfulló: *lo sabe, él sabe lo de la Sala de los Presidentes*. Pero no lo sabía. Ese episodio estaba cerrado bajo llave en mi mente, invulnerable al backup.

—Lo sé —dije.

—Ésta es poderosa en extremo. Penetrará el blindaje del interfaz y lo fundirá. Con suerte, no te transformará en un vegetal. Esto es lo mejor que puedo hacer. Si falla, te recuperaremos desde tu último backup; tienes que firmar el consentimiento antes de que lo use.

Había perdido todo fingimiento bondadoso de su voz, sin molestarse en ocultar su disgusto. Estaba despreciando el milagro de la Sociedad Bitchun, el asunto que casi había dejado obsoleta la profesión médica: ¿por qué molestarse con cirugía cuando podías hacer crecer un clon, coger un backup, y refrescar con él el nuevo cuerpo? Alguna gente alternaba cuerpos sólo para librarse del frío.

Firmé. El doctor llevó mi camilla dentro del ruido y el zumbido de los túneles de mantenimiento, entonces la puso en unos rieles de tranvía que la llevaron hasta el área acotada por los Imagineros, y por consiguiente a una pesada y expuesta jaula de Faraday. Por supuesto: usar la RAE en mí podría aniquilar cualquier componente electrónico en los alrededores. Tenían que protegerme antes de apretar el gatillo.

El doctor colocó la pistola en mi pecho y desató mis correas. Selló la jaula y se retiró hasta la puerta del laboratorio. Llevaba un casco con protección facial y un pesado delantal unido a un gancho junto a la puerta.

—Una vez que salga por la puerta, apunta a tu cabeza y aprieta el gatillo. Volveré en cinco minutos. Una vez que esté en la habitación, deja el arma en el suelo y no la toques. Sólo

se puede usar una vez, pero no deseo encontrarme con que estoy equivocado.

Cerró la puerta. Sopesé la pistola en mi mano. Era pesada, densa debido a la energía almacenada, cerrada al final en un cuenco parabólico para dirigir mejor el haz.

Levanté la pistola hasta mi sien y la dejé apoyada ahí. El pulgar encontró el gatillo.

Me detuve. Esto no me mataría, pero quizá bloquease el interfaz para siempre, paralizándome, volviéndome un maniático de la destrucción. Sabía que nunca sería capaz de apretar el gatillo. El doctor también debía saberlo: ésta era su manera de convencerme para que le dejase hacer la restauración.

Abrí la boca para llamar al doctor y todo lo que salió fue “¡Waaaagh!”

Comenzó un ataque. El brazo se sacudía sin control y el pulgar se cerró en torno al gatillo; hubo un penetrante olor a ozono. El ataque cesó.

No tenía interfaz.

El doctor parecía serio y agrio cuando me vio sentado en la camilla, frotando mis bíceps. Sacó un aparato portátil de diagnóstico y lo apuntó a mi cabeza; declaró que cada pedacito de microcircuitos digitales dentro de ella estaba muerto. Por primera vez desde mi veintena, no era más avanzado de lo que naturaleza me había creado.

Las correas habían dejado hematomas púrpuras en mis muñecas y tobillos, dónde había luchado contra ellas. Cojeé fuera de la jaula de Faraday y del laboratorio con mis propias energías, pero escasamente: mis músculos se quejaban de los negligentes ejercicios de mis ataques.

Dan estaba esperando en la entrada de servicio, dormitando en cuclillas contra la pared. El doctor lo sacudió para despertarlo y su cabeza se irguió bruscamente y agarró las manos del doctor en un rápido reflejo. Era fácil olvidarse del antiguo trabajo de Dan, aquí, en el Reino Mágico, pero cuando bloqueó con facilidad el brazo del doctor y se levantó de un salto, con los ojos abiertos y en alerta, lo recordé. Mi viejo amigo, el héroe de acción.

Rápidamente Dan liberó al doctor y se disculpó. Evaluó mi estado físico y sin palabras me cogió de las axilas, sosteniéndome. No tenía la fortaleza para impedírselo. Necesitaba dormir.

—Te llevaré a casa —dijo— nos pelearemos con Debra mañana.

—Sin duda —dije, entrando en el tranvía.

Pero no fuimos a casa. Dan me llevó de vuelta a mi hotel, el Contemporary, y me condujo hasta mi puerta. Abrió la cerradura con su clave y estuvo de pie torpemente mientras andaba con dificultad dentro de la habitación vacía que era mi nueva casa, y me derrumbaba en la cama que era la mía ahora.

Con aire de disculpa se escabulló, volviendo con Lil a la casa que habíamos compartido.

Me inyecté un sedante intradérmico que me había dado el doctor, y añadí un equilibrador de humor que me había recomendado para controlar mis “oscilaciones de personalidad”. En segundos estaba dormido.

SIETE

Las medicinas me ayudaron a afrontar el siguiente par de días, emprendiendo la rehabilitación de la Mansión. Trabajamos toda la noche erigiendo un andamiaje en torno a la fachada, si bien no había ningún trabajo que hacer en ella: queríamos aparentar un rápido progreso, y además, tenía una idea.

Trabajaba mano a mano con Dan, usándolo como secretario personal, realizaba mis llamadas, buscando diseños, vigilando la red en busca de los primeros rumores mientras el público de Disney se daba cuenta de pronto que la Mansión había sido desmontada para una completa rehabilitación. No intercambiábamos ninguna palabra innecesaria, permaneciendo codo con codo sin mirarnos nunca a los ojos. Sin embargo, en realidad no podía sentirme torpe con Dan a mi alrededor. Nunca me dejaba y además estábamos ocupados dirigiendo a los decepcionados visitantes fuera de la Mansión. Un deprimente número de ellos se dirigía directamente a la Sala de los Presidentes.

No tuvimos que esperar mucho para que apareciese el primer artículo de alarma sobre la Mansión. Dan lo leyó en voz alta desde su pantalla:

— ¡Hey! ¿Alguien ha oído algo sobre programas de mantenimiento en la ME? Acabo de pasar por ahí camino a la nueva S de P's y da la impresión de que pulula un montón de personal adentro y afuera, montando un andamio, mirad la foto. Espero que no estén jodiendo una buena cosa. Por cierto no os perdáis la nueva S de P's: muy Bitchun.

— Vale — dije —. ¿Quién es el autor? ¿Está en la lista?

Dan pensó un momento.

— *La* autora es Kim Wright, y está en la lista. Buen Whuffie, montones de fan-artículos sobre la Mansión, gran lectora.

— Llámala — dije.

Éste era el plan: reclutar fanáticos rabiosos inmediatamente, enfundarlos en disfraces y colocarlos en los andamios. Darles enormes y ornamentadas herramientas y conseguir que fingiesen una actividad de construcción en una

frenética pantomima de muertos vivientes. A su debido tiempo, Suneep y su pandilla tendrían un grupo de robots de telepresencia operando; nosotros los guiaríamos, haciéndolos deambular en el área de espera, interactuando con los visitantes curiosos. La nueva Mansión estaría abierta para el negocio en 48 horas, a pesar de su estilo descarnado. El andamiaje desarrollado por unos simpáticos novatos era una atracción visual que podría atraer una o dos miradas curiosas de las hordas que se agolpaban en la Sala de los Presidentes.

Soy un chico bastante listo.

* * *

Dan llamó a esta Kim y habló con ella mientras desembarcaba de los Piratas del Caribe. Me pregunté si sería la persona adecuada para el trabajo: parecía terriblemente enamorada de la rehabilitación que Debra y su personal habían realizado. Si hubiera tenido más tiempo, podría haber llevado a cabo una profunda investigación de cada uno de los nombres de mi lista, pero eso podría llevar meses.

Dan tuvo una pequeña charla con Kim, hablando en voz alta en deferencia a mi minusvalía, antes de ir al grano.

—Hemos leído tu post sobre la rehabilitación de la Mansión. Eres la primera persona en darse cuenta, y nos preguntamos si estarías interesada en acercarte para descubrir un poco más acerca de nuestros planes—. Dan se sobresaltó— es una chillona— susurró.

De manera refleja intenté convocar la pantalla HUD con los archivos de los fans de la Mansión que habíamos esperado reclutar. Por supuesto no ocurrió nada. Lo había hecho una docena de veces esa mañana, y no daba la impresión de tener visos de detenerme. No parecía estar agobiado por eso, aunque tampoco por ninguna otra cosa, ni siquiera por el chupón apenas visible bajo el cuello de la camisa de Dan. Todo eso se debía al regulador de humor transdérmico en mi bíceps: órdenes del doctor.

—Perfecto, muy bien. Estamos a la derecha del Cementerio de Mascotas, dos miembros de personal masculinos, vestidos

con disfraces de la Mansión. Aparentamos sobre unos treinta. No tienes pérdida.

No se perdió. Llegó corriendo, sin aliento y excitada. Aparentaba unos veinte años, y vestía como una verdadera chica de veinte, enfundada en una capucha climatizada adherida al cuerpo que dejaba libertad de movimiento a sus piernas, las cuales eran largas y con rodillas dobles. El último grito entre la gente joven, incluida la chica que me disparó.

Pero las semejanzas con mi asesina finalizaban en su vestido y su cuerpo. No llevaba una cara de diseño, más bien una que tenía las suficientes imperfecciones como para ser la misma con la que había nacido, ojos levemente entrecerrados y la nariz ancha y ligeramente achatada.

Admiré la manera en que se movía a través del gentío, rápida y silenciosa, pero sin empujar a nadie.

— Kim — llamé mientras se acercaba — por aquí.

Lanzó un chillido de alegría y se dirigió en línea recta hacia nosotros. Incluso observándola minuciosamente, ella era lo suficientemente buena navegando entre la muchedumbre como para no rozar ni a un alma. Cuando llegó ante nosotros, surgió repentinamente dando pequeños brincos.

— ¡Hola, soy Kim! — dijo, agitando mi brazo con el peculiar ímpetu de las articulaciones extra.

— Julius — dije, y esperé a que repitiese el proceso con Dan.

— Así que, ¿cuál es el trato? — dijo.

Cogí su mano.

— Kim, tenemos un trabajo para ti, si estás interesada.

Ella apretó mi mano y sus ojos brillaron.

— ¡Lo cogeré!

Dan y yo nos reímos. Era una educada aprendiz de miembro de personal, ligeramente humorística, pero en el fondo era un alivio.

— Creo que mejor te lo explicaré primero — dije.

— ¡Dame buenas razones! — dijo, dándome otro apretón.

Solté su mano y comencé a explicarle una versión abreviada del plan de rehabilitación, omitiendo cualquier referencia a Debra y sus adhócratas. Kim lo absorbió vorazmente. Mientras le hablaba, agitaba su cabeza hacia mí con los ojos completamente abiertos. Era desconcertante.

— ¿Estás grabando esto? — pregunté finalmente.

Kim se sonrojó.

— ¡Espero que no importe! ¡Estoy empezando un nuevo álbum de la Mansión. Tengo uno de cada atracción del Parque, pero este será el número uno!

Esto era algo en lo que no había pensado. Hacer públicos los asuntos de los adhócratas era tabú dentro de Parque, de modo que no se me había ocurrido que los nuevos miembros de personal que introdujésemos podrían querer grabar cada pequeño detalle y publicarlo por la Red, como un enorme recolector de Whuffie.

— Puedo apagarlo — dijo Kim. Parecía preocupada, y en verdad empecé a aprehender como era de importante la Mansión para la gente que estábamos reclutando, que tipo de privilegio les estábamos ofreciendo.

— Déjala funcionando — dije — dejemos que el mundo vea lo que estamos haciendo.

Llevamos a Kim dentro de un túnel de servicio y bajamos hasta el vestuario. Se medio desnudó en el tiempo que tardamos en llegar, literalmente se arrancaba la ropa, anticipando el meterse en el personaje. Sonya, una adhócrata de Liberty Square que se encargaba del vestuario, ya tenía un atuendo esperándola: un raído uniforme de sirvienta con un enorme cinturón.

Dejamos a Kim en el andamio, expandiendo enérgicamente con una paleta un sustituto del cemento basado en agua sobre la pared, raspándola y dándole un nuevo diseño. Aquello me parecía aburrido, pero estaba convencido de que tendríamos que despegarla de allí cuando llegase la hora.

Nosotros volvimos a pescar en la Red para el siguiente candidato.

A la hora de comer ya había diez nuevos miembros taladrando, martilleando, y raspando alrededor del andamaje, empujando negras carretillas mientras cantaban “Fantasmas de la Sonrisa Torva”.

— Esto marcha — le dije a Dan. Estaba exhausto, empapado en sudor y la transdérmica bajo mi traje picaba. A pesar del

zumo de la felicidad en mi torrente sanguíneo, una veta de irritabilidad anti-personal se disparó en mi humor. Necesitaba salir del escenario.

Dan me ayudó a salir cojeando, y mientras abríamos la puerta de servicio, me susurró:

— Esta es una gran idea, Julius. De verdad.

Tomamos un tranvía hacia los Imagineros, con el pecho inflado de orgullo. Suneep tenía a tres de sus asistentes trabajando en la primera generación de robots móviles de telepresencia para el exterior, y había prometido un prototipo para esa tarde. Los robots eran bastante sencillos: en realidad eran prototipos ya diseñados, pero los disfraces y las rutinas de cinemática eran algo indescriptible. Pensar acerca de cómo Suneep y su panda de supergenios hipercreativos podían llevar a cabo mi idea me levantaba un poco el ánimo, tanto como estar fuera del centro de atención.

Parecía como si un tornado hubiese pasado por el laboratorio de Suneep. Jaurías de Imagineros andaban de acá para allá con misteriosos aparatos, o formaban apretados grupos de discusión en las esquinas mientras vociferaban acerca de lo que quiera que sus pantallas estuviesen mostrando. En medio de todo estaba Suneep, quien apenas parecía reprimir el deseo de gritar: ¡Yuhuuu!. Claramente estaba en su elemento.

Alzó los brazos cuando nos vio, y los extendió abarcando todo el loco y vociferante caos.

— ¡Que maravilloso espectáculo! — gritó por encima del ruido.

— ¡Seguro! — acordé—. ¿Cómo va el prototipo?

Suneep gesticuló distraídamente, los cortos dedos dibujando trivialidades en el aire.

— A su debido momento, a su debido momento. He puesto a ese equipo sobre otra cosa, una rutina cinemática para la clase de espectros voladores que usan bolsas de gas para mantenerse en lo alto: silenciosos y temibles. Es vieja tecnología de espionaje, y las próximas mejoras serán tremendas. ¡Echa un vistazo! — apuntó un dedo hacia mí, presumiblemente enviándome algunos datos.

— Estoy desconectado — le recordé amablemente.

Se dio un manotazo en la frente, quitándose el pelo de la cara con un gesto de disculpa.

—Por supuesto, por supuesto. Aquí—. Desenrolló una pantalla de cristal líquido y me la pasó. Un tropel de espectros bailaban en la pantalla, renderizados sobre la escena del Salón de Baile. Estaban en consonancia con los fantasmas existentes en la Mansión, más graciosos que espeluznantes, y sus caras me resultaban familiares. Miré alrededor del laboratorio y me di cuenta que caricaturizaban a varios imagineros.

—¡Ah!, ¿te has dado cuenta? —dijo Suneep frotándose las manos con satisfacción—. Una broma muy buena, ¿eh?

—Esto es fantástico —dije con pies de plomo— pero de verdad, Suneep, necesito algunos robots listos y en funcionamiento para mañana por la noche. Hablamos sobre esto, ¿recuerdas?—. Sin robots de telepresencia, mi reclutamiento estaría limitado a fans como Kim, que vivían en los alrededores. Tenía propósitos más amplios que esos.

Suneep parecía desilusionado.

—Por supuesto. Lo hablamos. No me gusta detener a mi gente cuando tienen buenas ideas, pero aquí hay un tiempo y un lugar. Los pondré en ello inmediatamente. Déjame a mí.

Dan se dirigió a saludar a alguien, y me giré para ver quién era. Lil. Por supuesto. Tenía ojeras del cansancio, alargó la mano hacia Dan, me vio, y cambió la intención.

—Hola chicos —dijo con estudiada despreocupación.

—¡Oh, hola! —dijo Suneep. Le disparó con un dedo, imaginé que serían los espectros voladores. Los ojos de Lil se cerraron por un momento, después asintió exhausta hacia él.

—Muy bueno —dijo—. Acabo de tener noticias de Lisa. Dice que el personal de interior va según el plan de trabajo. Tienen la mayoría de los animatronics desmantelados y ahora están desmontando los cristales del Salón de Baile—. Los efectos espectrales del Salón se conseguían por medio de un panel gigante de cristal pulido que bisectaba lateralmente la habitación. La Mansión había sido construida a su alrededor: era demasiado grande para sacarlo de una sola pieza—. Dicen que tardarán un par de días en cortarlo y en estar listos para trasladarlo.

Un poso de incómodo silencio descendió sobre nosotros, pero el rugido de los imaginieros no tardó en llenarlo.

— Debes de estar exhausta — dijo Dan después de un rato.

— Malditamente cansada — dije, al mismo tiempo que Lil decía:

— Lo adivinaste, lo estoy.

Ambos sonreímos débilmente. Suneep nos rodeó con los brazos y nos apretujó. Olía a un cóctel exótico de lubricante industrial, ozono y poción contra el cansancio.

— Deberíais iros a casa y daros un masaje el uno al otro — dijo —. Os habéis ganado un poco de descanso.

Dan se encontró con mi mirada y agitó la cabeza con aire de disculpa. Me zafé del brazo de Suneep y le di las gracias sosegadamente, entonces me escabullí hacia el Contemporary en busca de un baño caliente y un par de horas de sueño.

Volví a la Mansión al atardecer. Hacía el suficiente fresco como para coger un camino en la superficie, con el disfraz metido en una mochila, en lugar de ir a través del confortable traqueteo del aire acondicionado de los túneles de servicio.

Como si un soplo de aire fresco me impactase, de repente tuve una necesidad imperiosa de tiempo auténtico, de la clase de clima con el que crecí en Toronto. Era octubre, por todos los santos, y toda una vida de condicionamiento me decía que era mayo. Me detuve y me apoyé un momento en un banco, cerrando los ojos. Inesperadamente, y con la claridad de una pantalla HUD, vi el High Park de Toronto vestido con sus colores otoñales: fogosos rojos y naranjas, sombras de verde perenne y marrón terroso. Dios, necesitaba unas vacaciones.

Abrí los ojos y me di cuenta de que estaba enfrente de la Sala de los Presidentes; había una cola delante de mí, que se expandía atrás y atrás a lo lejos. Hice una rápida suma mental y silbé: había suficiente gente esperando allí como para llenar cinco o seis Salas: fácilmente sería una hora de espera. La Sala *nunca* atraía multitudes como esa. Debra estaba trabajando en las puertas de acceso, vestida como Betsy Ross; captó mi mirada y me saludó con la cabeza.

Me dirigí a la Mansión. Un grupo de nuevos reclutas había formado un coro de zombis arrastapiés enfrente de la puerta, y estaban gimiendo a su manera “Fantasmas de la Sonrisa Torva”, con una nueva estructura de canto-y-respuesta. Una pequeña audiencia participaba, jaleada por los reclutas del andamiaje.

— Bueno, al menos esto está marchando bien — murmuré para mí mismo. Y así era, salvo por que podía ver miembros de la adhocracia observando desde los alrededores, y las miradas no eran amigables. Los fans completamente obsesivos eran una buena medida de la popularidad de una atracción, pero también eran algo así como un grano en el culo. Ellos cantaban la banda sonora, mendigaban souvenirs y te acosaban con zalameras y pretenciosas preguntas. Después de un rato, incluso los miembros de personal más alegres empezaban a perder la paciencia, desarrollando una automática aversión hacia ellos.

Los adhócratas de Liberty Square que estaban trabajando en la Mansión habían sido transportados dentro, dando el visto bueno a la rehabilitación, presionados a trabajar en ella, y ahora estaban forzados a padecer la compañía de estos grandilocuentes megafans. Si hubiera estado allí cuando todo eso comenzó -¡en lugar de durmiendo!- quizá hubiera sido capaz de masajear sus magullados egos, pero ahora me preguntaba si ya no sería demasiado tarde.

Nada de eso, tenía que intentarlo. Me zambullí dentro del túnel de servicio, me puse el disfraz y volví de vuelta al escenario. Me uní al canto-y-respuesta con entusiasmo, caminando alrededor de los adhócratas y logrando que enfilasen dentro, de mala gana por otro lado.

Mientras el coro se retiraba, sudoroso y exhausto, un grupo de adhócratas estaba preparado para ocupar su lugar; escolté a mis reclutas a una habitación de descanso fuera del escenario.

Sunep no desarrolló el prototipo del robot en una semana, y me dijo que pasaría otra antes de que pudiera contar con cinco unidades de producción. Y si bien no lo dijo, tuve la sensación de que sus chicos estaban fuera de control, tan excitados por la

libertad de la falta de supervisión de los adhocras que se estaban volviendo salvajes. El mismo Suneep parecía un naufrago, nervioso y asustadizo. No lo presioné.

Además, yo tenía mis propios problemas. Los nuevos reclutas estaban multiplicándose. Instalé un terminal en mi habitación de hotel desde el que me encargaba de responder a los fans sobre la rehabilitación. Kim y sus colegas locales presentaban millones de visitas cada día, y su Whuffie se acumulaba tanto como los envidiosos fans de todo el mundo accedían al sistema para comprobar su progreso en el andamiaje.

Todo eso estaba conforme al plan. Lo que no funcionaba acorde con el plan era que los nuevos reclutas estaban haciendo su propio reclutamiento, extendiendo invitaciones a sus amigos de la red para venir a Florida, acostarse en sus sofás y camas de invitados, y presentarse ante mí para el servicio activo.

A la décima vez que pasó me acerqué a Kim en la habitación de descanso. Su garganta estaba trabajando y sus ojos seguían palabras invisibles en la distancia. Sin duda ya estaba escribiendo otra carta excitante acerca de la magia de trabajar en la Mansión.

—Ey — dije — ¿tienes un minuto para reunirte conmigo?

Levantó un solitario dedo, y un momento después me lanzó una brillante sonrisa.

— ¡Hola Julius! — dijo — ¡claro!

— ¿Por que no te pones ropa de calle, damos un paseo por el Parque y charlamos?

Kim llevaba su disfraz cada vez que podía. Había sido considerablemente inflexivo con ella para que lo dejase cada noche en la lavandería en lugar de llevarlo puesto a casa.

Con desgana se arrastró a los vestidores y salió con su capucha. Tomamos el túnel hacia la salida de Fantasayland y caminamos a través de la tarde bulliciosa de niños y adultos, haciendo largas y enormes colas para Blancanieves, Dumbo y Peter Pan.

— ¿Cómo te lo estás pasando aquí? — pregunté.

Kim dio un pequeño salto.

— ¡Oh, Julius, de verdad es la mejor época de mi vida! Un sueño hecho realidad. Estoy conociendo a mucha gente intere-

sante, y realmente me siento creativa. Apenas puedo esperar para poner en marcha los equipos de telepresencia.

— Bien, estoy realmente complacido con lo que tú y tus amigos estáis haciendo aquí. Estáis trabajando duro, poniendo en escena un buen espectáculo. Y también me gustan las canciones que habéis estado desarrollando.

Hizo uno de esos pasos de doble articulación que era la base de cualquier número de los vídeos de acción estos días y de pronto estuvo de pie frente a mí, la mano en mi hombro, mirándome fijamente a los ojos. Parecía seria.

— ¿Hay algún problema, Julius? Si lo hay, prefiero que hablemos sobre eso, en lugar de estar de cháchara.

Sonreí y le bajé la mano del hombro.

— ¿Qué edad tienes, Kim?

— Diecinueve — dijo — ¿cuál es el problema?

¡Diecinueve! Jesús, no era de extrañar que fuera tan volátil. *¿Entonces, cuál era mi excusa?*

— No hay ningún problema, Kim, es sólo que quiero discutir algo contigo. La gente que habéis estado trayendo para trabajar para mí, todos ellos son en verdad grandes miembros de personal.

— ¿Pero?

— Pero tenemos recursos limitados por aquí. No tengo suficientes horas al día para estar encima de los nuevos compañeros, de la rehabilitación, de todo. Por no mencionar que hasta que abramos la nueva Mansión, hay un número limitado de extras que podemos usar en la fachada. Estoy preocupado por que estamos poniendo gente en el escenario sin el entrenamiento adecuado, y por que nos estamos quedando sin uniformes; también estoy preocupado por la gente que hace todo el camino hasta aquí y descubre que no hay ningún turno del que puedan tomar parte.

Me lanzó una mirada de alivio.

— *¿Eso es todo?* No te preocupes por ello. He estado hablando con Debra, sobre la Sala de los Presidentes, y dice que puede recoger alguna de la gente que no puede ser usada en la Mansión: ¡podríamos incluso rotarlos de un lado a otro!
— estaba claramente orgullosa de su previsión.

Me pitaron los oídos. Debra, todo el tiempo un paso por delante de mí. Probablemente fue ella la que sugirió en primer lugar a Kim que hiciese algún reclutamiento extra. Ella captaría a la gente que venía a trabajar a la Mansión, convenciéndolos de que serían explotados por el personal de Liberty Square, y los amarraría dentro de su pequeño rancho de Whuffie, para apoderarse mejor de la Mansión, del Parque, de todo Walt Disney World.

—Oh, no creo que sea necesario llegar a eso —dije cuidadosamente— estoy seguro de que podremos encontrarles un uso a todos en la Mansión. Más diversión.

Kim se irguió interrogativa, pero no dijo nada. Me mordí la lengua. El dolor me devolvió a la realidad y empecé a planear la elaboración de disfraces, calendarios de entrenamiento, asignar lugares de descanso. ¡Dios, si tan solo Suneep pudiese terminar los robots!

—¿Qué quieres decir con “no”? —pregunté acaloradamente.

Lil se cruzó de brazos y me miró colérica.

—No, Julius. Esto no alzaré el vuelo. El grupo ya está molesto por que toda la gloria esté yendo a los nuevos, no nos van a dejar traer más. Tampoco quieren detener su trabajo en la rehabilitación para entrenarlos, vestirlos, alimentarlos y ser sus mamás. Están perdiendo Whuffie cada día que la Mansión está cerrada, y no quieren ya más retrasos. Dave ya se ha unido a Debra, y estoy segura de que no será el último.

Dave: el imbécil que se había indignado por la rehabilitación en la reunión. Por supuesto que se había ido. Lil y Dan estaban de pie el uno al lado del otro en el porche de la casa donde yo había vivido. Había conducido allí esa noche para convencer a Lil de que embaucase a los adhócratas para traer más reclutas, pero no estaba yendo según lo previsto. Ni siquiera me dejaron entrar en la casa.

—¿Y qué le digo yo a Kim?

—Dile lo que quieras —dijo Lil— tú la metiste dentro, tú te las ingenias con ella. Toma alguna maldita responsabilidad por una vez en tu vida.

Esto no estaba yendo mejor. Dan me miró en tono de disculpa. Lil me miró con furia durante un largo momento y se metió en casa.

— Debra lo está haciendo realmente bien — dijo Dan — . Está por toda la red. Es la cosa más moderna en todo el mundo. El Flash-bake está despegando en los clubes nocturnos, baile mezclado con los backups de los DJ's están siendo introducidos violentamente dentro de los bailarines.

— Dios — dije — . Estoy jodido, Dan. Estoy completamente jodido.

No dijo nada, y fue lo mismo que estar de acuerdo.

Conduciendo de vuelta al hotel, decidí que necesitaba hablar con Kim. Ella era un problema que no necesita, y que quizá pudiese solventar. Di un chirriante giro de 180 grados y conduje el pequeño bote hasta su casa, un diminuto apartamento en un derruido complejo que una vez había estado en la entrada de una villa de ancianos en la era pre-Bitchun.

Su casa era fácil de divisar. Todas las luces estaban encendidas, y una débil conversación era audible a través de la puerta. Subí los escalones de dos en dos y estaba a punto de tocar cuando una voz familiar se filtró a través de la puerta.

— ¡Oh, sí, oh sí! — dijo Debra — ¡Fantástica idea! Nunca hubiera pensando en usar jugadores de callesmótfera para que animasen el área de espera, pero hacéis que tenga mucho sentido. Tu gente ha estado haciendo el *mejor* trabajo sobre la Mansión: ¡encontradme más como vosotros y algún día los usaré para la Sala!

Escuché a Kim y a sus jóvenes amigos charlar excitada, orgullosamente. La ira y el miedo se extendieron en mí de arriba abajo, y de pronto me sentí etéreo y calmado, listo para hacer algo terrible.

Silenciosamente bajé los escalones y me introduje en el bote.

Alguna gente nunca aprende. Aparentemente soy uno de ellos.

Casi me reí en voz alta por la evidente simplicidad de mi plan mientras me deslizaba a través de la entrada de personal usando la tarjeta de Identidad que había adquirido cuando

mis sistemas se desconectaron y ya no fui capaz de introducir mi autorización en la puerta.

Me cambié de ropa en un baño de Main Street, me puse una capucha negra que oscurecía por completo mis facciones y me escabullí entre las sombras a lo largo de las fachadas hasta que llegué al foso defensivo del castillo de Cenicienta. Lentamente anduve sobre la valla y caminé agazapado hacia el malecón, me introduje en el agua y vadeé hacia el lado de Adventureland.

Me deslicé a lo largo de la entrada de Liberty Square, aplastándome contra los portales al oír al personal de mantenimiento pasando en la distancia, hasta que alcancé la Sala de los Presidentes; en un suspiro estaba dentro del mismo teatro.

Tarareando el tema de “Es un Mundo Pequeño”, saqué una pequeña pata de cabra del bolsillo interior de mi capucha y empecé a trabajar.

Las unidades primarias de transmisión estaban ocultas detrás de una tela de decoración sobre el escenario, y estaban sorprendentemente bien construidas para ser tecnología de primera generación. Estaba realmente excitado haciéndolas pedazos, y continué hasta que no quedó ningún componente remotamente reconocible. El trabajo era lento y ruidoso en el Parque sereno, pero me sumergí en una somnolienta autohipnosis temporal de actividad y descanso. Para estar seguro, agarré las unidades de almacenaje y las metí en la capucha.

Localizar sus unidades de backup fue un poco más difícil, pero años de pasar el rato en la Sala de los Presidentes mientras Lil arreglaba los animatronics, me ayudó. Metódicamente investigué cada rincón, cada grieta, cada área de almacenamiento, hasta que los localicé en lo que había sido un armario de una habitación de descanso. A esas alturas, ya había cogido el tranquilo, y las despaché rápidamente.

Hice una pasada más, destrozando cualquier cosa que pudiera parecer un prototipo para la siguiente generación, o notas que pudieran ayudarles a reconstruir las unidades que había hecho añicos.

No me hice ilusiones acerca del estado de preparación de Debra: ella tendría algo fuera de aquí con lo que ponerse en

marcha en unos días. No estaba haciendo nada permanente, tan solo me estaba dando a mí mismo un día o dos.

Hice el camino de vuelta al Parque sin ser divisado, y vadeé hasta el bote, con los zapatos chorreando agua del foso.

Por primera vez en semanas, dormí como un bebé.

Por supuesto, me pillaron. En realidad no tengo disposición para las travesuras maquiavélicas, y dejé pistas a lo largo de una milla, desde las pisadas llenas de barro en el vestíbulo del Contemporany hasta la pata de cabra dejada atrás alocadamente, pasando por la capucha y las unidades de almacenaje de la Sala olvidadas en el asiento trasero de mi bote.

Silbaba mi particular versión uptempo jazz de “Fantasmas de la Sonrisa Torva” mientras me dirigía desde Vestuario, a través del túnel de servicio, hasta Liberty Square, media hora antes de que abriese el Parque.

De pie frente a mí estaban Lil y Debra. Debra sujetaba la capucha y la pata de cabra. Lil sostenía las unidades de almacenaje.

No me había puesto los transdérmicos esa mañana, de modo que la emoción que sentí no fue enmascarada, sino clara y ruidosa.

Corrí.

Corrí por delante de ellas, a lo largo del camino a Adventureland, pasando la Habitación Tiki, donde había sido asesinado, pasando la puerta de Adventureland donde me abrí camino a través del foso, bajando por Main Street. Corrí y corrí, empujando a los visitantes tempraneros, pisoteando flores, derribando una carretilla con manzanas al final de Penny Arcade.

Corrí hasta que alcancé la puerta principal, me giré, pensando que había dejado atrás a Lil y Debra, y a todos mis problemas. Estaba equivocado. Ambas estaban allí, un paso detrás de mi, resoplando y rojas como tomates. Debra sujetaba mi pata de cabra como un arma, y la esgrimía contra mí.

—Eres un maldito idiota, ¿lo sabías? —dijo. Creo que si hubiéramos estado solos, me habría golpeado.

¿No puedes soportar cuando alguien más juega duro, eh, Debra? — me burlé.

Lil agitó la cabeza disgustada.

— Tiene razón, eres un idiota. Los adhócratas se están reuniendo en Adventureland. Tienes que venir.

— ¿Por qué? — pregunté, sintiéndome beligerante —. ¿Vais a homenajearme por todo mi trabajo duro?

— Vamos a hablar sobre el futuro, Julius, qué queda de él para nosotros.

— Por el amor de Dios, Lil, ¿no puedes ver lo que está pasando? ¡Ellos me *asesinaron!*, ¡y ahora estamos peleando el uno contra el otro en lugar de contra ella! ¿Por qué no puedes ver todo lo *malo* que pasa?

— Deberías vigilar esas acusaciones, Julius — dijo Debra, sosegada e intensamente, casi siseando —. No sé quién te asesinó o por qué, pero aquí tú eres el único que es culpable. Necesitas ayuda.

Ladré una risa sin humor. Los visitantes empezaban a afluir dentro del recién abierto Parque, y varios de ellos miraban atentamente mientras tres miembros de personal disfrazados se gritaban los unos a los otros. Podía sentir mi Whuffie desangrándose.

— Debra, eres una pureta llena de mierda, y tu trabajo es trillado y falto de imaginación. Eres una jodida explotadora, y nunca has tenido los cojones de admitirlo.

— Es *suficiente*, Julius — dijo Lil, con la expresión severa y la furia apenas contenida —. Nos vamos.

Debra caminó un paso por detrás de mí, Lil un paso delante, por todo el camino a través del gentío hasta Adventureland. Contemplé una docena de oportunidades para deslizarme dentro de algún hueco entre el flujo y reflujos humano y escapar de la custodia, pero no lo intenté. Quería una oportunidad para decirle al mundo entero lo que había hecho y por qué lo había hecho.

Debra nos siguió cuando subimos los escalones hacia la sala de reuniones. Lil se giró.

— No creo que debieras entrar aquí, Debra — dijo en un tono comedido.

Debra negó con la cabeza.

—No puedes mantenerme fuera, lo sabes. Y no deberías desearlo. Estamos del mismo lado.

Resoplé burlonamente, y creo que eso decidió a Lil.

—Vamos dentro, entonces —dijo.

No cabía ni un alfiler en la sala de reuniones, abarrotada hasta los topes con la adhocracia al completo, salvo por mis nuevos reclutas. Ningún trabajo estaba siendo realizado en la rehabilitación entonces, y Liberty Belle estaría amarrada a su muelle. Incluso el personal del restaurante estaba allí. Liberty Square debía ser un pueblo fantasma. Eso daba a la reunión sensación de urgencia: el conocimiento de que había visitantes en Liberty Square dando vueltas sin hacer nada, buscando a algún miembro para que les ayudaran. Por supuesto, la pandilla de Debra debería estar por los alrededores.

Las caras del gentío eran severas y amargas, dejándome entender sin lugar a dudas que estaba lleno de mierda. Incluso Dan, sentado en la fila de enfrente, parecía disgustado. Entonces estuve a punto de echarme a llorar. Dan, oh Dan. Mi amigo, mi confidente, mi chivo expiatorio, mi rival, mi némesis. Dan, Dan, Dan. Quería golpearlo hasta matarlo y abrazarlo al mismo tiempo.

Lil subió al estrado y se remetiÓ los mechones de pelo detrás de las orejas.

—Todo correcto, entonces —dijo. Estaba de pie a su izquierda, y Debra lo estaba a su derecha—. Gracias por venir hoy. Me gustaría hacer esto rápidamente, todo nosotros tenemos trabajo importante que hacer. Enumeraré los hechos: la pasada noche, un miembro de esta adhocracia arrasó la Sala de los Presidentes, dejándola inservible. Se estima que se necesitará al menos una semana para conseguir volver a ponerla en funcionamiento. No necesito decir que esto es inaceptable. Nunca había ocurrido antes, y no volverá a ocurrir de nuevo. Vamos a velar por ello.

>>Me gustaría proponer que no se haga ningún trabajo más en la Mansión hasta que la Sala de los Presidentes esté completamente operativa. Ofrezco voluntariamente mis servicios para las reparaciones.

Había asentimientos en la audiencia. Lil no sería la única trabajando en la Sala esa semana.

– Disney World no es una competición – dijo Lil – los diferentes adhócratas trabajamos juntos, y lo hacemos para hacer el Parque tan bueno como podamos. Hemos perdido de vista eso bajo nuestra entera responsabilidad.

Casi me ahogo en bilis.

– Me gustaría decir algo – dije, tan sereno como pude.

Lil me miró.

– Está bien Julius. Cualquier miembro de la adhocracia puede hablar.

Hice una profunda inspiración.

– Lo hice, ¿de acuerdo? – dije. Mi voz se agrietó –. Lo hice, y no tengo ninguna excusa para haberlo hecho. Quizá no sea la cosa más inteligente que haya hecho nunca, pero creo que todos deberíais entender de qué manera fui conducido a eso.

>> *Suponemos* que aquí no estamos en competición los unos con los otros, pero todos sabemos que eso es solo una educada ficción. La verdad es que hay verdadera competición en el Parque, y que los jugadores más duros son el personal que ha rehabilitado la Sala de los Presidentes. ¡Ellos os *robaron* la Sala! Lo hicieron mientras estabais distraídos, *me* usaron para diseñar la distracción, ¡ellos me *asesinaron*! – escuchaba los chillidos reptar lentamente en mi voz, pero era incapaz de hacer nada.

>> A menudo nos mienten diciéndonos que estar del mismo lado es bueno. Que eso nos permite trabajar conjuntamente en paz. Pero eso cambió el día en que me dispararon. Si continuáis creyéndolo, vais a perder la Mansión, la Liberty Belle, la Isla de Tom Sawyer: todo. Toda la historia que tenemos con este sitio, toda la historia que tienen los cientos de millones que la han visitado, va a ser destruida y reemplazada con la mierda irreflexiva y estéril que se ha apropiado de la Sala. Una vez que esto ocurra, no restará nada que haga este sitio especial. ¡Cualquiera podrá conseguir la misma experiencia sentado en el sofá de su casa! ¿Qué ocurrirá entonces, eh? ¿Cuánto tiempo creéis que este lugar se mantendrá abierto una vez que la única gente que haya aquí seáis *vosotros*?

Debra sonrió condescendiente.

– ¿Ya has terminado? – preguntó dulcemente –. Bien. Sé que no soy miembro de este grupo, pero desde que mi trabajo

fue destruido anoche, creo que estoy interesada en hablar sobre el alegato de Julius, si no os importa — . Se detuvo, pero nadie habló — . Ante todo quiero que sepáis que no pensamos que seáis responsables de lo que ocurrió anoche. Sabemos quién fue el responsable, y necesita ayuda. Os insto a que toméis la responsabilidad de que la consiga.

>>Lo siguiente que me gustaría decir, es que hasta donde me concierne, estamos del mismo lado: el lado del Parque. Este es un lugar especial, y no podría existir sin la aportación de todos nosotros. Lo que le pasó a Julius es terrible, y sinceramente espero que la persona responsable sea atrapada y llevada ante la justicia. Pero esa persona no soy yo, ni cualquiera de mis adhócratas.

>>Lil, me gustaría agradecerle tu generosa oferta de ayuda, y la aceptamos. Esto va para todos vosotros: os invito a la Sala, y os pondremos a trabajar. Estaremos operativos en un abrir y cerrar de ojos.

>>Ahora, por lo que concierne a la Mansión, dejadme decir esto de una vez para siempre: ni yo ni mis adhócratas tenemos ningún deseo de hacernos cargo del funcionamiento de la Mansión. Es una atracción fantástica, y mejorará con el trabajo que estáis haciendo. Si habéis estado preocupados por ella, detened vuestra preocupación ahora. Todos estamos en el mismo lado.

>>Gracias por escucharme. Ahora tengo que ir a ver a mi equipo.

Se giró y salió, con un coro de aplausos siguiéndola.

Lil esperó hasta que se apagaron.

— Todo correcto entonces; nosotros también tenemos trabajo que hacer. Pero antes me gustaría pedirles a todos un favor. Me gustaría que los detalles del incidente de anoche no salieran de aquí. Dejar que los visitantes y el mundo sepan de este feo asunto no será bueno para nadie. ¿Estamos todos de acuerdo?

Hubo un momento de pausa mientras los resultados eran tabulados en las pantallas, entonces Lil les brindó una sonrisa de un millón de dólares.

— Sabía que lo haríais. Gracias, chicos. Vayamos a trabajar.

Pasé el día en el hotel, leyendo lánguidamente en mi terminal. Lil me había dejado muy claro después de la reunión que no quería ver mi cara por el Parque hasta que no “consiguiese ayuda”, significase lo que significase eso.

Al mediodía, la noticia se había difundido. Era difícil identificar la fuente exacta, pero parecía centrarse en los nuevos reclutas. Uno de ellos le había contado a sus amigos de la red el gran drama en Liberty Square, y había mencionado mi nombre.

Ya había un par de sitios en la red calumniándome, y esperaba más. Necesitaba algún tipo de ayuda, eso era seguro.

Pensé en dejarlos, darle la espalda a todo el asunto y abandonar Disney World para empezar una vez más otra nueva vida, con Whuffie escaso y sin compromisos.

No podía ser tan malo. No hace tanto que había tenido peor reputación. La primera vez que Dan y yo nos hicimos amigos, en la Universidad de Toronto, había sido el centro de un montón de sentimientos ambivalentes, y tan pobre de Whuffie como podía serlo un hombre.

Dormía en un pequeño ataúd, perfectamente climatizado, en el campus. Era angosto y soso, pero tenía libre acceso a la red y un montón de material para entretenerme. Mientras no podía conseguir mesa en un restaurante, era libre de hacer cola en cualquiera de los mercados de los alrededores y hacerme con cualquier cosa que quisiese para comer y beber cuando quiera que se me antojase. Comparado con el 99'99999 por ciento de toda la gente que había vivido en toda la historia, tenía una vida de lujo incomparable.

Incluso para los parámetros de la Sociedad Bitchun, apenas era una rareza. El número de individuos con bajo respeto, en general era significativo, y se llevaban sin problemas, pasando el rato en parques, conversando, leyendo, escenificando obras o tocando música.

Por supuesto, esa no era vida para mí. Tenía a un amigo como Dan con el que ir, un excepcional individuo con Whuffie altísimo que estaba deseoso de confraternizar con un inútil como yo. Me llevaba a comer a las terrazas de los cafés, a conciertos en el SkyDome, y bajaba la podrida reputación de cualquier mocoso que se burlase de mi nivel de Whuffie. Estar con Dan era un proceso de constante reevaluación de mis

creencias en la Sociedad Bitchun, y nunca había tenido una época más vibrante y desafiante en toda mi vida.

Podía haber dejado el Parque, cabeceado a cualquier parte del mundo, empezar de nuevo. Podía haberles dado la espalda a Dan, a Debra, a Lil, y a todos los malditos problemas.

No lo hice.

Llamé al doctor.

OCHO

El doctor Pete respondió al tercer toque, solamente en audio. En segundo plano oía un coro de niños llorando, el constante telón de fondo de la enfermería del Reino Mágico.

– Hola, doc – dije.

– Hola Julius. ¿Qué puedo hacer por ti? – bajo la superficie de profesional y cordialidad del personal del Parque, percibí su irritación.

Esta vez hazlo todo bien.

– En realidad no estoy seguro. Quisiera verle para hablarlo con usted. Tengo algunos grandes problemas.

– Tengo turno hasta las cinco. ¿Puedes esperar hasta entonces?

No tenía ni idea de si me atrevería a verlo entonces.

– No lo creo, esperaba poder encontrarnos inmediatamente.

– Si es una emergencia, puedo enviarte una ambulancia.

– Es urgente, pero no una emergencia. Necesito hablar de ello en persona, por favor.

Suspiró de una manera poco apropiada para un doctor, o un miembro de personal.

– Julius, tengo cosas importantes que hacer aquí. ¿Estás seguro de que eso no puede esperar?

Contuve un sollozo.

– Estoy seguro, doc.

– De acuerdo. ¿Cuándo puedes estar aquí?

Lil había dejado claro que no me quería en el Parque.

– ¿Puede encontrarse conmigo? De verdad, no puedo ir hasta allí. Estoy en el Contemporary, Torre B, habitación 2334.

– No hago visitas a domicilio, hijo.

– Lo sé, lo sé – odiaba lo patético que sonaba –. ¿Puede hacer una excepción? No sé a quién más acudir.

– Estaré allí tan pronto como pueda. Tengo que encontrar a alguien para que me supla. Pero no hagamos una costumbre de esto, ¿de acuerdo?

Resoplé aliviado.

– Lo prometo.

Desconectó abruptamente y me encontré marcando el número de Dan.

— ¿Sí? — dijo cautelosamente.

— El doctor Pete se va a reunir conmigo, Dan. No sé si él puede ayudarme, no sé si nadie puede. Sólo quería que lo supieras.

Entonces me sorprendió, y me hizo recordar por qué seguía siendo mi amigo, incluso después de todo.

— ¿Quieres que nos veamos?

— Eso sería muy amable de tu parte — dije con tranquilidad —. Estoy en el hotel.

— Dame diez minutos — dijo, y colgó.

* * *

Me encontró en el patio, mirando al Castillo y a las cimas de la Montaña Espacial. A mi izquierda se extendían las brillantes aguas del Lago de los Siete Mares, a mi derecha, la Property se alargaba milla tras cuidada milla. El sol me calentaba la piel, débiles rescoldos de risas felices navegaban con el viento, y las plantas florecían. En Toronto habría lluvia gélida, edificios grises, repugnante transporte público (un monorraíl siseante) y caras ásperas y anónimas. Lo echaba de menos.

Dan puso una silla a mi lado y se sentó sin una palabra. Ambos miramos fijamente el paisaje durante un largo rato.

— Hay algo más, ¿verdad? — dije finalmente.

— Supongo que sí — dijo —. Quiero decirte algo antes de que venga el doctor, Julius.

— Dispara.

— Lil y yo hemos roto. En primer lugar nunca debería haber ocurrido, y no estoy orgulloso de mí mismo. Si vosotros dos lo dejabais, eso no es asunto mío, pero no tenía derecho a acelerarlo.

— De acuerdo — dije. Estaba demasiado impactado por la impresión.

— He cogido una habitación aquí y trasladado mis cosas.

— ¿Cómo se lo ha tomado Lil?

— Oh, piensa que soy un completo bastardo. Supongo que tiene razón.

—Supongo que tiene razón en parte —le corregí.

Me dio un afable puñetazo en el hombro.

—Gracias.

Esperamos en amigable silencio hasta que llegó el doctor.

Llegó apresuradamente con la sonrisa fruncida en un gesto amargo; esperó expectante. Dejé a Dan en el patio, mientras me sentaba en la cama.

—Estoy roto, o algo —dije— he estado actuando erráticamente, algunas veces con violencia. No sé que está mal en mí—. Había ensayado el discurso, pero seguía sin ser fácil no estar nervioso.

—Ambos sabemos que es lo que está mal, Julius —dijo el doctor impaciente— necesitas ser recuperado desde tu backup, conseguir ser estabilizado con un clon reciente y retirar éste. Ya lo hemos hablado.

—No puedo hacerlo —dije sin mirarlo a lo ojos— simplemente no puedo, ¿no hay otra manera?

El doctor negó con la cabeza.

—Julius, tengo recursos limitados para proporcionar. Hay un remedio perfectamente aceptable para tu dolencia, y si no quieres recibirlo, no hay mucho que yo pueda hacer por ti.

—¿Pero que hay sobre los medicamentos?

—Tu problema no es un desequilibrio químico, es un defecto mental. Tu *cerebro* está *roto*, hijo. Todo lo que los medicamentos harán será enmascarar los síntomas mientras te deterioras. Desafortunadamente, no puedo decirte lo que quieres oír. Ahora bien, si estás preparado para recibir el tratamiento, puedo retirar este clon inmediatamente y conseguir que estés restituido dentro de uno nuevo en 48 horas.

—Por favor, ¿no hay otra manera? Tiene que ayudarme: no puedo perder todo esto—. No podía admitir las auténticas razones por las que estaba tan unido a este singularmente miserable capítulo de mi vida, ni siquiera incluso ante mí mismo.

El doctor se levantó para irse.

—Mira Julius, no has conseguido el Whuffie suficiente para hacer que valga la pena el tiempo que nadie tenga que emplear buscando una solución a este problema, aparte de la única que todos sabemos. Puedo darte tranquilizantes, pero esa no es una solución permanente.

— ¿Por qué no?

Parecía aturdido.

— Simplemente no *puedes* estar narcotizado para el resto de tu vida, hijo. Eventualmente, algo le pasará a este cuerpo -veo en tus archivos que eres propenso a los ataques al corazón- y serás recuperado desde tu backup. Cuanto más esperes, más traumático será. Estás arrebatando tu propio futuro desde tu egoísta presente.

No era la primera vez que ese pensamiento cruzaba por mi mente. Cada día que pasaba haría más duro tomar el tratamiento. Acostarse y despertar con la amistad de Dan, despertarse y estar enamorado de nuevo de Lil. Despertar con la Mansión de la manera que la recordaba, la Sala de los Presidentes donde podría encontrar a Lil flexionada con su cabeza en las entrañas de un Presidente por la tarde. Acostarse y despertar sin desgracia, sin saber que mi amante y mi mejor amigo podrían traicionarme, sin saber que me *habían* traicionado.

Simplemente no podía hacerlo, no ahora, de cualquier manera.

Dan: Dan iba a suicidarse pronto, y si me restauraban desde mi viejo backup iba a perder mi último año con él. Iba a perder *su* último año.

— Déjeme dejarle claro ésto, doctor: he oído lo que está diciendo, pero hay complicaciones. Creo que tomaré los tranquilizantes por ahora.

Me lanzó una fría mirada.

— Entonces te daré una receta. Podría haber hecho eso sin venir hasta aquí. Por favor, no me llames más.

Estaba conmocionado por su evidente ira, pero no la entendí hasta que se hubo ido, y le conté a Dan lo que había ocurrido.

— Nosotros, los veteranos acostumbramos a pensar en los médicos como profesionales altamente instruidos: especialmente como los colectivos de las facultades de medicina de la era pre-Bitchun, largos períodos de aprendizaje, ensayos de anatomía... La verdad es que el doctor corriente hoy en día está más entrenado en métodos de cuidado en cama que en biociencia. El "doctor" Pete es un técnico, no un doctor médico, no al menos de la manera en que tu y yo lo entendemos.

Cualquier persona con la clase de conocimiento que estás buscando está trabajando como investigador histórico, no como doctor.

>>Pero eso no es una falsa impresión. El doctor presupone ser la autoridad en asuntos médicos, aún cuando solamente tiene un truco: restaurar desde el backup. Le has recordado a Pete eso, y no está feliz de que haya sucedido.

Esperé una semana antes de retornar al Reino Mágico, bronceándome en la blanca arena de playa del Contemporary, haciendo *jogging* en el Paseo Alrededor del Mundo, tomando una canoa con destino a la salvaje y gigantesca Isla de los Descubrimientos, y en general enfriando el ánimo. Dan venía por las noches y era como en los viejos tiempos, discutiendo sobre los pros y los contras del Whuffie, la Bitchundad y la vida en general, sentados en mi porche con una refrescante jarra de limonada.

La última noche, se presentó con un pequeño y ligero portátil, una pieza de museo que me recordó cariñosamente los primeros días de la Sociedad Bitchun. Tenía muchas de las funciones de mis difuntos sistemas, en un bulto que podía deslizar en el bolsillo de mi camisa. Parecía como si fuera parte de un disfraz, como los relojes de bolsillo que llevaban los jugadores de callestmótfera vestidos como Ben Franklin en la Aventura Americana.

Pieza de museo o no, eso significaba que una vez más estaba cualificado para participar en la Sociedad Bitchun, si bien más lentamente y con menos eficiencia de la que una vez tuve. A la mañana siguiente bajé las escaleras y conduje hasta el terreno de los miembros de personal del Reino Mágico.

Al menos, ese era el plan. Cuando bajé hasta el parking del Contemporary, mi bote se había ido. Una rápida comprobación con el portátil reveló lo peor: mi Whuffie era lo suficientemente bajo como para que alguien simplemente entrase dentro y se lo llevase, al darse cuenta de que podría hacer un uso más popular de él conduciéndolo de lo que yo podría.

Con un sentimiento de desesperación, caminé pesadamente hasta mi habitación y puse la llave en la cerradura. Ésta

emitió un suave, insatisfecho *bzzz* y se iluminó: “Por favor, mire el escritorio frontal”. También mi habitación había sido reasignada. Había apurado el Whuffie hasta quemarme con la colilla.

Al menos no había comprobación obligatoria de Whuffie en la plataforma del monorraíl, pero la otra gente en el vagón no eran en modo alguno demasiado amistosos hacia mí, y ninguno me ofreció ni una pulgada más de espacio personal del necesario. Había llegado al fondo.

* * *

Tomé la entrada de personal del Reino Mágico, sujetando la etiqueta con mi nombre en mi polo de Procedimientos Disney, ignorando las miradas furiosas de mis colegas de personal en los túneles de servicio.

Usé el portátil para llamar a Dan.

—Qué pasa —dijo, brillantemente. Podía decir instantáneamente que me estaba siguiendo la corriente.

—¿Dónde estas? —pregunté.

—Oh, por encima de Square. Por el Árbol de la Libertad.

Enfrente de la Sala de los Presidentes. Usé el portátil para consultar algún Whuffie manualmente. El de Debra había sido llevado tan alto que parecía que nunca caería, así como el de Tim y el resto de su personal en conjunto. Lo estaban obteniendo de los millones de visitantes, y de los miembros de personal, y de la gente que leía las historias populares de su lucha contra las fuerzas de mezquinos celosos y saboteadores, es decir, yo.

Me sentí aturdido. Me apresuré en el vestuario y me puse el traje verde oscuro de la Mansión y subí corriendo las escaleras hasta Square.

Encontré a Dan bebiendo un café sentado en un banco bajo el gigantesco farol suspendido del Árbol de la Libertad. Tenía una segunda taza de café esperándome, y palmeó el banco vecino. Me senté con él y bebí a sorbos esperando a que empezase a contar cualquiera de las malas noticias que tenía para mí esa mañana; podía sentir las revoloteando como nubes de tormenta.

Sin embargo no habló, no hasta que no terminamos el café. Entonces se puso de pie y paseó hacia la Mansión. Ya no estaba llena de cuerdas colgando, y no había ningún visitante en el Parque, lo cual era mucho mejor, dado lo que vino a continuación.

— ¿Le has echado un vistazo al Whuffie de Debra últimamente? — preguntó finalmente, mientras estábamos de pie en el cementerio de mascotas, contemplando el andamiaje vacío.

Empecé a sacar el portátil, pero puso una mano en mi brazo.

— No te molestes — dijo de forma arisca — basta con decir que la pandilla de Debra es la número uno intoxicando. Desde que surgieron las noticias sobre lo que le ocurrió a la Sala, lo han estado ampliando en profundidad. Pueden hacer casi cualquier cosa, Julius, y salirse con la suya.

El estómago se me cerró y me encontré rechinando los molares.

— ¿Y qué es lo que han hecho, Dan? — pregunté, casi conociendo la respuesta.

Dan no tuvo que responder, porque en ese momento, Tim emergió de la Mansión, llevando un ligero mono de trabajo. Tenía una expresión pensativa, y cuando nos vio, nos irradió su sonrisa élfica y se reunió con nosotros.

— ¡Hola, chicos! — dijo.

— Hola Tim — dijo Dan. Yo asentí con la cabeza, no confiando en mis propias palabras.

— Un material bastante excitante, ¿eh? — dijo.

— Aún no se lo he contado — dijo Dan, con forzada indiferencia —. ¿Por qué no lo haces tú?

— Bien, es bastante radical, tengo que admitirlo. Hemos aprendido algunas cosas de la Sala que queremos aplicar, y al mismo tiempo, queremos capturar algunos de los caracteres históricos de los cuentos de fantasmas.

Abrí la boca para objetar algo, pero Dan puso la mano en mi antebrazo.

— ¿De verdad? — preguntó inocentemente —. ¿Cómo planeáis hacer eso?

— Bien, estamos tomando los robots de telepresencia -es una idea deliciosa, Julius- pero les hemos dado a cada uno un enlace externo de modo que puedan flash-bakear. Tenemos a

algunos escritores de terror de alto Whuffie desarrollando conjuntamente una serie de relatos acerca de la vida de cada fantasma: como encontraron sus trágicos finales, lo que han hecho desde entonces, ya sabes.

>>Del modo en que lo hemos planeado, los visitantes recorren la atracción sabiendo el camino que van a seguir, caminando a través del espectáculo de entrada y entonces montando en los vehículos, los Carruajes Malditos. Pero aquí está el gran cambio: los *hemos retardado*. Hemos cambiado rendimiento por intensidad, haciéndolo más un producto de alta calidad.

>>De modo que eres un visitante. Desde la cola hasta la zona de salida, estás siendo acosado por estos fantasmas, estos robots de telepresencia, y son realmente aterradores: conseguí que los artistas conceptuales de Suneep dieran marcha atrás hasta la mesa de diseño, desechando las investigaciones básicas de las cosas que solamente asustarían a los visitantes más tontos. Cuando un fantasma te coge, posa las manos en ti: ¡Wham! ¡Flash-bake! Quedas atrapado en su completa y espantosa historia en tres segundos, a través de tu lóbulo frontal. En el tiempo en que sales, has tenido diez o más contactos espectrales, y la próxima vez que vuelvas, dispondrás de nuevos fantasmas con nuevas historias. De la manera en que estamos diseñando la Sala estamos convencidos de que será un éxito—. Puso las manos detrás de la espalda y se meció sobre sus talones, claramente orgulloso de sí mismo.

Cuando el Centro Epcot abrió por primera vez, hace mucho, mucho tiempo, había habido una década desagradable, o más, en el diseño de atracciones. Los Imaginieros encontraron una fórmula ganadora para Spaceship Earth, la atracción principal en la gran pelota de golf, y, en su ímpetu para establecer una continuidad temática, convirtieron la fórmula en una producción en masa, acabando así con media docena de clones para cada una de las áreas “temáticas” del Escaparate del Futuro. Era de esta manera: primero, éramos cavernícolas, después estaba la antigua Grecia, después Roma ardiendo (con efectos de olor a azufre), después estaba la Gran Depresión, y finalmente alcanzábamos la era moderna. ¿Quién sabe qué nos espera en el futuro? ¡Nosotros lo sabemos! Todos

tendremos videófonos y viviremos en el suelo oceánico. Una vez era mono, convincente e inspirado incluso, pero seis veces era vergonzante. Como todo el mundo, una vez que los Imagineros se consiguieron un buen martillo, todo empezó a parecerse a un clavo. Incluso ahora, los adhócratas de Epcot estaban repitiendo los pecados de sus antepasados, finalizando cada paseo con una escena de la utopía Bitchun.

Y Debra estaba repitiendo ese error clásico, despedazando el Reino Mágico a su paso con su blaster en forma de flash-bake.

— Tim — dije, sintiendo el temblor en mi voz — pensaba que habías dicho que no teníais propósitos para la Mansión, que tú y Debra no intentaríais arrebatárnosla. ¿No dijiste eso?

Tim se echó hacia atrás como si lo hubiera abofeteado y la sangre manase por su cara.

— ¡Pero no os la hemos arrebatado! — dijo — vosotros nos *invitasteis* para ayudaros.

Moví la cabeza, confuso.

— ¿Lo hicimos?

— Claro — respondió.

— Sí — dijo Dan —. Kim y alguno de los otros del grupo de rehabilitación fueron a ver a Debra ayer y le rogaron que hiciera una revisión de los diseños de la actual rehabilitación y sugiriese algunos cambios. Ella fue lo bastante amable para aceptar, y volvieron con algunas grandes ideas —. Leí entre líneas: los novatos a los que tú invitaste a entrar se habían pasado al otro lado, e íbamos a perderlo todo a causa de ellos. Me sentí como una mierda.

— Bien, admito mi error — dije cuidadosamente. La sonrisa de Tim volvió y aplaudió. *Realmente ama la Mansión, pensé. Podría haber estado a nuestro lado, si tan sólo hubiera jugado correctamente.*

Dan y yo tomamos el túnel de servicio, agarramos un par de bicicletas y aceleramos hacia el laboratorio de Suneep, haciendo sonar las campanillas ante los apresurados miembros de personal.

— Ellos no tienen la autoridad para invitar a Debra a entrar — jadeé mientras pedaleábamos.

—¿Quién lo dice? —preguntó Dan.

—Era parte del trato: ellos sabían que eran miembros de prueba desde el principio. Ni siquiera tenían permiso para entrar en las reuniones de planificación.

—Parece como si ellos mismos hubieran terminado su período de prueba.

Suneep nos lanzó una fría mirada cuando entramos en su laboratorio. Tenía círculos negros bajos los ojos y sus manos se agitaban de puro cansancio. Parecía mantenerse erguido con nada más que la pura ira.

—Hay demasiado que construir sin interferencias —dijo—. Acordamos que este proyecto no cambiaría a medio camino. Ahora lo ha hecho, y tengo otros compromisos que he tenido que cancelar por que éste va fuera de fecha.

Hice unos gestos de disculpa con las manos, tranquilizándole.

—Créeme Suneep, estoy tan molesto con esto como tú. A nosotros no nos gusta este pequeño lío.

Carraspeó desaprobadoramente.

—Teníamos un trato, Julius —dijo acalorado— yo haría la rehabilitación para ti, y tu mantendrías a los adhócratas lejos de mi culo. Yo he estado manteniendo mi parte del negocio, pero, ¿qué demonios has estado haciendo tú? Si ellos se replantean ahora la rehabilitación, *tengo* que ir con ellos. Simplemente no puedo dejar la Mansión medio hecha: me matarían.

La semilla de una idea se formó en mi mente.

—Suneep, no nos gusta el nuevo plan de rehabilitación, y vamos a detenerlo. Tú puedes ayudar. Simplemente, dales largas: diles que tienen que encontrar otro apoyo de Imaginería si quieren finalizarlo, que tienes un compromiso en firme de antemano.

Dan me lanzó una de sus largas, reflexivas miradas, entonces asintió con aprobación.

—Sí —dijo lentamente—. Eso ayudaría bastante. Solamente diles que son bienvenidos para efectuar cualquier cambio que quieran en el plan, *si* encuentran a alguien más para que lo ejecute.

Suneep parecía infeliz.

—Muy bien: de modo que ellos encontrarán a alguien más para hacerlo y esa persona conseguirá todo el crédito por el

trabajo que mi equipo ha hecho hasta ahora. Es como si hubiese tirado mi tiempo por el retrete.

— Eso no sucederá — dije rápidamente — si puedes simplemente seguir diciendo que no un par de días, nosotros haremos el resto.

Suneep parecía inseguro.

— Lo prometo — dije.

Suneep pasó sus dedos regordetes a través de su pelo ya revuelto.

— De acuerdo — acordó arisco.

— Buen chico — respondió Dan palmeándole en la espalda.

Eso debería haber funcionado. Casi lo hace.

Me senté en el fondo de la sala de conferencias de Adventureland mientras Dan exhortaba:

— ¡No tenéis que ir dando tumbos detrás de Debra y su gente! Este es *vuestro* jardín, y tenéis que asumir su responsabilidad durante años. Ella no actúa correctamente al apropiarse de lo vuestro: tenéis todo el Whuffie que necesitáis para defender este sitio, si todos trabajáis juntos.

A ningún miembro del personal le gusta la confrontación, y la piña de Liberty Square eran reacios a ser llevados a la acción. Dan había apagado el aire acondicionado y cerrado todas las ventanas una hora antes de la reunión, a fin de que la habitación fuese un horno para que la irritación se volviese en ira. Me mantuve dócilmente de pie en el fondo, lo más lejos posible de Dan. Estaba haciendo trabajar su magia en representación mía, y estaba contento de dejarle hacerlo.

Cuando llegó Lil, examinó la situación con una expresión agria: sentarse al frente, cerca de Dan, o al fondo, cerca de mí. Eligió el medio, y para concentrarme en Dan tuve que arrastrar los ojos lejos del sudor brillante en su largo y pálido cuello.

Dan acechó el pasillo como un predicador, con ojos resplandecientes.

— ¡Ellos os están *robando* vuestro futuro! ¡Ellos os están *robando* vuestro *pasado*! ¡Y pretenden hacerlo con vuestro apoyo!

Bajó el tono.

—No creo que eso sea cierto—. Agarró a uno de los miembros por la mano y lo miró a los ojos—. ¿Es eso verdad? —preguntó tan bajo que era apenas un susurro.

—No —respondió.

Soltó su mano y se dio la vuelta para encarar a otro miembro.

—¿Es eso verdad? —demandó, alzando ligeramente la voz.

—¡No! —dijo el aludido, con la voz extrañamente ruidosa después de los susurros.

Una risa nerviosa ondeó a través de la muchedumbre.

—¿Es eso verdad? —preguntó, dando zancadas hacia el estrado, gritando ahora.

—¡No! —bramó el gentío.

—¡NO! —gritó él a su vez— ¡no *tenéis* que seguirlos y aceptarlo! Podéis contraatacar, continuar con el plan y mandarlos de vuelta. Solo os lo están arrebatando por que se lo permitís. ¿Vais a permitirselo?

—¡NO!

Las guerras Bitchun eran extrañas. Mucho antes de que cualquiera intentara apoderarse de cualquier cosa, habían hecho los cálculos y se habían asegurado de que los adhócratas a los que iban a desplazar no tenían aspiraciones de defensa.

Para los defensores es una decisión simple: renunciar graciosamente y salvar alguna reputación del asunto; contraatacar seguramente consumiría incluso esa exigua recompensa.

Nadie se beneficia de un contraataque, menos que nada, la cosa por la que todo el mundo esté luchando. Por ejemplo:

Era mi segundo año en la universidad, cursando una doble especialidad sin meterme en líos con los profes y manteniendo la boca cerrada. Eran los primeros días Bitchun, y muchos de nosotros teníamos poco claros los conceptos.

Aunque no todos nosotros: había un grupo de perturbadores del campus, estudiantes licenciados en el Departamento de Sociología que estaban en la mismísima cresta de la ola de la revolución, que sabían lo que querían: controlar el Departamento, tras desahuciarlo de los tiránicos y poco imagi-

nativos profesores, sería así un excelente púlpito desde el que predicar el evangelio Bitchun a la generación de impresionables estudiantes que estaban demasiado atemorizados por sus volúmenes de trabajo como para darse cuenta de las toneladas de mierda con las que les estaban alimentando la Universidad.

Al menos, eso es lo que la vehemente y corpulenta mujer que aferraba el micro en mi curso Sociología 200, decía esa somnolienta mañana de mediados del semestre en la Sala de Convocatorias. Ciento noventa estudiantes llenaban la sala, una masa de puntuales legañosos bebedores de café, que se despertaron de golpe cuando la estridente arenga de la mujer estalló sobre sus cabezas.

Vi como ocurrió desde el principio. El profe estaba allí en el estrado, una pequeña mota con el micro adherido al traje, hablando con monótonamente acerca de sus diapositivas, y de pronto un borrón mientras media docena de licenciados se precipitaban en el estrado. Estaban vestidos a la moda pobre de la Universidad, anchos pantalones arrugados y andrajosas chaquetas deportivas; cinco de ellos formaron un muro humano enfrente del profesor mientras la sexta, la corpulenta con el pelo negro y un prominente lunar en su mejilla, le desabrochaba el micro y se lo sujetaba a su solapa.

— ¡Despertad! — gritó, y la realidad del momento estuvo muy clara para mí: esto no estaba en la lección.

— ¡Vamos, levantad la cabeza! Esto *no* es un ejercicio. El Departamento de Sociología de la Universidad de Toronto está bajo nueva dirección. Si reguláis vuestros portátiles en “recibir” os irradiaremos al momento los nuevos planes de estudios. Si habéis olvidado vuestros portátiles, podréis bajaros los planes más tarde. De cualquier manera voy a descargarlos para vosotros ahora mismo.

>>Aunque antes de empezar, tengo una declaración preparada para vosotros. Probablemente lo oigáis un par de veces más hoy, en vuestras otras clases. Vale la pena repetirlo. Aquí va:

>>Rechazamos el apático, tiránico gobierno de los profesores en este Departamento. Exigimos buenos púlpitos desde los cuales predicar el evangelio Bitchun. De manera

efectiva e inmediata, el Departamento de Sociología Adhocrática de la Universidad de Toronto está *en marcha*. Prometemos gran relevancia a los curriculum con un énfasis en reputación económica, dinámicas sociales post-pobreza, y la teoría social de la prolongación indefinida de la vida. No más Durkheim, chicos, ¡sólo cabeceo! Esto será *divertido*.

Enseñó la asignatura como una profesional; te dabas cuenta de que había estado ensayando su discurso durante un tiempo. De vez en cuando, el muro humano detrás de ella temblaba cuando el profesor intentaba atravesarlo y era contenido.

Exactamente a las 9.50 de la mañana, despidió a la clase, la cuál había escuchado atentamente cada una de sus palabras. En lugar de caminar pesadamente afuera y deambular hasta nuestra siguiente clase, los ciento noventa nos levantamos, y, como si fuésemos uno, empezamos a cuchichear con nuestros vecinos, un bramido de “¿Puedes creerlo?” que nos siguió hasta la puerta y hasta nuestro siguiente encuentro con el Departamento de Sociología Adhocrática.

Aquel día fue tranquilo. Tuve otra clase de sociología, Anormalidades Constructivas Sociales, y presenciamos el mismo ejercicio allí, la misma propaganda apasionada, el mismo espectáculo cómico de un profesor emérito golpeándose contra una muralla humana de adhócratas.

Los periodistas nos fotografiaron cuando abandonamos las clases, acosándonos con micros y acribillándonos a preguntas. Levanté ostensiblemente el pulgar y dije “¡Bitchun!” con la clásica elocuencia estudiantil.

Los profes devolvieron el golpe a la mañana siguiente. Tuve una advertencia del peligro que se avecinaba desde el noticiario mientras me cepillaba los dientes: el Decano del Departamento de Sociología le dijo a un periodista que las asignaturas de los adhócratas no serían acreditadas, que eran una banda de gamberros totalmente incompetentes para enseñar. Una entrevista de contrapunto a un portavoz de los adhócratas estableció que todos los nuevos enseñantes habían estado escribiendo planes de estudios y conferencias durante años para los profesores a los que habían reemplazado, y que también habían escrito muchos de sus artículos periodísticos.

Los profesores trajeron al cuerpo de seguridad de la Universidad para que les ayudasen a recuperar sus atriles, solo para ser repelidos por guardias de seguridad adhócratas con uniformes caseros. La seguridad universitaria captó el mensaje: cualquiera podía ser reemplazado, y se mantuvo al margen.

Los profesores hicieron piquetes. Organizaron clases afuera, concurridas por estudiantes lameculos, preocupados por que las clases de los adhócratas no fueran tenidas en cuenta para su graduación. Pardillos como yo alternamos entre clases externas e internas, sin aprender mucho de ninguna de ellas.

Nadie lo hizo. Los profesores se pasaron el curso prostituyéndose por Whuffie, orientando los seminarios como grupos de encuentro en lugar de sermones. Los adhócratas consumieron su tiempo difamando a los profesores y haciendo trizas sus trabajos de clase.

Al finalizar el semestre, todo el mundo consiguió los créditos, y el Consejo de la Universidad desmanteló el programa de Sociología a favor del curso a distancia propuesto desde Concordia, en Montreal. Cuarenta años más tarde, la lucha fue resuelta para siempre. Una vez que asumes el backup-y-restauración, el resto de la Bitchundad simplemente viene rodada, un sistema de valores establecido por encima de ti.

Aquellos que no asumieron el backup-y-recuperación podrían haber protestado, pero, ey, todos estaban muertos.

Los adhócratas de Liberty Square marchaban hombro con hombro a través de los túneles de servicio y, como una masa, recuperaron la Mansión Encantada. Dan, Lil y yo estábamos al frente, con cuidado de no encontrarnos uno con otro mientras caminábamos con rapidez a través de la puerta de bastidores y empezábamos una cadena humana, sacando los materiales que la gente de Debra había acumulado allí, a lo largo de una fila que serpenteaba hasta el portal delantero de la Sala de los Presidentes, donde eran descargados sin ceremonias.

Una vez que el material principal fue evacuado, nos dividimos y deambulamos entre la atracción, por los pasillos

de servicio, los dioramas, las habitaciones de descanso y los pasadizos secretos, reuniendo cada migaja de las majaderías de Debra y sacándolas por la puerta.

En la escena de la buhardilla, me topé con Kim y tres de sus estúpidos y pequeños amigos, con los ojos destellando en la tenue luz. El graznido de los niños transhumanos hizo que se me encogiera el estómago, pensé en Zed y en Lil, y en mi cerebro desnudo; tuve un repentino impulso de hacerlos trizas verbalmente.

No. Ese camino conducía a la locura y a la guerra. Esto era por lo que estábamos tomando de nuevo lo que era nuestro, sin castigar a los entrometidos.

– Kim, creo que deberíais marcharos – dije sosegadamente.

Resopló y me lanzó una mirada espantosa.

– ¿Quién murió y te hizo el jefe? – dijo. Sus amigos parecían muy valientes, con sus articulaciones dobles, sus caderas adelantadas y sus miradas resplandecientes.

– Kim, puedes irte ahora o puedes irte después. Cuanto más esperes, peor será para ti y para tu Whuffie. La has arruinado, y ya no eres parte de la Mansión. Vete a casa, vete con Debra. No te quedes aquí y no vuelvas. Jamás.

Jamás. Estás expulsada de esta cosa que amas, que te obsesiona, por la que has trabajado.

– Ahora – dije tranquilo, severo, apenas controlándome.

Caminaron hacia el cementerio, siseando ácidamente contra mí. Oh, tenían un montón de nuevo material que postear en los sitios contra mí, mensajes que les darían Whuffie de la gente que pensaba que yo era la escoria de la tierra. Un punto de vista popular aquellos días.

Salí de la Mansión y seguí a la cadena humana hasta el frente de la Sala. El Parque había abierto hacía una hora, y un rebaño de visitantes observaban el proceso con confusión. Los adhócratas de Liberty Square pasaban su cargamento con clara vergüenza, conscientes de que estaban violando cada principio en el que creían.

Mientras observaba, aparecieron huecos en la cadena cuando algunos miembros la abandonaron, con las caras rojas por la vergüenza. En la Sala de los Presidentes, Debra presidía

una ordenada recolocación de sus cosas; una alegre cuadrilla de sus miembros de personal trasladaban rápidamente todo aquello fuera de la vista. No tuve que recurrir a mi portátil para saber lo que le estaba ocurriendo a nuestro Whuffie.

Por la tarde, regresamos a la agenda prevista. Suneep supervisó la colocación de sus equipos de telepresencia, y Lil inspeccionó cada sistema con minucioso detalle, ordenando incesantemente a un grupo de adhócratas que iban a su zaga, chequeándolo todo doble y triplemente.

Suneep me sonrió cuando me vio, diseminando manualmente el polvo del salón.

— Mis felicitaciones, señor — dijo, y me estrechó la mano — ha sido magistral.

— Gracias Suneep. No estoy muy seguro de cómo de magistral ha sido, pero ya hemos hecho el trabajo, y eso es lo que cuenta.

— He visto a tus compañeros más felices que nunca desde que todo este asunto empezó. ¡Sé como se sienten!

¿Mis compañeros? Oh, sí, Dan y Lil. ¿Cómo estarían de felices?, me pregunté. ¿Lo bastante felices como para volver a estar juntos? Mi ánimo decayó, aun cuando una parte de mí me decía que Dan nunca volvería con ella, no después de todo lo que habíamos estado pasando juntos.

— Estoy feliz de que estés feliz. No podríamos haberlo hecho sin ti, y parece que ésto estará listo para abrir en una semana.

— Oh, eso es lo que creo. ¿Vas a venir a la fiesta esta noche?

¿Fiesta? Probablemente algunos de los adhócratas de Liberty Square estaban preparándola. Yo sería casi con seguridad persona non grata.

— No lo creo — dije con cautela — probablemente trabajaré aquí hasta tarde.

Me reprendió con severidad por trabajar demasiado, pero una vez que vio que no tenía intención de arrastrarme hasta la fiesta, desistió.

Y así es como llegué a estar en la Mansión a las dos de la madrugada, dormitando en una habitación de los camerinos cuando escuché un alboroto procedente del salón. Voces

festivas, felices y sonoras; di por sentado que eran los adhócratas de Liberty Square regresando de su fiesta.

Me animé a mí mismo y entré en el salón.

Kim y sus amigos estaban allí, empujando carretillas con el equipo de Debra. Me preparé para gritarles algo horrible, y en esas fue cuando entró Debra. Atemperé el grito en una dentellada al aire, abrí la boca para hablar, y me detuve.

Detrás de Debra estaban los padres de Lil, congelados todos estos años en sus vasos cánopes en Kissimmee.

NUEVE

Los padres de Lil se introdujeron en sus vasijas con una pequeña ceremonia. Los vi justo antes de que se introdujeran, cuando pararon por la casa de Lil, y mía, para despedirse, besarla y desearle lo mejor.

Tom y yo nos quedamos torpemente de pie a un lado mientras Lil y su madre se abrazaban, gorjeando dolorosamente y despidiéndose con cortesía.

— Así que cabecear — le dije a Tom.

Alzó una ceja.

— Sip. Realizamos el backup esta mañana.

Antes de venir a ver a su hija, habían realizado sus backups. Cuando despertasen, este suceso -cualquier cosa siguiente al backup- nunca habría ocurrido para ellos.

Dios, eran unos hijos de puta.

— ¿Cuándo vais a regresar? — pregunté, manteniendo impertérrita mi cara de miembro de personal, ocultando cuidadosamente el disgusto.

— Estaremos muestreando mensualmente, solo para descargarnos un extracto. Cuando las cosas parezcan lo suficientemente interesantes, regresaremos —. Agitó un dedo ante mí —. Tendré un ojo puesto en ti y en Lillian, trátala bien, ¿me oyes?

— Seguro que os vamos a echar de menos a los dos por aquí — dije.

Hizo un gesto de desdén.

— Ni os daréis cuenta de que nos hemos marchado. Ahora este es vuestro mundo: sólo nos estamos quitando de en medio por una temporada, dejándoos al cargo. No nos marcharíamos si no tuviéramos fe en vosotros dos.

Lil y su madre se besaron por última vez. Su madre estaba más cariñosa de lo que nunca la había visto, incluso hasta el punto de derramar algunas lágrimas. Aquí, en estos momentos de conciencia desvanecida, podía ser de cualquier manera que quisiese, sabiendo que esto no tendría importancia la próxima vez que despertase.

—Julius —dijo, cogiendo mis manos y apretándolas— tienes una época maravillosa por delante: entre Lil y el Parque, vas tener experiencias grandiosas, lo sé—. Estaba infinitamente serena y compasiva, y yo sabía que eso no tenía importancia.

Aún sonriendo, se introdujeron en sus botes y se alejaron en busca de las inyecciones letales que les convertirían en conciencias incorpóreas, que les harían perder sus últimos momentos con su amada hija.

No estaban felices por haber retornado de la muerte. Sus nuevos cuerpos eran imposiblemente jóvenes, pubescentes y hormonales, dolorosamente ataviados a la última moda. En compañía de Kim y sus colegas, constituían una sólida masa de adolescentes iracundos.

—¿Pero qué demonios crees que estás haciendo? —preguntó Rita, dándome un fuerte empujón en el pecho. Di un traspié dentro del cuidadosamente diseminado polvo, levantando una nube.

Rita fue tras de mí, pero Tom la agarró por la espalda.

—Julius, vete. Tus acciones son totalmente indefendibles. Mantén la boca cerrada y vete.

Alcé la mano, tratando de rechazar sus palabras; abrí la boca para hablar.

—No digas una palabra —dijo—. Márchate. Ahora.

— *No te quedes aquí y no vuelvas. Jamás* —dijo Kim, con una mirada diabólica en su rostro.

—No —dije—. Maldita sea, no. Vais a escuchar todo lo que tengo que decir, y entonces voy a traer a Lil y a su gente y ellos me van a respaldar. Esto no es negociable.

Nos miramos fijamente a través del oscuro salón. Debra hizo girar las manos y las luces surgieron con toda su crudeza. La experta y artesanal penumbra se deshizo y quedó solamente una habitación polvorienta con falsas chimeneas.

—Déjale hablar —dijo Debra. Rita se cruzó de brazos y me miró encolerizada.

—Hice algunas cosas realmente terribles —dije, levantando la cabeza y mirándolos fijamente— no puedo excusarlas, y no os pediré que me perdonéis. Pero eso no cambia el hecho de

que hemos puesto nuestros corazones y nuestras almas en este lugar, y no es correcto que nos lo arrebatan. ¿No podemos disponer de un rincón constante en el mundo, un pedazo congelado en el tiempo para la gente que ama ese camino? ¿Por qué tiene que significar vuestro éxito nuestro fracaso?

>>¿Acaso no veis que estamos continuando vuestro trabajo? ¿Que estamos sirviendo a la herencia que nos dejasteis?

— ¿Estás borracho? — preguntó Rita. Negué con la cabeza — . Este lugar no es una reserva histórica, Julius, es una atracción. Si no eres capaz de comprender eso, estás en el sitio equivocado. No es mi jodida culpa que hayas decidido representarme con tu estupidez, y eso no hace que sea menos estúpido. Todo lo que estás haciendo es confirmar mis peores temores.

La máscara de imparcialidad de Debra siseó:

— Tú, estúpido, gilipollas embaucador — dijo suavemente — te has tambaleado de acá para allá, molestando y lamentándote sobre tu insignificante asesinato, sobre tus insignificantes problemas de salud -sí, los he oído- con tu pequeña fijación de mantener las cosas tal y como están. Necesitas alguna perspectiva, Julius. Necesitas salir de aquí: Disney World no es bueno para ti, y seguro como el infierno que tú no eres bueno para Disney World.

Me hubiera herido menos si yo no hubiese llegado a la misma conclusión en algún momento a lo largo del camino.

Encontré a los adhócratas en el camping de Fort Wilderness, sentados alrededor de fuego, cantando, riendo, besándose. La fiesta de la victoria. Caminé pesadamente dentro del círculo, buscando a Lil.

Estaba sentada en un tronco, mirando fijamente al fuego, con la vista puesta en el infinito. Dios, estaba preciosa cuando se preocupaba. Me detuve frente a ella durante un minuto y siguió mirando a través de mí hasta que la golpeé ligeramente en el hombro. Lanzó un involuntario chillido y sonrió para sí misma.

— Lil — dije, y me detuve. *Tus padres están en casa, y se han unido al otro bando.*

Por primera vez en un eón me miró con suavidad, incluso sonriendo. Palmeó el tronco a su lado. Me senté, sintiendo el calor del fuego en mi cara, el calor de su cuerpo a mi lado. Dios, ¿cómo pude echar esto por la borda?

Sin previo aviso me rodeó con los brazos y me abrazó con fuerza. Estreché su espalda, oliendo su pelo, olía a madera quemada, champú y sudor.

—Lo hicimos —susurró con fiereza. La abracé más fuerte. *No, no lo hicimos.*

—Lil —dije de nuevo, separándome.

—¿Qué? —dijo, con los ojos brillantes. Estaba borracha, ahora lo veía.

—Tus padres han vuelto. Han regresado a la Mansión—. Parecía confusa, encogida, y la apremié—. Están con Debra—. Se echó hacia atrás como si la hubiera abofeteado—. Les dije que traería a todo el grupo para hablar sobre ello.

Dejó caer la cabeza y agitó los hombros; con indecisión puse un brazo a su alrededor. Se lo sacudió y se puso derecha. Estaba llorando y riendo al mismo tiempo.

—Tengo un ferry en camino —dijo.

* * *

Me senté en el fondo del ferry con Dan, lejos de los confusos y coléricos adhócratas. Respondí a sus preguntas con brucas monosílabos, y se dio por vencido. Nos movíamos en silencio, los árboles de la ribera del Lago de los Siete Mares se cimbreaban de un lado a otro como anticipo de la cercana tormenta.

Los adhócratas atajaron por el parking este y se movieron aprehensivamente a través de las calmadas calles de Frontierland, un cortejo fúnebre que paralizó a los guardianes nocturnos en sus rutas.

Mientras caminábamos por Liberty Square, vi que el alumbrado estaba encendido y un enorme grupo de trabajo de los adhócratas de Debra estaban trasladándose desde la Sala a la Mansión, deshaciendo nuestra deconstrucción de su trabajo.

Trabajando al lado de ellos estaban Tom y Rita, los padres de Lil, con las mangas enrolladas, los antebrazos abultados

con nuevos y tonificados músculos. El grupo detuvo su camino y Lil se dirigió hacia ellos, tropezando en la acera de madera.

Esperaba abrazos, pero no hubo ninguno. En su lugar, padres e hija hablaron los unos con la otra, alternando miradas y poses para rastrearse mutuamente, manteniendo una constante, calibrada, distancia.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Lil finalmente. No se dirigió a su madre, para mi sorpresa. Sin embargo, no sorprendió a Tom.

Se adelantó, el arrastrar de sus pasos resonando en la noche serena.

—Estamos trabajando —dijo.

—No, no lo estáis haciendo —dijo Lil— estáis destruyendo. Parad.

La madre de Lil se puso velozmente al lado de su marido, sin decir nada, solo quedándose allí de pie.

Sin palabras, Tom sopesó la caja que estaba sujetado y se dirigió a la Mansión. Lil agarró su brazo y lo zarandeó hasta que dejó caer su carga.

—No estáis escuchándome. La Mansión es *nuestra*. *Deteneos*.

La madre de Lil delicadamente soltó la mano de Lil del brazo de Tom, manteniéndola en las suyas propias.

—Estoy feliz de que estés apasionada sobre esto, Lillian —dijo— estoy orgullosa de tu compromiso.

Incluso a una distancia de diez metros, escuché a Lil ahogar un sollozo, la vi derrumbarse. Su madre la tomó entre sus brazos, acunándola. Me sentí como un voyeur, pero no podía dejar de mirar.

—Shhh —dijo su madre, un silbido que hizo juego con el susurro de las hojas del Árbol de la Libertad—. Shhh, no tenemos que estar del mismo lado, ya lo sabes.

Siguieron abrazadas y siguieron silenciosas. Lil se enderezó, entonces se agachó y recogió la caja de su padre, llevándola hasta la Mansión. Uno por uno, el resto de sus adhócratas siguieron adelante y se unieron a ellos.

Así es como tocas fondo. Te despiertas en la habitación de hotel de tu amigo, encientes tu portátil y no te deja acceder.

Llamas al ascensor y te devuelve un furioso zumbido como respuesta. Tomas las escaleras hasta el vestíbulo y nadie te mira mientras te empujan al pasar.

Te conviertes en una no-persona.

Asustado. Temblaba mientras subía las escaleras hasta la habitación de Dan, cuando toque a su puerta, más ruidosamente de lo que pretendía, temblaba aterrorizado.

Dan abrió la puerta; sus ojos fueron a la pantalla HUD y regresaron a mí.

— Jesús — dijo.

Me senté en el borde de mi cama, con la cabeza entre mis manos.

— ¿Qué? — pregunté, ¿qué ocurre? ¿qué me está pasando?

— Estás fuera de la adhocracia — respondió—. Estás sin Whuffie. Has tocado fondo.

Así es como tocas fondo en Walt Disney World, en un hotel con el siseo del monorraíl y el sol filtrándose a través de la ventana, con el ulular de las máquinas de vapor en el ferrocarril y el distante aullido grabado de lobos en la Mansión Encantada. El mundo se deshace a tu alrededor, retrocedes hasta que no eres nada salvo una mancha, una mota en la oscuridad.

Estaba hiperventilado, mareado. Intencionadamente reduje la velocidad de mi respiración, poniendo la cabeza entre las rodillas hasta que pasaron los vértigos.

— Llévame hasta Lil — pedí.

Conduciendo juntos, fumando un cigarrillo tras otro, recordé la noche en la que Dan llegó a Disney World, cuando lo llevé hasta mi casa -*la casa de Lil*-, y cómo de feliz era entonces, cómo de seguro.

Miré a Dan y me dio una palmada en la mano.

— Tiempos extraños — dijo.

Eso fue suficiente. Encontramos a Lil en una habitación de reposo subterránea, dormitando ligeramente en un andrajoso sofá. Su cabeza descansaba sobre el regazo de Tom, y sus pies sobre el de Rita. Los tres roncaban suavemente; habían pasado una larga noche.

Dan sacudió a Lil hasta despertarla. Se estiró y abrió los ojos, mirándome somnolienta. La sangre huyó de su cara.

— Hola, Julius — dijo con frialdad.

Ahora Tom y Rita también estaban despiertos. Lil se puso derecha.

— ¿Qué tenéis que decirme? — pregunté con calma — ¿O vais simplemente a darme una patada y dejar que me entere por mí mismo?

— Eras mi siguiente parada — dijo Lil.

— Entonces te he ahorrado algo de tiempo — tiré de una silla — cuéntamelo todo.

— No hay nada que contar — restalló Rita — . Estás fuera. Tenías que saber que iba a ocurrir: por el amor de Dios, ¡estabas haciendo trizas Liberty Square!

— ¿Cómo lo sabías? — pregunté. Luchaba por mantenerme calmado — . ¡Habéis estado muertos durante diez años!

— Nos procurábamos actualizaciones — dijo Rita — . Por eso es por lo que hemos vuelto: no podíamos estarnos quietos de la manera en que iba esto. Se lo debemos a Debra.

— Y a Lillian — dijo Tom.

— Y a Lillian — repitió Rita, distraídamente.

Dan atrajo una silla a su lado.

— No estáis siendo justos con él — dijo. Al menos, alguien estaba a mi lado.

— Hemos sido más que justos — replicó Lil — . Tú lo sabes mejor que nadie Dan. Hemos perdonado y perdonado y perdonado, hemos hecho todas las concesiones. Está enfermo, y no quiere aceptar el remedio. No hay nada más que podamos hacer por él.

— Podrías ser su amiga — dijo Dan. El aturdimiento volvió, y me hundí en mi silla, intentando controlar la respiración; el pánico aporreaba mi corazón — . Podrías intentar comprenderle, intentar ayudarle. Podrías serle leal, de la manera que él lo es contigo. No tienes por qué darle una patada en el culo.

Lil tuvo la deferencia de parecer ligeramente avergonzada.

— Le conseguiré una habitación — dijo — durante un mes. En Kissimmee, en un motel. Mejoraré su acceso a la red. ¿Es eso justo?

— Es más que justo — replicó Rita. ¿Por qué me odiaba de esa manera? Había estado allí para su hija mientras ella estaba fuera... oh. Quizá eso lo explicase — . No creo que sea necesario.

Si usted quiere encargarse de él, señor, usted puede. Eso no es asunto de mi familia.

Los ojos de Lil centellearon.

—Déjame manejar esto —dijo— ¿de acuerdo?

Rita se puso de pie bruscamente.

—Haz lo que quieras —dijo, y salió bruscamente de la habitación.

—¿Por qué has venido aquí para pedir ayuda? —preguntó Tom, siempre la voz de la razón—. Pareces lo bastante capaz.

—Voy a tomar una inyección letal al final de la semana —dijo Dan— tres días. Es algo personal, ya que lo preguntas.

Tom negó con la cabeza. *Algunos de tus amigos cuentan contigo*, podía verlo pensando eso.

—¿Tan pronto? —preguntó Lil con voz trémula.

Dan asintió.

Como en un sueño, me levanté y deambulé hasta el túnel de servicio, saliendo a través del parking oeste hacia afuera.

Vagué a lo largo del adoquinado y solitario Paseo Alrededor del Mundo; cada adoquín esculpido con el nombre de una familia que visitó el Parque un siglo antes. Los nombres pasaban fugazmente delante de mí como epitafios.

El sol llegó a lo más alto mientras rondaba el arco de la playa desierta entre el Grand Floridian y el Polynesian. Lil y yo a menudo íbamos allí, para contemplar las puestas de sol desde una hamaca, abrazados, con el Parque extendiéndose ante nosotros como una iluminada aldea de juguete.

Ahora la playa estaba desierta, el Pabellón de Bodas silencioso. Me sentí frío de súbito, a pesar de que sudaba en abundancia. Demasiado frío.

Como en un sueño me encaminé dentro del lago; el agua entrando en mis zapatos, anegando mis pantalones, caliente como la sangre; el calor en mi pecho, en mi barbilla, en mi boca, en mis ojos.

Abrí la boca e inhalé profundamente; el agua llenó mis pulmones, sofocante y cálida. Al principio escupí, pero controlé la situación e inhalé de nuevo. El agua brilló tenuemente ante mis ojos, y entonces todo se volvió oscuro.

Desperté en la camilla del Doctor Pete en el Reino Mágico, con correas alrededor de muñecas y tobillos, y un tubo en mi nariz. Cerré los ojos, creyendo por un momento que había sido restaurado desde el backup, con los problemas solucionados y los recuerdos detrás de mí.

La congoja me invadió cuando me percaté de que Dan probablemente estaba muerto a estas alturas, y mis recuerdos de él estaban perdidos para siempre.

Gradualmente comprendí que mis pensamientos eran disparatados. El hecho de que recordase a Dan significaba que no había sido recuperado desde mi backup, que mi cerebro roto aún seguía allí, revuelto junto a una soledad desnuda.

Tosí de nuevo. Me dolían las costillas, y los latidos del corazón reverberaban en mi cabeza. Dan me cogió de la mano.

—Eres como un grano en el culo, ¿lo sabías? —dijo, sonriendo.

—Lo siento —dije con un ahogo.

—Ya puedes estar seguro, tienes suerte de que te encontrasen; otro minuto o dos, y ahora mismo te estaríamos enterrando.

No, pensé confuso. *Me habrían restaurado desde el backup.* Entonces recordé: había confesado en público que rechazaba ser restaurado desde el backup después de haberlo recomendado un profesional médico. Nadie me habría restituido después de eso. Habría sido creído y, finalmente, muerto. Empecé a temblar.

—Tranquilo —dijo Dan— tranquilo. Ya pasó todo. El doctor dice que tienes una o dos costillas rotas por la reanimación cardiopulmonar, pero que no hay daño cerebral.

—No hay daño cerebral *adicional* —dijo el doctor Pete, entrando en mi campo visual. Tenía su calma profesional reflejada en la cara, y me dio confianza a pesar de mí mismo.

Ahuyentó a Dan y tomó su asiento. Una vez que Dan hubo dejado la habitación, alumbró mis ojos y atisbó en mis orejas; entonces se cruzó de brazos y me miró, reflexionando.

—Bien, Julius —dijo— ¿cuál es exactamente el problema? Podemos darte una inyección letal si es eso lo que quieres, pero lanzarte a alta mar en el Lago de los Siete Mares, simple-

mente no es un buen espectáculo. Entretanto, ¿te gustaría hablar sobre ello?

Una parte de mí quería escupirle en el ojo. Intenté hablar sobre ello y él me dijo que me fuera al infierno, ¿y ahora cambiaba de opinión? Pero yo quería hablar.

—No quiero morir —dije.

—¿Ah, no? —preguntó escéptico— creo que las evidencias sugieren lo contrario.

—No estaba intentado morir —protesté— estaba intentando... —¿Qué? Estaba intentando... renunciar. Tomar el refresco sin elegirlo, sin esconderme detrás del último año de vida de mi mejor amigo. Rescatarme a mi mismo del hediondo pozo en el que me había hundido sin arrastrar a Dan junto con él. Eso es todo, eso es todo.

—No estaba pensado, simplemente actuaba. Ha sido un episodio de locura, o algo. ¿Significa eso que estoy loco?

—Oh, probablemente —dijo el Doctor Pete despreocupadamente— pero centrémonos solamente en una cosa al mismo tiempo. Puedes morir si es lo que quieres, estás en tu derecho. Yo preferiría verte vivo, si quieres mi opinión, y dudo que sea el único; el Whuffie puede ser una maldición. Si tienes la intención de vivir, me gustaría grabarte diciéndolo, sólo como precaución. Tenemos tu backup archivado, odiaría tener que borrarlo.

—Sí —dije— sí, me gustaría ser restaurado si no haya otra opción—. Era cierto. No quería morir.

—Todo correcto entonces —dijo el doctor Pete— está archivado y soy un hombre feliz. Y ahora, ¿estás loco? Probablemente. Un poco. Nada que unos pequeños consejos y algo de reposo y recuperación no puedan arreglar, si quieres mi opinión. Puedo echarte una mano en eso si quieres.

—Aún no —dije— aprecio su oferta, pero aún hay algo más que tengo que hacer antes.

Dan me llevó de vuelta a la habitación y me dejó en la cama con una transdérmica de somníferos que me dejó fuera de combate para el resto del día. Cuando desperté, la luna estaba sobre el Lago de los Siete Mares, y el monorraíl estaba silencioso.

Estuve de pie en el patio durante un rato, pensando acerca de todas las cosas que este lugar había significado para mí durante más de un siglo: felicidad, seguridad, competencia, fantasía. Todo perdido. Era tiempo de partir. Quizá volver al espacio, encontrar a Zed y ver si podía hacerla feliz de nuevo. A cualquier lugar salvo aquí. Una vez que Dan estuviese muerto -Dios, finalmente lo iba comprendiendo- podría dar un paseo hasta el Cabo para un lanzamiento.

— ¿En qué piensas? — preguntó Dan desde detrás, asustándome. Estaba en calzoncillos, delgado, fibroso y con el pelo largo y revuelto.

— Pensado acerca de seguir adelante.

— He estado pensando en hacer lo mismo — dijo riéndose entre dientes.

Sonreí.

— No de ese modo — repliqué — simplemente marcharme a algún otro lado, empezar de nuevo. Quitarme de en medio de todo esto.

— ¿Tienes intención de tomar el clon de refresco? — preguntó.

Miré a lo lejos.

— No — dije — no creo que lo haga.

— Quizá no sea asunto mío, pero, ¿por qué no? Jesús, Julius, ¿de qué tienes miedo?

— No querrías saberlo — dije.

— Yo seré el que juzgue eso.

— Primero bebamos.

Dan puso los ojos en blanco durante un segundo.

— De acuerdo, dos Coronas de camino — dijo entonces.

Después de que el bot de servicio de habitaciones se hubiese marchado, abrimos las cervezas y sacamos unas sillas hasta el porche.

— ¿Estás seguro de que quieres saberlo? — pregunté.

Me apuntó con la botella.

— Completamente seguro — dijo.

— No quiero tomar el refresco por que eso significaría perder el último año.

Asintió.

— Con lo cual quieres decir “mi último año” — dijo —
¿correcto?

Asentí y bebí.

— Pensaba que sería algo así. Julius, tú eres muchas cosas, pero cuesta comprender lo que no eres. Tengo algo que decirte, que quizá podría ayudar a tomar una decisión; es decir, si quieres escucharlo.

¿Qué podría tener que decirme?

— Claro — dije — por supuesto. En mi mente, estaba en un transbordador hacia la órbita, lejos de todo esto.

— Yo hice que te asesinaran — dijo —. Debra me lo pidió, y yo lo organicé. Estabas en lo cierto todo el tiempo.

El transbordador explotó en silencio, moviéndose lentamente en el espacio, y yo fui lanzado, dando vueltas, desde él. Abrí y cerré la boca.

Fue el turno de Dan de mirar a lo lejos.

— Debra lo propuso. Estábamos hablando acerca de la gente que había conocido cuando estaba realizando mi labor misionera, de los descarriados a los que había tenido que expulsar después de que se reincorporasen a la Sociedad Bitchun. Uno de ellos, una chica de Cheyenne Mountain que me había seguido hasta aquí, continuaba dejándome mensajes. Se lo dije a Debra, y entonces fue cuando tuvo la idea.

>>Tenía que conseguir que la chica te disparase y desapareciese. Debra me daría Whuffie: montañas de él, y su equipo haría lo mismo. Estaría meses más cerca de mi objetivo. Eso era todo en lo que podía pensar por entonces, ¿recuerdas?

— Lo recuerdo —. El olor del rejuvenecimiento y la desesperación en nuestra pequeña cabaña, y Dan tramando mi muerte.

— Lo planeamos, entonces Debra se hizo refrescar a sí misma desde un backup: sin memoria de lo ocurrido, sólo el Whuffie para mí.

— Sí —. Eso podría funcionar. Planear un asesinato, suicidarte, y hacerte recuperar desde un backup realizado antes del plan. ¿Cuántas veces habría hecho Debra cosas terribles y borrado su memoria de esa manera?

—Sí —acordó— nosotros lo hicimos, estoy avergonzado de reconocerlo. También puedo probarlo: tengo mi backup, y además puedo conseguir a Jeanine para contarlo—. Apuré la cerveza—. Este es mi plan: mañana se lo diré a Lil y a sus amigos, a Kim y a su gente, a toda la adhocracia. Un regalo de despedida de un amigo apestoso.

Mi garganta estaba seca y tensa. Bebí más cerveza.

—Lo supiste todo el tiempo —dije— podías haberlo demostrado en cualquier momento.

—Así es —asintió.

—Me dejaste... —busqué a tientas las palabras— me dejaste convertirme en... —no pude encontrarlas.

—Lo hice —dijo.

Todo este tiempo, Lil y él, de pie en *mi* porche, diciéndome que necesitaba ayuda. El doctor Pete diciéndome que necesitaba recuperarme desde el backup, y yo diciendo no, no, no quiero perder mi último año con Dan.

—Hice algunas cosas asquerosas en mis tiempos —dijo— pero ésta es indiscutiblemente la peor. Tú me ayudaste y yo te traicioné. Estoy realmente contento de no creer en Dios: eso haría lo que voy a hacer aún más terrible.

Dan iba a suicidarse dentro de dos días. Mi amigo y mi asesino.

—Dan —grazné. No podía encontrarle ningún sentido en mi mente. Dan, encargándose de mí, ayudándome, siempre a mi lado, acarreado esta horrible vergüenza con él todo el tiempo, esperando marchar con la conciencia limpia—. Estás perdonado —dije, y era cierto.

Se puso en pie.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté.

—Encontrar a Jeanine, la chica que apretó el gatillo. Nos vemos en la Sala de Presidentes a las nueve de la mañana.

Cuando atravesé la Puerta Principal, ya no era un miembro del personal; apenas un visitante con el Whuffie suficiente como usar las fuentes de agua y hacer cola. Si tuviese suerte, un miembro del reparto podría alcanzarme una banana de chocolate. Probablemente no la tendría.

Me mantuve de pie en la fila para la Sala de los Presidentes. Otros visitantes chequeaban mi Whuffie y desviaban la mirada. Incluso los niños. Un año antes, ellos me asaltaban con preguntas acerca de mi trabajo aquí, en el Reino Mágico.

Me coloqué en mi asiento en la Sala de los Presidentes, observando la corta película con el resto, sentado pacientemente mientras ellos se balanceaban en sus asientos bajo la explosión del flash-bake. Un miembro del personal recogió el micrófono del escenario y agradeció a todo el mundo su visita; las puertas se abrieron tambaleándose, y la Sala quedó vacía, salvo por mí. La chica me miró con interés, entonces me reconoció, me dio la espalda y se dirigió a mostrar el camino al siguiente grupo.

No acudió ningún grupo. En lugar de eso, entraron Dan y la chica que había visto en la repetición.

— Hemos cerrado esto toda la mañana — dijo.

Estuve mirando fijamente a la chica, viendo su sonrisa burlona mientras apretaba el gatillo hacia mí, y viéndola ahora con una expresión asustada y contrita. Estaba aterrorizada por mi presencia.

— Tú debes ser Jeanine — dije. Me puse de pie y le estreché la mano — soy Julius.

Tenía la mano fría, al retirarla se la secó en sus pantalones. Mi instinto de miembro del Parque tomó el control.

— Por favor, toma asiento. No te preocupes, todo está bien. En serio. Sin resentimientos —. Me acerqué para ofrecerle un vaso de agua.

Haz que se sienta cómoda, decía una voz irritante en mi cabeza. Será una mejor testigo. O haz que se ponga nerviosa, patética: eso también funcionará, hará que Debra parezca incluso peor.

Le dije a la voz que se callase y le llevé una taza de agua.

En el tiempo en que tardé en regresar, toda la pandilla ya estaba allí. Debra, Lil, sus amigos, Tim. La gente de Debra y la de Lil, ahora un equipo unido. Pronto serían desperdigados.

Dan subió al escenario, usando el micrófono para difundir su voz.

— Hace once meses hice una cosa horrible. Tramé con Debra el asesinato de Julius. Utilicé a una amiga que estaba un tanto confusa en esos momentos, la usé para apretar el gatillo. Fue idea de Debra contar con que el asesinato de Julius

podría causar la suficiente confusión para que ella pudiese tomar el control de la Sala de los Presidentes. Y así fue.

La conversación surgió como un bramido. Miré hacia Debra, seguía sentada serenamente, como si Dan sólo la hubiera acusado de escamotear una porción extra de postre. Los padres de Lil, a ambos lados de ella, estaban menos tranquilos. La mandíbula de Tom estaba apretada y parecía enfurecido, Rita hablaba airadamente hacia Debra. Hickory Jackson, en la vieja Sala, solía decir: *colgaré al primer hombre que pueda atrapar desde el primer árbol que pueda encontrar.*

— Debra se hizo refrescar desde un backup después de que lo planeásemos — Dan continuaba como si nadie estuviese hablando —. Consideré la posibilidad de hacer lo mismo, pero no lo hice. Tengo un backup en mi directorio público, cualquiera puede examinarlo. Y ahora, me gustaría presentar a Jeanine, ella tiene algunas palabras que le gustaría decir.

Ayudé a Jeanine a subir al escenario. Aún estaba temblando, y los adhócratas se encontraban en una insensata cháchara llena de recriminaciones. A pesar de mí mismo, lo estaba disfrutando.

— Hola — dijo Jeanine suavemente. Tenía una voz encantadora, una cara preciosa. Me pregunté si podríamos ser amigos cuando todo hubiese terminado. De una manera o de otra, probablemente no le diera mucha importancia al Whuffie.

La discusión continuaba. Dan cogió el micrófono y dijo:

— ¡Por favor! ¿Podemos tener algo de respeto para nuestra invitada? ¿Por favor, chicos?

Gradualmente, la algarabía disminuyó. Dan le devolvió el micrófono a Jeanine.

— Hola — dijo ella de nuevo, y se sobresaltó por el sonido de su voz en los altavoces de la Sala —. Me llamo Jeanine. Soy quien asesinó a Julius hace un año. Dan me lo pidió, y yo lo hice. No puedo decir por qué. Yo confiaba —confío— en él. Me dijo que Julius habría hecho un backup unos minutos antes de que yo le disparase, y que él podría sacarme del Parque sin ser capturada. Lo siento mucho —. Había algo falto de equilibrio en ella, algo extraño en su postura y sus palabras que daba a entender que ella no estaba del todo bien. Crecer en una montaña podía hacerte eso. Miré furtivamente a Lil,

cuyos labios estaban apretados. Crecer en un parque temático podía hacértelo, también.

—Gracias, Jeanine — dijo Dan, recogiendo el micro—. Ya puedes sentarte. He dicho todo lo que tenía que decir: Julius y yo hemos tenido nuestras propias palabras en privado. Si hay alguien más que quiera hablar...

Las palabras apenas habían salido de sus labios antes de que el gentío entrase de nuevo en erupción con palabras y alzamiento de manos. Detrás de mí, Jeanine se sobresaltó asustada. La cogí de la mano y le grité al oído:

—¿Has estado alguna vez en los Piratas del Caribe?
Meneó la cabeza.

Me puse de pie y tiré de ella hasta levantarla.

—Te encantará — dije, y la conduje fuera de la Sala.

DIEZ

Nos reservé asientos en primera fila en el Luau Polinesio, disfrutando a lo grande de una ronda fresca de Whuffie de simpatía; Dan y yo bebimos una docena de lapu-lapus en piñas ahuecadas antes de abandonar la idea de emborracharnos.

Jeanine observaba las danzas del fuego y las antorchas brillantes con ojos como platos, seleccionaba delicadamente las costillas con una mano sin desviar la atención del espectáculo. Cuando bailaron el rápido hula hula, sus ojos de movieron de arriba abajo. Me reí entre dientes.

Desde donde estaba sentado, podía ver el lugar en el que vadeé dentro del Lago de los Siete Mares y tragué la cálida agua; podía ver el Castillo de Cenicienta al otro lado del lago, podía ver el monorraíl, los ferrys y los autobuses realizando su atareado camino a través del Parque, transbordando masas de pululantes visitantes de un lugar a otro. Dan me otorgó un brindis con su piña y se lo devolví, bebiendo la mía hasta el fondo y eructando de satisfacción.

Barriga llena, buenos amigos y una puesta de sol detrás de una troupe de morenos y medio desnudos bailarines de hula hula. ¿De cualquier modo, quién necesitaba a la Sociedad Bitchun?

Cuando terminó, contemplamos los fuegos artificiales desde la playa con mis pies enterrados en la limpia y blanca arena. Dan posó lentamente su mano en mi mano izquierda y Jeanine me cogió de la derecha. Cuando el cielo oscureció y las barcazas iluminadas vagaron perdiéndose en la noche, los tres nos sentamos en las hamacas.

Miré largamente al Lago de los Siete Mares y me di cuenta de que ésta era, a pesar de todo, mi última noche en Walt Disney World. Era tiempo de reiniciar una vez más, comenzar de nuevo. El Parque era de algún modo, solamente para visitarlo, y esta vez me había quedado pegado. Dan me había despegado.

La conversación derivó hacia la inminente muerte de Dan.

— Entonces, dime que pensarías de esto — dijo, lanzando lejos un cigarrillo incandescente.

— Dispara — dije.

— Estoy pensando... ¿Por qué tomar una inyección letal? Quiero decir, podría haber terminado aquí por ahora, pero ¿por qué debería tomar una decisión irreversible?

— ¿Por qué querías hacerlo antes? — pregunté.

— Oh, supongo que era una cabezonería de macho. La finalidad y todo eso. Pero demonios, no tengo que demostrar nada, ¿verdad?

— Claro — le concedí con magnanimidad.

— Así que — dijo pensativamente — la cuestión que estoy planteando es, ¿durante cuánto tiempo puedo cabecear? Hay amigos que lo han hecho por mil, diez mil años, ¿no?

— Y tú estás pensando en qué, ¿un millón? — bromeé.

Se rió.

— ¿Un *millón*? Estás apuntando demasiado bajo, hijo. Intenta esta magnitud: la muerte entrópica del universo.

— La muerte entrópica del universo — repetí.

— Claro — arrastraba las palabras e intuí su sonrisa burlona en la oscuridad —. Diez mil millones de años más o menos. El punto y final de la Era Estrellífera, cuando todos los agujeros negros se han desecado y las cosas se ponen, ya sabes, estupidamente aburridas. Y frías, también. De modo que estoy pensando, ¿por qué no programar la alarma para despertar en algún momento por entonces?

— Parece desagradable para mí — dije — brrrr.

— ¡En absoluto! Me imagino, vasos canopes nanobóticos autorreparables, suficiente masa para su suministro -digamos, un asteroide de un billón de toneladas- y un montón de soledad cuando llegue el momento. Sacaré la cabeza cada siglo más o menos, sólo para ver qué es lo que hay, pero si no surge nada realmente maravilloso, tomaré el camino largo. La última frontera.

— Eso es genial — dijo Jeanine.

— Gracias — dijo Dan.

— No estás bromeando, ¿verdad? — pregunté.

— No, indudablemente no lo estoy.

No me invitaron a retornar a la adhocracia, incluso después de que Debra se quedase en la pobreza de Whuffie más

absoluta, y empezaran a volver a colocar la Mansión de la manera en la que estaba. Tim me llamó para decirme que con el adecuado apoyo de los Imagineros, pensaban que podrían tenerla funcionando en una semana. Suneep estaba a punto de matar a alguien, lo juro. *Una casa dividida en sus opiniones no puede mantenerse*, como solía decir el Señor Lincoln en la Sala de los Presidentes.

Empaqué tres mudas y un cepillo de dientes en mi mochila y me despedí de mi suite en el Polynesian a las diez de la mañana; me encontré con Jeanine y Dan en el parking de servicio de enfrente. Dan tenía un bote que había adquirido con mi Whuffie, me metí en él con Jeanine en el centro. Nos entretuvimos con viejas melodías de los Beatles en el estéreo todo el camino hasta Cabo Cañaveral. Nuestra lanzadera salía al mediodía.

El transbordador arribó cuatro horas más tarde, pero en el tiempo que pasamos descontaminándonos y orientándonos, se hizo la hora de cenar. Dan, casi tan pobre de Whuffie como Debra después de su confesión, a pesar de todo nos invitó a comer en la gran burbuja, retorcidos tubos con fuertes bebidas y pasta *steaky*; observamos como el universo se volvía más frío durante unos instantes.

Había un par de chicos improvisando, atados a una guitarra y a un conjunto de viento, no eran demasiado malos.

Jeanine estaba incómoda, colgando allí desnuda. Ella había ido al espacio con sus amigos después de que Dan hubiese abandonado la montaña, pero fue en una nave generacional de largo recorrido. La abandonó después de un año o dos, y cabeceó de vuelta a la Tierra en una vaina de soporte. Se acostumbraría a la vida en el espacio después de un tiempo. O no lo haría.

— Bien — dijo Dan.

— Sip — dije, imitando su toco lacónico. Sonrió.

— Es la hora.

Esferas de lágrimas salinas se formaron en los ojos de Jeanine, las aparté, lanzándolas a la deriva en la burbuja. Había desarrollado algún tipo de verdadero sentimiento afectivo fraternal por ella desde que contemplé sus ojos completamente abiertos en el paseo que hicimos a través del Reino Mágico.

Sin romance, ¡no para mi, gracias! Pero sí camaradería y sentido de la responsabilidad.

—Nos vemos dentro de diez mil millones —dijo Dan, y se dirigió a la esclusa de aire. Empecé a seguir sus pasos, pero Jeanine me cogió de la mano.

—Odia las largas despedidas —dijo.

—Lo sé —contesté, y contemplé como partía.

El universo envejece. De modo que yo también. De modo que lo hace mi backup, esperando en una bodega de distribución al otro lado de la esfera, listo para el día en que el espacio, la edad, o la estupidez me maten. Se hace más y más desfasado con los años, y escribo mi vida a mano, una carta para el yo que seré cuando sea restaurado en un clon, en algún lugar, en algún momento. Es importante que quienquiera que sea entonces, sepa acerca de este año, y ya que va a tener un montón de preguntas para mí, que lo entienda correctamente.

Mientras tanto, estoy trabajando en una sinfonía, una con un poquito de “Fantasmas de la Sonrisa Torva”, una pizca de “Después de Todo Es un Mundo Pequeño” y especialmente, “Hay un Gran y Hermoso Mañana”.

Jeanine dice que es bastante buena, pero ¿qué sabrá ella? Apenas tiene cincuenta años.

Ambos tenemos mucha vida por delante antes de saber de qué va todo esto.

AGRADECIMIENTOS.

Nunca podría haber escrito este libro sin el apoyo continuo de mis amigos y mi familia, especialmente Roz Doctorow, Gord Doctorow y Neil Doctorow, Amanda Foubister, Steve Samenski, Pat York, Grad Conn, John Henson, John Rose, los escritores de los Irregulares de Cecil Street y Mark Frauenfelder.

Tengo una gran deuda con los escritores y editores que me guiaron y alentaron: James Patrick Kelly, Judith Merrill, Damon Knight, Martha Soukup, Scott Edelman, Gardner Dozois, Renee Wilmeth, Teresa Nielsen Hayden, Claire Eddy, Bob Parks y Robert Killheffer.

También estoy en deuda con mi editor Patrik Nielsen Hayden y mi agente Donald Maass, quienes creyeron en este libro y me ayudaron a llevarlo a cabo.

Finalmente, tengo que mostrar mi agradecimiento a los lectores, a los *geeks* y a los Imaginieros que inspiraron este libro.

Cory Doctorow
San Francisco, Septiembre 2002

Esta Edición de «Tocando Fondo» de Cory Doctorow se encuentra bajo licencia Creative Commons España.

Puedes difundirla libremente, descargarla de internet, o imprimirla leglamente, siempre y cuando no tengas ánimo de lucro.

Puedes ayudar a que sigamos editando libros bajo Creative Commons. Si te ha gustado esta novela, puedes comprar una copia en papel en cualquier librería. Ayudas así a que el autor siga escribiendo y nosotros podamos seguir publicando tanto en papel como bajo Creative Commons para que todos podamos seguir disfrutando de la literatura.

Esta novela se editó en papel en Octubre de 2005, se puede encontrar en librerías y grandes superficies al precio de 11,95 euros. Acude a ella si quieres comprarla, o bien pidenosla al correo grupo_ajec@msn.com; te la enviaremos contrarrembolso sin gastos de envío.

© Licencia Creative Commons 2006